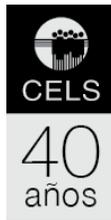




Memorias sobre el principio del fin de la dictadura





Memorias sobre el principio del fin de la dictadura

Tom Farer*

Resumen

Durante diecisiete días, en el otoño de 1979, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA) llevó a cabo una investigación en Argentina. Con el reticente consentimiento del gobierno militar recorrió el país, registrando miles de denuncias de la campaña de exterminio del régimen contra insurgentes de izquierda y todo sospechoso de ayudarlos, sea material o intelectualmente. En unidades de detención oficiales del país, la Comisión entrevistó en forma privada a cientos de prisioneros políticos y garantizó el testimonio de los pocos afortunados que, después de pasar por centros clandestinos de torturas y descartarse su peligrosidad, fueron liberados. También se reunió con los más altos oficiales y con los grupos de interés más poderosos. De esta visita resultó un informe que dio inicio al proceso de deslegitimación del régimen, que culminó con la restauración de la democracia cuatro años después. Ésta es la historia de esa visita y de sus resultados. También narra resumidamente el esfuerzo posterior de la sociedad argentina por consolidar la democracia y garantizar justicia. Entre otras cosas, este texto es un esfuerzo por identificar las circunstancias en las que señalar con nombre y apellido puede salvar vidas y socavar la autocracia. El trabajo describe la respuesta fluctuante y dividida del gobierno de EE.UU. ante las matanzas en Argentina. Integré dicha Comisión, colaboré en la redacción de este informe, lo presenté ante los ministros de relaciones extranjeras de la OEA, declaré en el juicio a las juntas militares en 1985 y más tarde regresé periódicamente para apreciar la evolución de la transición argentina desde el terrorismo de Estado hacia un país dominado por un discurso de derechos humanos, aunque no siempre con una práctica ideal de los mismos. Si bien ésta es una versión personal, espero resulte compatible con la realidad tanto como cualquier versión puede llegar a serlo.

I. Buenos Aires, 1985¹

En los recovecos de un imponente edificio de tribunales, el fiscal general Julio César Strassera me da instrucciones. En breve voy a declarar en el juicio penal contra nueve figuras prominentes del régimen militar que gobernó Argentina entre 1976 y 1983 y que hizo desaparecer a miles de hombres y mujeres; la cifra real aún se desconoce. Habrá seis jueces, me dice, sin jurado. El juez principal lo va a interrogar primero. En concreto le va a preguntar acerca de la visita de la Comisión y usted va a tener la oportunidad de hablar acerca de lo que vio y de las conclusiones a las que arribó. Una vez que él termine, los demás jueces podrán hacer preguntas. Luego yo puedo ayudarle a completar cualquier espacio que quedara en blanco. Después los abogados de la defensa, nueve en total, tendrán la oportunidad de hacerle preguntas. Va ser una tarde muy larga.

¿Está listo?, pregunta. Sí, estoy listo.

II. Buenos Aires, setiembre de 1979

“Sólo Dios da y quita la vida. Pero Dios está ocupado en otro lado, y somos nosotros quienes debemos ocuparnos de esa tarea en la Argentina” (Capitán Beto, interrogador)².

Bajamos del avión, siete hombres de trajes sobrios y algo arrugados que no somos bienvenidos. Aun así, la etiqueta diplomática exige que se nos dé la bienvenida, y por ello en la pista nos espera el jefe de protocolo de la Cancillería. Detrás están los soldados rasos de los medios de comunicación argentinos que, en esencia, tienen una sola pregunta: ¿Por qué están acá?

Lo saben, por supuesto, pero durante tres años, mientras la máquina asesina se ha dedicado a aplastar a sus víctimas³, los medios han creído conveniente —de hecho, esencial para la vida, la integridad personal y la propiedad— publicar muy poco aparte de los comunicados oficiales desde el frente de la muerte: *Ayer, en el barrio Providencia de La Plata, enfrentando una resistencia armada, la policía arrestó a un grupo de delincuentes terroristas.* Todos eran del mismo estilo. Teníamos ejemplos en nuestros archivos. Sin nombres ni

seguimiento del caso. ¿La palabra *desaparecido*? Casi nunca.

Hubo dos excepciones notables. Una fue breve. En 1976 las Fuerzas Armadas habían asumido la dirección del Estado, tras dos años de una creciente anarquía en la que los insurgentes de izquierda y las bandas paramilitares organizadas por el siniestro *Brujo* de la presidenta Isabel Perón, José López Rega, libraban batallas mortales evocando, para quienes leen historia, las imágenes de las reyertas entre comunistas y nazis que ensangrentaron las calles de Berlín durante la República de Weimar. La sensación de que todo un país se abismaba hacia profundidades insondables había llevado incluso a representantes destacados de la izquierda moderada, como el editor y extravagante dueño del periódico *La Opinión*, el periodista judío Jacobo Timerman, a bendecir el golpe, aun sabiendo que el cuerpo de oficiales albergaba un espíritu profundamente conservador, no exento de antisemitismo. Él había supuesto, nos diría luego⁴, que las Fuerzas Armadas restaurarían el orden, llamarían a elecciones y volverían a sus cuarteles, como lo habían hecho durante décadas en el Siglo XX. Las Fuerzas Armadas: una Corte Suprema autoproclamada con bayonetas para hacer cumplir sus fallos. Con el paso de los meses, y mientras hombres fuertemente armados, por lo general sin uniforme ni identificación y en autos sin patentes, detenían en su mayor parte a jóvenes de clase media y los llevaban a los centros de torturas, Timerman pasó a ser la única fuente periodística en español que cuestionaba los métodos militares. Y siguió haciéndolo hasta el día en que también él desapareció⁵.

La otra excepción había sido el *Buenos Aires Herald*, un periódico editado en inglés por un estadounidense, leído en buena parte por turistas y por algunos miembros de la reducida y próspera comunidad de angloargentinos. Para la época en que llegamos el editor estaba ya terminando de convencerse de que, por su salud y la de su familia, debía exiliarse.

Nuestro líder, Andrés Aguilar⁶, se dirige brevemente a los medios, emitiendo hábilmente unas palabras tan necesarias como anodinas. Hemos venido, dice, sin preconcepciones, por invitación del gobierno, para hacer una evaluación objetiva de la situación general de los derechos humanos en Argentina. Esta evaluación general está contemplada en nuestro mandato institucional. Hemos planeado reunirnos con representantes de todos los sectores y con importantes instituciones de la sociedad argentina, así como con funcionarios del gobierno. Visitaremos centros de detención. Esperamos descubrir la realidad tras las denuncias presentadas ante la Comisión, y nuestros abogados están preparados para recibir nuevas denuncias, que también investigaremos de la mejor manera posible según nuestras

capacidades. Apreciamos las garantías del gobierno de facilitar nuestras investigaciones y de no tomar represalias con las personas que declaren ante nosotros. Después de esas palabras, Aguilar evita gentilmente cualquier desvío de nuestro habitual guión de llegada.

¿Qué más podría haber dicho? ¿Que no veníamos de la Luna, ni habíamos estado cautivos en una cueva submarina adonde no llegaban las noticias? ¿Que la autocensura terminaba en las fronteras nacionales y que al igual que millones de personas habíamos leído en los diarios y las revistas respetables de nuestro país sobre el creciente número de desaparecidos, sobre la sistemática vigilia de las Madres de Plaza de Mayo a las puertas de la presidencia, en Buenos Aires, suplicando noticias de sus hijos?

Desde el inicio de la campaña de exterminio de la izquierda insurgente, los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas habían operado para impedir esta visita. Un año después del golpe de 1976, los diplomáticos argentinos presentes en la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA), realizada ese año en el escenario paradójicamente festivo de la pequeña isla de Santa Lucía, habían propuesto una conversación de sobremesa con Aguilar y los otros dos miembros de la Comisión que estábamos allí para presentar un informe sobre nuestro trabajo. Durante la cena fueron un ejemplo de afable diplomacia. Lo que no queremos, dijeron, es el tipo de relación hostil que tienen ustedes con Chile. Estamos atravesando tiempos difíciles. Enfrentamos una grave amenaza a la sociedad de nuestra nación, a valores que sin duda compartimos con ustedes. Esta etapa no durará mucho. Mientras tanto, buscamos una relación de cooperación y también su comprensión. Cuando reciban acusaciones contra el gobierno y, como es su obligación, nos pidan información sobre esos casos, a diferencia de los chilenos nosotros no vamos a ignorar sus solicitudes. Por el contrario, responderemos de la manera más rápida y completa posible. Aguilar les aseguró que nosotros esperábamos contar con su cooperación.

Argentina no era Guatemala. En muchos países, los abusos brutales de los derechos humanos más elementales pueden ser un lugar común en la vida de las clases bajas, pero sin duda no lo eran para la amplia y bien instruida clase media argentina, de la que provenían muchas de las personas arrastradas por la campaña de limpieza social de los militares. Una red de relaciones personales y profesionales vinculaba al menos al estrato superior de esta clase, a gente que se consideraba portadora de derechos, con el resto de Occidente. Por lo tanto, como era de esperar, en la época en que el gobierno argentino nos contactó los correos internacionales canalizaban un circuito de denuncias hacia nuestras

oficinas en Washington. De modo que en el período posterior a esta cena cordial, nuestros abogados comenzaron a comprobar los límites de la cooperación. Una denuncia típica sonaba así:

A las cuatro de la mañana del 17 de abril, un grupo de hombres fuertemente armados, que se identificaron someramente como miembros de los servicios de seguridad, solicitó ingresar a casa. Cuando los dejamos pasar, inspeccionaron la casa a punta de pistola y luego le ordenaron a mi hija María Vargas Guevara, de dieciocho años, irse con ellos para un interrogatorio. Pedí acompañarla pero dijeron que no era posible. ¿Adónde la llevan?, pregunté. A la Comisaría 9ª, dijeron, que no me preocupara, que la traerían de regreso dentro de las veinticuatro horas.

Con mucho miedo pero con esperanza, mi marido y yo esperamos esas veinticuatro horas. María no volvió. Fuimos a la Comisaría 9ª, donde negaron conocer a María. Entonces peregrinamos por todas las comisarías de la ciudad, y en cada una negaron conocer su paradero, negaron saber de su arresto. Contratamos a un abogado, que presentó un pedido de hábeas corpus ante el Juzgado de Primera Nominación. El Gobierno respondió que no podía entregar a María porque en sus registros ella nunca había sido detenida. El juez rechazó nuestro pedido. Mientras tanto visitábamos cada cuartel militar de la ciudad, donde recibíamos la misma respuesta, que no la conocían. Le pedimos al cura de nuestra parroquia que preguntara. Él no pudo averiguar nada. Por favor ayúdenos. Es posible que aún esté viva.

En cada caso, y eran cientos, transmitíamos la información de la carta a la cancillería argentina, y tras algunas semanas solíamos obtener una respuesta, casi idéntica cada vez. El primer párrafo recordaba a la Comisión el compromiso histórico y constante de Argentina en la defensa de los derechos humanos. El segundo agradecía a la Comisión por su excelente tarea. El párrafo final declaraba rotundamente que no había registro de que alguna vez hubiera sido detenida, por ejemplo, una tal María Vargas Guevara. Si no la encontraban, tal vez habría dejado el país o se habría unido a un grupo subversivo y se ocultaba en alguna parte.

Mientras algunos casos llegaban por correo a las oficinas de la Comisión en Washington, muchos otros los acercaban dos hombres que superaban el miedo a la muerte en pos de la vida y de la posibilidad de obtener justicia. Emilio Mignone⁷ y Augusto Conte Mac Donnell habían fundado un centro de documentación de derechos humanos, el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), poco después del comienzo de las matanzas. Mignone era una fuerza impulsora, un hombre corpulento y de aspecto agradable y facciones delicadas, siempre de discreto saco y corbata y munido de expedientes prolijamente organizados. Tenía el semblante plácido de un funcionario jerárquico de alguna repartición gubernamental o tal vez de un ejecutivo de seguros que se pasaba el día negociando con tranquilidad los términos de complicadas pólizas con clientes corporativos. Pero yo sabía que una de sus tres hijas había sido chupada por la máquina de la muerte, y no podía escucharlo sin imaginar que detrás de su apariencia tranquila de agente de seguros cargaba una terrible furia contenida por una heroica disciplina interior. Como Andrés Aguilar, era un católico practicante. Desde el comienzo había sido nuestro guía principal en el Infierno argentino, y fue él, más que ninguna otra persona, quien nos ayudó a preparar la investigación in situ que realizamos finalmente en setiembre de 1979. Conte Mac Donnell, que también había perdido a un hijo, colaboró primero con nuestra visita y luego en la lucha contra el gobierno militar. Mignone vivía para ver la restauración y la consolidación de la democracia, para ver el momento en que los militares fueran reducidos a una fracción de su dimensión tradicional y quedaran indiscutiblemente subordinados a la autoridad civil. Bastante antes de eso Conte Mac Donnell se quitaría la vida.

En setiembre de 1979 estábamos ya en el país, en apariencias por *invitación* del gobierno argentino. De hecho, había sido una invitación extraída como una muela partida del comando superior de las Fuerzas Armadas. Más de un año antes, en una de las reuniones periódicas en Washington, habíamos votado por hacer un informe general sobre la situación de los derechos humanos en Argentina y así lo habíamos informado al gobierno, que reaccionó con una muestra de furiosa preocupación. La decisión de hacer un informe general, exclamó uno de sus representantes, equivale a una acusación. Así será considerada. Y eso es injusto. ¿Acaso no hemos cooperado, exactamente como lo prometimos? El portador de estos reclamos, el embajador de Argentina ante la OEA, un diplomático de carrera llamado Raúl Quijano, no se comprometía personalmente. A pesar de lo que la mayoría de nosotros pensaba que sucedía en Argentina, nos resultaba difícil no sentir agrado por este hombre tranquilo y fornido, de mediana estatura, con pelo muy corto y rasgos simétricos, que no insultaba nuestra

inteligencia pretendiendo que todo estaba bien en su país. Aunque nunca lo dijo claramente, dejó la impresión de estar haciendo sólo un trabajo de enlace entre nosotros y los comandantes de Buenos Aires.

Por nuestra parte respondimos, no del todo sinceramente, que la decisión de hacer un informe general no era una acusación. Había muchos casos sin resolver presentados ante la Comisión, y para determinar si tenían justificación sólida necesitábamos realizar una amplia indagación, lo que incluía una investigación in situ. De modo que agradeceríamos recibir el acuerdo del gobierno para nuestra visita. Finalmente el gobierno, bajo presión de Jimmy Carter, entonces presidente de EE.UU., envió a un representante especial. Un hombre olvidable, que nos dijo que el gobierno aceptaría de buen grado un estudio del proceso judicial argentino. Después de todo, dijo con convicción, ¿qué institución es más relevante para la protección de los derechos humanos que la justicia? Aunque hablaba de una justicia cuyos miembros, en la mayoría de los casos, habían rechazado en forma sumaria las solicitudes de habeas corpus presentadas por padres desesperados, una justicia que había aceptado sin cuestionamientos ni investigaciones independientes las negativas del gobierno sobre arrestos y detenciones.

Tras su partida, uno o dos colegas, los mismos de siempre, instaron al resto de nosotros a aceptar esas migajas, sosteniendo que era lo mejor que podíamos obtener. Pero yo señalé que dos años atrás, antes de visitar Panamá, habíamos adoptado una serie de reglas para las investigaciones in situ, reglas que nos otorgaban carta blanca para indagar por los medios que consideráramos necesarios cada aspecto de la situación de los derechos humanos. No podíamos, sostuve, en coherencia con la rígida tradición de la OEA en torno al respeto formalmente equitativo de los Estados soberanos, tratar en forma diferente a los distintos Estados, sean grandes o pequeños, importantes o intrascendentes. Era un principio conservador, de modo que mis colegas conservadores, defensores instintivos de la libre determinación de cada Estado para elegir los medios de mantener el orden, se sintieron obligados por él. Así es que informamos al gobierno que reclamaríamos la misma amplia libertad para investigar que habíamos tenido en Panamá, El Salvador y Nicaragua. Y esperamos.

El presidente Jimmy Carter demostró ser un colaborador implícito. Si los invitan, informó silenciosamente al alto comando militar, él retiraría su veto a un préstamo de un banco de importaciones y exportaciones para financiar la construcción, por parte de la compañía

estadounidense Allis-Chalmers, de una planta en Argentina para la fabricación de turbinas destinadas a un gran proyecto hidroeléctrico que los militares planeaban realizar en sociedad con el gobierno dictatorial de Paraguay. Además, Carter aprobaría una disminución de los límites a las ventas de equipamiento militar⁸. El permiso de ingreso debería recibir el voto de la mayoría de los nueve oficiales superiores de las tres armas. Ante la férrea oposición, según nuestras distintas fuentes, de los oficiales más notablemente *duros*, la mayoría votó aceptar nuestros términos y emitir el permiso: la *anuencia* de ingreso.

* * *

Conducidos rápidamente como pasajeros VIP a través de la aduana, por fin arribamos al corazón de la ciudad. Nuestro hotel, un vejestorio mustio, se alza en uno de los extremos de la peatonal de moda del momento, Florida. Los pasillos son amplios y silenciosos, la habitación es grande, con ventanas altas, un talismán del confort burgués eduardiano. Cuando comienzo a desempacar, suena el teléfono. La voz del otro lado es amigable, relajada, decididamente estadounidense. Habla Bruce B., Tom. ¿Se acuerda de mí? —y me recuerda el lugar donde nos conocimos brevemente hacía unos años en Nueva York— Estoy aquí en el hotel con dos colegas argentinos que están ansiosos por conocerlo (Bruce es abogado corporativo). ¿Tiene tiempo de pasar por mi habitación a conversar?

Pronto estoy estrechándoles la mano a dos caballeros bilingües que, imagino, van llegando a los cuarenta. Son socios titulares de un estudio especializado en la representación de bancos extranjeros. El más alto, delgado y rubio, de traje refinado y sobrio, parece alguien que uno podría encontrar en la puerta de un elegante club para caballeros londinense en St. James Street. Lo llamaré Paul, imaginemos un apellido claramente inglés. Su socio es más exquisito, de pelo oscuro, con ropa algo más elegante, Armani más que Savile Row. Ha estudiado abogacía en Estados Unidos, adonde viaja periódicamente para dictar un curso de derecho corporativo en el sudoeste del país. Lo llamaré Mario. Son cordiales, halagadores, caen bien en seguida. Parecen relajados, pero preocupados. Yo estoy en guardia. Bruce observa en silencio.

Mario, al parecer, llevará la mayor parte de la conversación. Queríamos conocerlo, dice, para brindarle contexto a sus observaciones. Creemos que es muy difícil para cualquiera que venga de afuera evaluar lo que los argentinos venían soportando antes de que las Fuerzas Armadas asumieran las responsabilidades de gobierno. Queremos ayudarle a imaginar la violencia, la inseguridad de la vida cotidiana. Déjeme darle un pequeño ejemplo de

lo que sucedía, dice. Yo daba un curso de derecho corporativo en la universidad. Por supuesto, el sueldo era ínfimo, pero sentía una responsabilidad y me gustaba hacerlo. Un día, mientras estaba escribiendo en el pizarrón, la pared entera se me desmoronó detrás de la mano. Alguien había puesto una bomba en la habitación contigua. Así, Tom, era el microcosmos de la vida en este país. No podíamos seguir así.

Se formaron dos poderosos movimientos revolucionarios, continuó. Los integraban mayormente jóvenes, en general bien educados, estudiantes, profesores, profesionales. A pesar de sus diferencias internas, en concreto querían una sola cosa: subvertir la sociedad existente, y con ese fin se preparaban para emplear medios muy violentos. Sus integrantes habían penetrado prácticamente todas las instituciones de la sociedad argentina. Cuando López Rega organizó sus propios grupos paramilitares de derecha para eliminarlos, la violencia se intensificó. El país estaba desgarrándose. El gobierno no parecía capaz de hacer nada. Con Perón muerto, no había líder. Su mujer estaba completamente desbordada. Confiaba en López Rega, que no era más que un matón.

Entonces, siguiendo la voluntad mayoritaria del pueblo, los militares tomaron el poder y empezaron a restaurar el orden. No fue fácil. Lo que había era casi una guerra civil, pero una muy particular, en la que un lado, los revolucionarios, peleaba desde las sombras. Usted sabe que las guerras civiles son muy sangrientas y están llenas de odio. Esta guerra civil era peor, porque un lado estaba oculto en el núcleo de las instituciones públicas y privadas. En una guerra así con seguridad hay excesos, abusos de autoridad, porque una guerra así es una guerra sucia. De modo que sin dudas usted va a descubrir algunos abusos. Que existen, no voy a negarlo. Existirían en cualquier sociedad bajo las mismas circunstancias. Queremos que los considere en contexto. Y por supuesto, aquéllos que los hayan cometido deberían ser castigados. Pero usted no puede condenar al país, a la sociedad toda, por los delitos de unos pocos. Recién empezamos a salir de esa época oscura.

Mario da la impresión de hablar con gran sinceridad, como un historiador muy honesto que da una clase a un estudiante en una sociedad instruida. Paul refuerza su relato. Yo escucho atentamente, como un buen alumno, asintiendo ocasionalmente para dar a entender... lo que Mario suponga que doy a entender con mi asentimiento. Finalmente, terminan. Les agradezco por tratar de ayudarme a comprender el contexto de los sucesos; acepto, sin creerlo necesariamente, que alguien ajeno a la situación no puede captar la realidad de un lugar de manera tan cabal como sus habitantes, pero para mis adentros me pregunto:

¿quién puede ver mejor el bosque? ¿El hombre que vive en él y cuyo sustento depende de la reputación de belleza y de la riqueza maderera del bosque? ¿O una persona ajena y desinteresada, que consulta estudios y examina fotos aéreas y luego lo recorre de punta a punta, una persona que puede observar la belleza, pero también las víboras mortales, las manadas de perros salvajes y las bandas criminales, y además sabe que al finalizar el estudio puede irse?

Vuelvo a mi habitación, corro cuidadosamente las cortinas (después de todo, pienso, ningún gobierno tiene control absoluto sobre todos sus asesinos) y me preparo mentalmente para la terrible experiencia que anticipo ahora con más claridad: estoy a punto de sumergirme durante diecisiete días en un mar de pena.

III. El comienzo

De pronto, luego de tres días de silencio, empezamos a hacer ruido: nuestro arribo, nuestra agenda inicial de reuniones, la dirección de la oficina temporaria donde nos establecemos, todo acapara los medios de comunicación. Ocupamos las oficinas del representante de la OEA en Argentina, un caballero que ha considerado conveniente regresar durante unos días a la sede central de la OEA en Washington. ¿Por qué arriesgarse a ser culpable por asociación? Buenos Aires es un destino muy cómodo, y los representantes de la OEA pueden ser declarados personas no gratas si irritan al gobierno.

Las amplias instalaciones están en una avenida principal a sólo unas cuadras de la Casa Rosada, centro del gobierno y corazón simbólico del nacionalismo argentino, frente a la famosa Plaza de Mayo. Desde la mañana temprano, una fila ordenada de pacientes personas se extiende desde la puerta exterior de nuestras oficinas temporarias hasta el final de la cuadra y sigue hasta la siguiente y por otras tres cuadras más. Cuando llegamos, a media mañana, después de nuestras reuniones con el canciller y el presidente Videla, no alcanzo a ver el final de la fila. ¿Hay mil personas, varios miles? No estoy seguro. Detrás de los escritorios de la recepción principal, nuestros abogados y secretarios reciben y verifican denuncias.

Mientras los abogados comienzan a registrar las tragedias individuales, nuestra tarea inicial es hablar con los estrategas que están por detrás. Siguiendo el protocolo vamos

primero a la Cancillería. El general retirado Carlos Pastor nos saluda amablemente en uno de los salones afelpados del ministerio. Nos traen unos *cafecitos*. Todos nos comportamos de la mejor manera, caballeros bien vestidos que se ocupan de sus respectivas responsabilidades. Aguilar irradia su encanto natural al presentarnos a cada uno de nosotros ante el ministro, reitera nuestro agradecimiento por la anuencia, manifiesta confiar en que seguiremos contando con la completa cooperación del gobierno y en que éste seguirá garantizando públicamente que no habrá represalias contra las personas que se reúnan con la Comisión o presenten denuncias, etc., etc. Pastor coincide, sin grandes demostraciones de hostilidad ni de placer frente a nuestra compañía. Todo es correcto. Después nos acompaña a la Casa Rosada para conocer al presidente Videla.

Veo la gran mole rosada del edificio e imagino a la difunta Evita Perón, parada en el balcón del piso superior, los brazos levantados triunfalmente sobre la cara extática, con esos labios intensos que a V.S. Naipaul le sugirieron una *fellatio*⁹. Imagino a trabajadores corpulentos y a sus familias aclamándola, a Perón vigilando tras ella, astuto y cínico, aceptando cómodamente ese poder acumulativo que cierta clase de hombres, ubicados por voluntad y providencia en el momento justo y en el lugar adecuado, pueden llegar a reunir cuando se transforman en el punto focal de los sueños de los otros.

La euforia no forma parte del estilo de Videla. Es un hombre alto y delgado, de rostro alargado, con los ojos marrones y llorosos de un amistoso cocker spaniel y el bigote prolijamente afeitado de un oficial de caballería. Lleva un traje cruzado oscuro, que refuerza el aspecto de exitoso político italiano de un partido apoyado por los jeques empresarios del país y por el Vaticano. Los *cafecitos* de costumbre se materializan frente a nuestros asientos. Aguilar es Aguilar: serio pero con una sonrisa, encantador, ofrece garantías de nuestro desinteresado deseo de comprender una realidad sin dudas compleja, reunirnos con representantes de cada sector de la sociedad, recabar cada hecho pertinente al cumplimiento del compromiso legal y formal del país en la defensa de los derechos humanos. Videla, por su parte, traza un cuadro ya bosquejado por los dos jóvenes abogados que había conocido el día anterior: las Fuerzas Armadas que responden al llamado del pueblo argentino para restaurar el orden y defender los valores humanos frente al ataque bárbaro de terroristas subversivos, la guerra sucia, las terribles dificultades que hubo que superar. Pero, agrega, el gobierno ya ha comenzado la reconstrucción de una verdadera democracia, la restauración de la normalidad. Llevará tiempo pero el comienzo es bueno, como podemos ver.

Finalmente la obra está completa y los parlamentos claramente definidos. Nos estrechamos las manos. Aguilar dice que esperamos volver a reunirnos con el presidente al final de nuestra visita, cuando aspiramos presentar nuestras observaciones preliminares. Fin de la reunión. Un chofer nos conduce por unas pocas cuadras hasta nuestras oficinas, donde página a página se acumulan sobre los escritorios de nuestros abogados las terribles historias individuales de la guerra sucia.

Los días siguientes son como un viaje a través de llanuras sombrías interrumpidas cada tanto por espectaculares picos que se alzan abruptamente de la tierra, como dientes de dragón. Las llanuras incluyen reuniones de guión monocorde con funcionarios de gobierno, en general miembros del gabinete, y con líderes del amplio arco de instituciones del sector privado: la Cámara de Comercio, la Sociedad Rural, la Asociación de Fabricantes de Pulpa y Papel, la Federación de Industrias Textiles, la Cámara de Industrias Químicas, la Cámara de Exportadores y la Asociación de Bancos¹⁰. En igual sintonía, nos brindan el mismo panorama trazado por Mario y Paul. Las Fuerzas Armadas, respondiendo al reclamo popular de restaurar el orden y proteger a la ciudadanía de los subversivos terroristas, habían asumido las riendas del gobierno y se habían visto obligadas a tomar decisiones trágicas para conseguir los objetivos que todas las personas decentes compartían. Forzadas por las circunstancias habían tenido que combatir en una guerra sucia. Quizá hubo algunos abusos, pero fueron inevitables. En la guerra siempre hay daños colaterales. Los militares habían rescatado el país y las cosas estaban retornando gradualmente a la normalidad. Etcétera, etcétera. Escuchamos amablemente, bebemos nuestros cafecitos, aseguramos a cada grupo nuestro deseo de capturar como mejor podamos la realidad de la Argentina contemporánea, adoptamos en nuestros rostros expresiones comprensivas ante su relato de las dificultades que la sociedad había confrontado y recibimos garantías sobre el compromiso histórico de Argentina en la defensa de los derechos del hombre.

IV. **Las comunidades religiosas**

El relato de la amenaza a la vida civilizada y de su redención mediante medidas extraordinarias pero necesarias no es propiedad exclusiva de la comunidad empresaria. Volvemos a

escucharlo al reunirnos con el cardenal primado de Argentina y presidente de la Conferencia Episcopal de la Iglesia Católica¹¹, un hombre desenvuelto y tranquilizador que había sido designado explícitamente para dialogar con nosotros por parte de la Iglesia. Tras escuchar el guión habitual sobre los tiempos difíciles del país, preguntamos si las medidas de emergencia del gobierno habían inhibido el libre ejercicio religioso. Absolutamente no, nos asegura. La Iglesia no ha hallado dificultades para llevar adelante su misión pastoral. Todo está bien. Ligeramente distante, el Cardenal asiente con solemnidad desde su eminencia.

Plenamente conscientes de los vínculos estrechos entre la Iglesia y los militares argentinos¹², no nos sorprenden en absoluto las observaciones del presidente de la Conferencia Episcopal. En Brasil y en Chile los líderes católicos han dado asilo a los defensores de los derechos humanos, la Iglesia ha sido el único refugio disponible en esos países¹³. En Argentina la Iglesia es conocida por su complicidad, por disponer de capellanes militares que tranquilizaban a los torturadores cuando era necesario, asegurándoles que estaban defendiendo la civilización cristiana contra los terroristas marxistas y ateos¹⁴.

Para asegurarse, en mayo de 1977, en el apogeo del terrorismo de Estado, la Conferencia Episcopal había emitido una declaración formal que en los años posteriores podría invocarse como una expresión de preocupación, aunque fuera un documento cuidadosamente equilibrado y necesariamente ambiguo. En su pasaje clave, "Los caminos de la paz", sostenía:

Comprendemos la difícil empresa que en la práctica significa custodiar el bien común, herido por una guerrilla terrorista que ha violado constantemente la más elemental convivencia humana y, por tanto, esos mismos derechos, y como la custodia del bien común puede entrar en aparente colisión con determinados derechos de la persona.

Conocemos y valoramos el esfuerzo de gobernantes y funcionarios, de su entrega y desinterés al servicio de la Patria, que no en pocos casos ha significado la ofrenda de la propia vida, y en muchos otros, la angustiada inseguridad personal y familiar, así como la renuncia de logros personales para dedicarse a la consecución del bien común.

Hemos escuchado muchas veces manifestar el carácter cristiano que el gobierno de las Fuerzas Armadas quiere imprimir a su gestión. Esto nos obliga a recordar que el ser cristiano incluye en su esencia un abnegado compromiso práctico.

Es, a la luz de estas consideraciones, que nos atrevemos a manifestar los siguientes hechos, entre otros, que provocan en nuestro ánimo serias inquietudes:

a) Las numerosas desapariciones y secuestros, que son frecuentemente denunciados, sin que ninguna autoridad pueda responder a los reclamos que se formulan, lo cual parecería manifestar que el Gobierno no ha logrado aún el uso exclusivo de la fuerza.

b) La situación de numerosos habitantes de nuestro país, a quienes la solicitud de familiares y amigos presentan como desaparecidos o secuestrados por grupos autoidentificados como miembros de las Fuerzas Armadas o Policiales, sin lograr, en la mayoría de los casos, ni los familiares, ni los Obispos que tantas veces han intercedido, información alguna sobre ellos¹⁵.

No era una declaración capaz de perturbar la ecuanimidad de la Junta militar: no es desagradable que los prelados de la propia Iglesia celebren la desinteresada dedicación al bien común. Por otra parte, la conclusión de que “el Gobierno no ha logrado aún el uso exclusivo de la fuerza” refuerza dos líneas de defensa sostenidas por la Junta en distintos puntos de su campaña. Una es que algunas desapariciones fueron ejecutadas por las propias guerrillas contra miembros de sus organizaciones que intentaban apartarse del conflicto. La otra es que los comandos regionales que actuaban bajo la autoridad general del gobierno tenían un amplio rango de discreción para llevar adelante la misión de eliminar el terrorismo; por lo que si se cometieron errores o no se evitaron abusos, ni el presidente, ni los miembros de la Junta integrada por los superiores en actividad de las tres fuerzas militares, ni los generales que fungían como ministros del gobierno central, podían ser considerados responsables¹⁶.

Tenemos entendido que algunos sacerdotes fueron secuestrados y tratados brutalmente, dice Aguilar cuando el presidente de la Conferencia Episcopal parece haber terminado su lección. Éste asume una expresión afligida, sus manos se mueven como si espantaran un escuadrón de insectos molestos. Es lamentable, dice, que a pesar de nuestros mayores esfuerzos algunos sacerdotes que trabajan en barrios pobres hayan terminado colaborando con los subversivos. Fueron detenidos por sus actividades políticas, no pastorales.

Uno de esos sacerdotes, un irlandés alto llamado Patrick Rice, había declarado ante la Comisión en Washington¹⁷. Arrestado una noche a punta de pistola por policías de civil mientras caminaba con una joven que había recurrido a él con la esperanza de ayudar a su

hermana enferma, lo llevaron a la comisaría más cercana, donde lo encapucharon y esposaron, y lo sentaron en una silla: "(...) entonces comenzaron a pegarme en la cabeza, en la cara, en los testículos, y me aplastaron los pies. Cuando grité, silbaron e hicieron ruido para cubrir los gritos"¹⁸.

Finalmente lo arrojaron en una celda, donde lo tuvieron por poco tiempo. Luego volvieron y anunciaron que lo transferirían a los militares, y allí le dijeron: "Vas a ver que los romanos que persiguieron a los primeros cristianos nada tenían que envidiarles a los soldados argentinos"¹⁹. Lo metieron en el baúl de un coche y lo llevaron junto con la joven, Fátima Cabrera, a otro lugar, donde la tortura comenzó en serio.

"[U]no me sostuvo la cabeza y la nariz y comenzaron a hacerme tragar por la boca de una manguera o de una pava hasta que me hicieron atragantar. Luego, tras un largo tiempo (no lo sé muy bien, me había desmayado), me esposaron también en los pies... y me arrastraron de vuelta a [otra] sala." Cuando pidió usar el baño, lo golpearon y le tiraron agua. Más tarde lo pusieron en una cama con la ropa mojada y le conectaron cables en pies y manos. "Me sacaron la capucha y me pusieron una venda muy pequeña, y de pronto mi cuerpo se sacudía sin control... era tan fuerte que me levantaba de la cama. Después me ataron otra vez con mucha fuerza y siguieron dándome electricidad y diciendo que tenía que contarles lo que sabía"²⁰.

Finalmente llevaron también a Fátima Cabrera y le dieron electricidad hasta que creyeron que había dejado de respirar. Llamaron a un médico para revivirla. Después siguieron ocupándose del Padre Rice. *[C]omenzaron a tirarme agua y a darme mucha electricidad, esta vez en distintas partes del cuerpo. Había olor a quemado en la sala. Volvieron a llevarse a Fátima. [Ella] era muy pequeña, y empezaron a darnos electricidad a los dos juntos. Después me pusieron un cable sobre la cabeza y sentí que me paralizaba. Me dijeron que era muy fuerte, que tenía mucha resistencia, y que por mi culpa iban a destruir a Fátima. Después de un rato, empecé a oír los gritos de Fátima... los gritos me desesperaban, y me levanté la venda para ver... y cuando me vieron, me ataron con una soga, estrangulándome²¹.*

Después lo depositaron en el baúl de otro coche. *Mientras estábamos en el*

*coche, hablaban y silbaban y parecían felices. Antes de partir, alguien les dijo que no se olvidaran de recuperar la capucha, que ya habían perdido demasiadas*²².

En cierta medida, el Padre Rice tuvo suerte. Alguien había alertado al embajador irlandés, quien debió haber intercedido ante oficiales de rango superior. Aunque pasaron semanas antes de que lo llevaran a Ezeiza y lo enviaran a Londres en un vuelo comercial, ya no lo torturaron, y además lo transfirieron al sistema carcelario oficial. A diferencia de la mayoría de los desaparecidos, había sobrevivido.

La elección del papa actual, que ya conducía a los jesuitas argentinos en 1979, ha vuelto a activar el amargo debate sobre el papel de la jerarquía de la Iglesia durante el terrorismo de Estado. Sus biógrafos recientes, tras una revisión aparentemente exhaustiva de la evidencia que pudieron sacar a la luz, sostienen que hizo todo lo que pudo para proteger a sacerdotes y a otras personas de las despiadadas “fuerzas del orden” motivadas por el odio²³. No todos los activistas por los derechos humanos en Argentina están convencidos²⁴.

Por razones sin duda diferentes a las de su contraparte católica, los representantes institucionales de la numerosa comunidad judía hablan en sordina. Aun en estos tiempos difíciles, nos dicen, no hay impedimentos para el libre ejercicio de la fe religiosa. Uno de nosotros advierte sobre la presencia en los kioscos de una revista espeluznante, *Cabildo*, llena de textos antisemitas y caricaturas de hombres lascivos con nariz de gancho que podrían haberse tomado de algún pasquín del partido nazi alemán de la década de 1930. Ah bueno, dicen, el antisemitismo existe en muchas partes del mundo, pero el comportamiento de este gobierno es totalmente correcto. Sin embargo agregan que, si bien no se arresta a nadie simplemente por ser judío, a los detenidos judíos los tratan con mayor severidad, por lo que ellos han hecho los reclamos respectivos en forma privada a funcionarios superiores²⁵.

Hablan, posiblemente con propiedad, en nombre de una vulnerable comunidad de más de 300.000 personas, que según dicen tiene una representación desproporcionada en las organizaciones insurgentes y por ello es más vulnerable, una comunidad, como las de la Europa anterior a la Segunda Guerra Mundial, notoriamente próspera, destacada en la vida profesional, intelectual y cultural, una comunidad que puede sentirse particularmente expuesta en un país que, tras la Segunda Guerra, ha sido el refugio preferido de criminales nazis que huían de los tribunales de guerra aliados²⁶. Por supuesto, no hablan por todos. Ciertamente no lo hacen por Jacobo Timerman, a quien entrevistaremos más tarde durante nuestra visita.

Tampoco hablan por el rabino Marshall Meyer, ciudadano estadounidense

residente en Argentina, director del único seminario reformista judío de Sudamérica. Aceptamos una invitación a su amplio departamento, en un barrio muy agradable de Buenos Aires. Marshall es un hombre robusto y culto con carisma de buen tipo, como un entrenador bonachón de fútbol americano. Su mujer, de una belleza excepcional, se muestra tensa mientras él esboza un panorama de la realidad argentina que difiere bastante de la versión oficial: describe una estrategia de exterminio organizada en los niveles más altos de gobierno. Los sospechosos de integrar, colaborar o simpatizar con Montoneros, el ala izquierda del movimiento político peronista, o con el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de tendencia trotskista, son secuestrados, trasladados a centros clandestinos de detención, torturados sin piedad y luego, en muchos casos, asesinados. Es una máquina asesina. A unos pocos, cuando descubren que los han llevado por error o que tienen una conexión meramente incidental con los activistas sospechosos, los liberan u ocasionalmente los encierran en una cárcel común. Ésos son los afortunados.

Mientras habla, me pregunto si su pasaporte estadounidense será protección suficiente. Puedo ver las dudas de su mujer cuando cada tanto cruzamos miradas. Parece petrificada. En un momento me parece que su brazo se eleva en un gesto involuntario de advertencia a su esposo, mientras él se sumerge con furia en su descripción de la Guerra Sucia. Antes de irnos nos pide un favor. Sé que visitarán la cárcel de Devoto; allí hay una joven judía, Deborah Benchoam, su estado es muy delicado. Por favor, por favor hagan lo que puedan para liberarla. Le prometemos intentarlo. Años después Deborah emigraría a Estados Unidos y trabajaría en la Secretaría de la Comisión.

V. **Las Madres de Plaza de Mayo**

Sin duda hubo abusos, admiten Mario y Paul y los caballeros de la Sociedad Rural, la Cámara de Comercio y todas las demás organizaciones, para ayudarnos a apreciar la realidad argentina. Pero para ellos los abusos no incluyen nombres ni rostros. Los abusos son una abstracción, algo que lamentar, como la economía deprimida o el desequilibrio en la balanza de pagos. Por la naturaleza de nuestro mandato, no podíamos ver las cosas de la misma manera. Sí, estábamos autorizados a examinar la situación general de los derechos humanos en

Argentina, pero para nosotros la situación general era el mosaico formado por miles de casos individuales. Ni siquiera aquéllos de mis colegas que instintivamente evitaban condenar a un gobierno lograban evaluar la situación argentina desde las alturas de los grandes estadistas y de sus admirados estrategas porque, al igual que el resto de nosotros, sus rostros se demudaban ante el abismo de sufrimiento al que nos llevaban padres e hijos, maridos y esposas, amantes y, más que nadie por su pena inconsolable, las madres de los desaparecidos. La aprobación final del devastador informe de la Comisión por parte de los miembros más conservadores demostró la imposibilidad de mantener la indiferencia. El Dr. Henry Kissinger, aclamado con frecuencia como el mayor estadista vivo de Estados Unidos, sin duda habría mirado ese resultado con desprecio. En una reunión en 1976 con el canciller argentino del momento, César Guzzetti, Kissinger le dijo: Mire, básicamente nuestra postura es que quisiéramos que ustedes tengan éxito... y cuanto antes, mejor²⁷.

Si no fue el primero, sin duda no pasó el segundo día de nuestra misión sin que las Madres de Plaza de Mayo fueran a vernos²⁸. Aunque en el transcurso de nuestros diecisiete días en Argentina muchas veces nos separamos para abarcar más terreno, en esta reunión estuvimos todos, muy juntos, en un amplio espacio con tanta gente que no podría decir realmente cuántas madres se habían congregado para encontrarse con nosotros, que éramos su última esperanza. Mujeres que habían recorrido una dolorosa peregrinación de comisaría en comisaría, de cuartel en cuartel, por juzgados cuyos jueces rechazaban sus peticiones sin inmutarse, por despachos de curas, o de burocráticos amigos de amigos que se lavaban las manos y se encogían de hombros o prometían indagaciones que casi invariablemente resultaban inútiles. Habían persistido en sus vigiliadas en la Plaza de Mayo, mientras otros ciudadanos, cientos, posiblemente miles, las ignoraban, apurados en los ciclos de sus vidas habituales, reprimiendo quizás esa vaga culpa que uno siente cuando está detenido en un semáforo y ve a un hombre manco y demacrado agitar un cartel que dice: Tengo hambre, ayúdeme por favor. Por cierto, ellas eran sólo una parte de los afectados, eran las que no se intimidaban ni por amenazas ni por las insinuaciones de que sus hijos estaban vivos todavía y que, según las circunstancias, podrían reaparecer algún día.

Pensé que si debíamos sostener sus esperanzas, ante aquéllas que aún las tenían, debíamos mostrarnos confiados y fuertes. Muy comprensivos, claro, pero no lacrimógenos. Pero tengo que decir que eso fue imposible. Una mujer de mediana edad se paró y nos contó sobre la amabilidad de su hijo desaparecido, la dulzura de su hija

desaparecida. Algunas sostenían fotos de sus hijos. Una madre leyó en voz alta un poema de amor por su niño desaparecido. Entre tantos llantos de dolor hubo uno de tanta emotividad que incluimos una parte en nuestro informe.

Hace más de dos años, cuando me ocurrió lo que a tantas, dirigí yo también mis pasos a Plaza de Mayo, con mi dolor fresco y sin amilantar. Como estos hechos venían ocurriendo hacía tiempo, alentaba la ingenua esperanza de que estábamos llegando al final de este drama. Como a toda recién venida se me preguntó quién era mi “desaparecido” y cuánto tiempo hacía. A mi respuesta quebrada por el llanto: “Una hija y mi yerno... hace un año”, [una mujer contestó] “A mí una hija, era inválida, hace ocho meses...”, [otra] “A mí mis padres y mi hermana... estaba embarazada”. [...] Cuando explicábamos a los transeúntes de Playa de Mayo el sentido de nuestro andar, con una sorpresa [pudimos entender que] ni nuestros compatriotas comprendían si no habían sido tocados, directa o indirectamente [por esa realidad].

Señores Miembros de la CIDH, las madres aquí presentes, en nombre de las madres de cada “desaparecido” ruegan a Uds. que encuentren una solución viable para este problema. [...] Repetimos: por favor instrumenten ustedes cuanta medida pueda llevar a traer una solución a este pavoroso problema.

Porque cada ciudadano argentino debe tomar conciencia de ella. Unos, lo hemos hecho por el dolor; otros lo harán por el conocimiento. Pero debemos asimilar esta verdad porque es nuestro compromiso con las generaciones futuras. Si no, quedará por siempre una sombra de tristeza en los descendientes de esta generación tronchada y no llegará la paz a tanto familiar desolado. Siempre mirará a su alrededor pensando en qué lugar incógnito podrá seguir sufriendo su hijo o qué árbol o qué trozo de cielo recogió su última mirada, su último suspiro, su último pensamiento. Porque hasta les fue negado el trozo de tierra que desde su nacimiento tienen ganado para descansar²⁹.

Yo me esforzaba por mantener la compostura, trataba de pensar en mí mismo y en mi cargo

importante, me acordaba de mis ambiciones, aferrándome a cada soporte emocional que podía evocar, pero fracasé. Comencé a lagrimear. Miré furtivamente a Andrés Aguilar, un gigante de la elite venezolana, un hombre de sabiduría y poder, siempre primero en todo lo que había emprendido, y vi una lágrima tras otra bajar lentamente por sus mejillas. Y así seguimos, en lo que parecieron horas sin solución de continuidad, hasta que se contó la última historia, se derramó la última lágrima. No vamos a olvidar lo que hemos oído hoy, dijo Aguilar al final, en una suerte de bendición para los vivos y los muertos.

A la mañana siguiente me desperté y pensé: ¿dieciséis días más? Me voy a ahogar en este océano de pena. Pero hice a un lado mi autocompasión. Me afeité, me vestí y empecé otro día.

VI. La búsqueda de los desaparecidos

Aunque teníamos una lista de nombres y ubicaciones de centros clandestinos a partir de las denuncias recibidas en nuestras oficinas y de nuestras entrevistas iniciales en Buenos Aires, no esperábamos encontrar allí a esos desaparecidos, ni evidencias de su presencia reciente. Todo indicaba que los militares habían acabado con la insurgencia un año o posiblemente dos años antes. Las denuncias de nuevas desapariciones habían disminuido durante los doce meses anteriores a nuestra llegada.

El gobierno torturaba principalmente para obtener información táctica. Y según nuestras fuentes, como las habían torturado sin límites, habían exprimido de sus víctimas todo lo que podían sacarles en cuestión de semanas, o días. Una vez que sólo quedaba la cáscara, ¿para qué seguir manteniéndolos en centros clandestinos, posiblemente improvisados, que no estaban montados para un encarcelamiento prolongado? Había que incorporarlos al sistema carcelario común, quizá tras breves juicios militares y sentencias draconianas, o había que matarlos. Ésa, temíamos, era la racionalidad estratégica de los militares argentinos. Hasta donde llegamos a saber, a nuestro arribo a Buenos Aires una reducida cantidad de prisioneros políticos (reducida comparada con la cantidad de desapariciones) había llegado a las cárceles comunes después de que los militares tomaron las riendas del gobierno de manos de Isabel Perón, junto con los que habían sido detenidos durante el violento período de Isabel. Contra

toda lógica, no obstante, esperábamos encontrar al menos a algunos. Como mínimo teníamos que intentarlo.

A. *Comisaría 12^a*

El último día de nuestra primera y agotadora semana, tras una larga jornada de entrevistas, los únicos miembros del grupo que quedan en la oficina somos un abogado, una secretaria y yo. El hambre y la imagen de un pisco sour helado compiten con el cansancio del día para impulsarme a salir del edificio cuando suena el teléfono en el despacho que da al exterior. Nuestra secretaria entra y dice con voz agitada: Alguien insiste en hablar con usted; no quiere decirme su nombre. Voy hasta su escritorio y levanto el teléfono. ¿Es usted el profesor Farer?, dice un susurro conspirativo en un inglés con acento extranjero muy marcado. Sí, contesto. ¿Quiere saber dónde tienen a algunos desaparecidos? Claro, digo. Vaya a la comisaría 12^a, ahora. ¿Puede decirme algo más? ¿Cuántos hay allí? ¿Están en celdas comunes o escondidos? ¿Y puede decirme quién es usted? Para ese momento ya estoy hablando solo.

¿Es posible, nos preguntamos mi hambre y yo, que haya desaparecidos detenidos en una comisaría normal? Fácilmente podría ser una llamada falsa. ¿Pero cómo saberlo? Quizá se trate de personas recién detenidas a las que todavía no han trasladado, algo que de hecho no era poco común, como supe después. ¿Estarían poniendo a prueba nuestro rigor? Sé que tendré que ir, y pronto, porque debo suponer que nuestros teléfonos están intervenidos.

Busco a nuestro abogado y le pido que llame a nuestro contacto en Cancillería y le diga que, para una investigación más completa, he decidido visitar algunas comisarías. Le pido todos los números —supongo que es así como las designan— y digo que quiero visitar tres o cuatro. Simulo pensar por un momento y le paso cuatro números, incluido el 12. Le pido que consiga las direcciones. Le digo que quiero hacerlo antes de cenar y que saldré en quince minutos, por lo que debe actuar inmediatamente. Le pido que me llame apenas termine. Necesito que venga conmigo. La cena quedará para después.

Unos treinta minutos después vamos en uno de nuestros coches alquilados en dirección a la comisaría 12^a. Cuando llegamos, resulta evidente que nos están esperando. Tras

unas formalidades muy breves, a solicitud mía me guían por el edificio destartado. Empezamos por el piso superior y bajamos a los calabozos. Limpios de una manera inverosímil, alojan a unos cuantos borrachos y a un par de personajes de aspecto rudo e indiferente supuestamente encerrados por algún delito menor. Le pido a mi guía que les pregunte si quieren hablar con un miembro de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Nadie demuestra el mínimo interés.

¿Quién llamó y por qué? Nunca lo supe.

B. ESMA

De todos los centros clandestinos de los que había rumores, la Escuela de Mecánica de la Armada o ESMA, una escuela de capacitación técnica para oficiales navales, era el más evidente. Ubicado tras una alta tapia en un predio similar a un parque, sobre una avenida muy transitada, parecía un lugar insólito para realizar torturas a escala industrial. Aunque el gobierno había indicado que la amplia autoridad de la Comisión para recorrer cualquier parte del país no incluía el acceso ilimitado a bases militares, ya que por cuestiones de seguridad nacional estaban en general fuera del alcance de los civiles, no objetó nuestra propuesta de visitar la ESMA.

Años más tarde, después de que los militares divididos, derrotados y desanimados hubieran vuelto a sus cuarteles, sus sucesores electos facilitaron las pruebas que confirmaban nuestras sospechas sobre la limpieza de la ESMA poco antes de nuestra visita. Supe que no todos los desaparecidos estaban muertos para setiembre de 1979. Algunos, que seguían bajo interrogatorios, hasta que concluyera nuestra visita habían sido trasladados subrepticamente desde una especie de altillo que había en la parte superior del edificio de la ESMA a una isla al sur de Buenos Aires. Una isla de propiedad de la Iglesia Católica. Todo lo que vimos en nuestro recorrido de las instalaciones fue inofensivo: los espacios convencionales de un centro educativo militar, sin signo alguno de la sangre que habría salpicado las paredes, sin ecos de los gritos de sus desafortunados habitantes.

La ESMA es hoy un sitio público dedicado a la memoria de los desaparecidos y a recordar a los argentinos las profundidades en las que una sociedad puede abismarse cuando

sus ciudadanos retroceden en la defensa de sus instituciones democráticas. En un refulgente día de otoño, treinta y tres años después, integro un grupo invitado por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner a recorrer el museo. Nuestra guía, una joven esbelta, de ojos oscuros y una belleza abrumadora, nos demora frente a un ascensor en la planta baja. Usaban el ascensor para llevar a los secuestrados al último piso, dice. No recuerdo ningún ascensor, le digo. No lo recuerda, contesta, porque no lo vio. Justo antes de que ustedes llegaran, lo cubrieron con un panel de madera para que no pudiera distinguirse de las paredes laterales, a menos que uno observara desde muy cerca y tuviera alguna idea de lo que buscaba.

A partir de descripciones brindadas por un puñado de sobrevivientes se pudo recrear el espacio del último piso, tal cual era durante el plan de exterminio. En parte para ablandar a los detenidos y en parte para permitir que unos pocos guardias tuvieran el control total del espacio, los marinos lo habían cubierto de estructuras similares a ataúdes en las que los detenidos eran obligados a permanecer acostados hasta ser llevados al interrogatorio. Tal vez sea una casualidad que, según el Informe del Comité de Inteligencia del Senado de EE.UU., en los años posteriores a los atentados del once de setiembre los interrogadores de la CIA hayan mantenido a los sospechosos en ataúdes³⁰.

No necesito imaginar cómo fueron las circunstancias para aquéllos que tuvieron que sufrir y morir allí. No necesito imaginarlo porque hace mucho tiempo escuché el relato de dos sobrevivientes de otro centro de detención, que debe haberse parecido mucho a la ESMA.

C. *Los Falicoff*

Una mañana, entre dos entrevistas con organizaciones, recibo una llamada de Marshall Meyer. Dice que una pareja que ha estado en uno de los centros clandestinos lo ha contactado con la intención de dar testimonio de su experiencia. Después del almuerzo pasa a buscarme y conmigo van un abogado y mi intérprete (no confío por completo en mi español). Mientras atravesamos la ciudad, cada tanto miro para atrás para ver si nos siguen. No se ve ningún coche obvio, pero dados los recursos de los militares y de la policía (que ha sido puesta bajo control militar), esto no termina de tranquilizarme. Por fin llegamos a lo que parece ser un edificio escolar, privado, supongo, y entramos a un pequeño auditorio donde nos esperan un

hombre y una mujer de clase media que parecen tener entre cuarenta y cincuenta años. Por el testimonio de la Sra. Falicoff³¹ concluyo luego que es tal vez más joven de lo que su aspecto sugiere.

Ambos Falicoff son médicos. El marido, Alberto, ha trabajado algunos años en un hospital infantil de Córdoba, y ha tenido entre sus pacientes a hijos de padres detenidos. Córdoba ha sido durante años uno de los centros de insurgencia izquierdista y militancia sindical. Cuando los militares tomaron el poder, un general que se haría famoso por su crueldad, Luciano Benjamín Menéndez, asumió la responsabilidad de la ciudad y los suburbios. En la misma época, los Falicoff se habían mudado a Buenos Aires, donde Alberto siguió con la práctica clínica. Si siempre ha sido un hombre tranquilo, no tengo forma de saberlo. El desafiante relato de su agonía pertenece por entero a su esposa. Por su parte, Alberto escucha como alguien que ha perdido una parte de su energía vital.

Comienzo asegurándoles que mantendremos su anonimato, aunque les recuerdo que la Comisión no tiene poder de control y que sólo confiamos parcialmente en el compromiso del gobierno de no tomar represalias contra las personas que hablan con nosotros. Por lo que si vamos a incluir partes de su testimonio en nuestro informe, aclaro, habrá un riesgo, puesto que eso podría permitir al gobierno identificar la fuente. No nos preocupa, dice ella. Así empezamos.

La Sra. Falicoff describe la escena. A las seis de la mañana del 25 de noviembre de 1976 ella está en su departamento, con su hijo de dos años. Suena el timbre. Por la mirilla ve a cuatro hombres de civil contra la pared. Al notar que alguien los mira, el supuesto líder le ordena abrir la puerta, dice que de lo contrario van a disparar. Su hijo está en la línea de fuego, de modo que ella abre, los hombres entran y, cuando uno la toma por la espalda y ella grita, le dicen: Cállese, por el nene. Cuando le preguntan por su marido, dice que todavía está trabajando en la clínica, que llegará más tarde.

La encierran en su dormitorio junto con su hijo y empiezan a dar vuelta el departamento, sacan la cocina, arrancan las cortinas americanas, los cuadros de las paredes. Después de una media hora, ella dice que su hijo necesita ir al baño y le permiten llevarlo. Después le ordenan que le prepare la cena. Llegados a ese punto *el trato era bueno*, y le dicen que saben que ella no ha hecho nada. Están buscando a su marido. Cuando éste por fin llega, lo llevan al dormitorio principal y ella oye una pelea y golpes.

Finalmente llegan dos oficiales de saco y corbata que se identifican como

miembros del Servicio de Inteligencia del Ejército, le dan caramelos al niño y le indican a ella que prepare ropa para su hijo porque han decidido llevarla junto con su marido a un interrogatorio. En cuanto al niño, prometen llevárselo a la madre de la Sra. Falicoff. Le dicen que si toma algún medicamento lo lleve consigo. A pesar de vestir buena ropa y de sus buenos modales, se apropian de sus joyas y del dinero que encuentran en el bolsillo de su marido. Dos de ellos se ubican en la parte trasera de un auto junto con ella y le dicen que se ponga unos anteojos de sol cubiertos con papel por dentro. Ponen a su marido en otro coche. El papel, descubre ella, no cubre completamente los lentes, por lo que puede ver el trayecto hasta que uno de los oficiales advierte que ella está intentando registrar el recorrido. Entonces las cosas se ponen menos amables. El oficial la obliga a meter la cabeza entre las piernas de su colega y le apunta con una pistola.

Al llegar a destino, tras veinte minutos de andar a alta velocidad, la hacen descender por una escalera caracol hasta lo que ella supone un sótano, la vendan con tanta fuerza que inmediatamente siente dolor de cabeza, le ponen esposas en las muñecas y le atan las rodillas con unos grilletes de bordes filosos. Después la llevan a otra parte del edificio, le dan un número de identidad que le indican recordar, y le preguntan sobre las actividades de su marido en Córdoba. Ella dice solamente que él tenía pacientes cuyos padres estaban detenidos, y que algunas veces les había dado ropa y libros usados y algo de dinero. La dejan y se sienta, exhausta, durmiéndose por momentos, hasta *sentir mucho ruido de agua a través de una de las paredes que es de material y enseguida los gritos de mi esposo que los insulta y les repite 'asesinos' constantemente. Al día siguiente [dice suponer] me sacan y me llevan a un pasillo en el mismo piso. Entonces tengo las piernas tan hinchadas que los grilletes comienzan a cortarme la piel.* La sacan de su celda improvisada y la sientan en un pasillo angosto. Una enfermera afloja los grilletes y le pone algodón en las piernas. Uno de los hombres que había ido a su casa se le acerca y le pone una capucha de algodón grueso y blanco en la cabeza, diciéndole que con la capucha no la van a molestar. Una a una, llevan a las personas sentadas en el pasillo a una sala contigua. Cada vez que eso sucede ella oye *los ruidos del agua y los gritos de dolor desesperado, a pesar de que, permanentemente, hay prendido un grabador con todo tipo de música, muy fuerte.*

Los guardias allí usan botas de goma. [...] Consumen éstos bastante vino, ya que mandan a los guardias a traer más. Además se les siente el olor. El Jefe máximo viene y pregunta cómo va la cosa. Le comentan que se les

murieron tres personas, dos hombres y una mujer. El Jefe dice que tengan más cuidado, que es mucho para un día³².

En un momento sientan a su marido a su lado. Mirando por debajo de su capucha, ella reconoce sus pantalones y sus zapatos. Se lo llevan varias veces,

puedo reconocer sus gritos. Por dos veces escucho que tiene dificultad para respirar y es como si se tragara la lengua. Paron la música y llaman por micrófono al médico urgente. Se sienten corridas y después, al médico que dice que si lo quieren vivo basta por ahora, que no va más. Luego me llevan a mí a una de las habitaciones. Esta vez me sacan la capucha [...]. Ahora me tratan mal, me preguntan nuevamente los datos y entra un torturador que lleva vaqueros, chomba roja y botas de goma; es rubio, cara colorada y les dice “yo le doy”. Y a mí me dice: “dale, estoy apurado, decí si sabés algo, o te doy con la picana de 6 puntas”. Los otros quieren apurarme, yo lloro y digo que es cierto, que yo no sé nada, que no milité y que como eso no me gustaba siempre traté de no saber nada³³.

Vuelven a llevarla al pasillo, y después de varias horas obligan a marchar en fila a las personas que estaban sentadas, con ambas manos en los hombros del que va adelante. Suben una escalera, toman un ascensor y al final los llevan hasta unos colchones, donde les ordenan acostarse. *Me sentía completamente agotada, ya no me importaba lo que me sucediera. Tanto que cuando me llevaban me manosearon y ni siquiera me asusté.*

Se duerme, la despiertan para comer, vuelve a dormirse. Finalmente vuelve a despertar y pide ir al baño. Cuando intenta pararse se golpea la cabeza contra una viga, por lo que puede presumirse que los colchones están en un altílo. Cuando llega al baño el guardia le saca la capucha. Ella ve que es un adolescente, diecinueve quizá. Con voz amable él le pregunta su edad, si está casada, si tiene hijos. Le indica que lea lo que dice la capucha. Ésta tiene bordadas las palabras *Posible franco*. Él le pregunta por qué está ella allí, y ella responde que es un error. Después él le cuenta de su trabajo:

Su única misión es cuidar que los prisioneros no hablen, no levanten la capucha y, a los que lo hacen, puede pegarles a gusto hasta matarlos. Les

enseñan karate, defensa personal, les hacen leer libros tipo *Papillon* y odian a los prisioneros, de quienes lo único que conocen es que “son enemigos de la patria, que la quieren destruir, destruyendo al ejército³⁴.”

Todos los guardias, le cuenta él, tienen entre quince y veinte años.

Por las noches les pasan botellas de vino y, entonces, se ponen muy violentos. Este guardia me cuenta que a algunos de ellos los llevan a acciones, a veces como atención especial o premio a méritos. Se sienten orgullosos de ello. Por ejemplo, me contó que el día anterior le había tocado ir a una casa que alguien había denunciado, que correspondía a la descripción y que, como los dueños trataron de escapar, tuvieron que tirar y mataron a una mujer joven con un niño de unos dos o tres años. Que después pudieron comprobar que no tenían nada que ver y que eso a él le había hecho mal pero de que toda la culpa la tiene quien denuncia a gente inocente³⁵.

Más tarde ese mismo día, llevan a alguien al cubículo de al lado. Ella lo oye hablar con una voz que indicaba a alguien muy enfermo, y reconoce a su marido. Cuando el guardia se va, ella mueve una de las placas de un material similar al cartón con que arman los cubículos:

Así consigo ver a mi esposo sin camisa, está todo marcado por las picanas. Llama la atención que no tiene más de dos centímetros seguidos de piel sana, transpira mucho y pide agua, agua; pero su voz es muy débil y tiene dificultad para mover la lengua ya que no le salen las palabras³⁶.

Ella logra deslizar la mano en el cubículo de él y tocarlo. Tiene fiebre. Él trata de tocarle las manos. El guardia se niega a darle agua. Aparentemente les han dicho que el agua le podría causar la muerte, por las torturas (posiblemente le han metido la picana eléctrica en la boca o le han puesto en la lengua un broche con la punta de un cable con corriente, o en las encías). Creyendo lo contrario, ella desliza en sus manos una botellita de agua que el guardia le había dado, y él bebe. Lo dejan recuperarse por unos días. El guardia le da agua y algo de comer. Cuando no oyen a los guardias, Alberto y ella se susurran. Él le dice que trató de escapar

diciéndoles a los interrogadores que los llevaría a una reunión de militantes. Cuando iban en el coche (tal vez en un semáforo) él se tiró y empezó a gritar su nombre a los peatones que pasaban, pidiéndoles que le avisaran a su familia. Lo capturaron de inmediato y volvieron a ponerlo en el coche, lo llevaron de regreso al centro clandestino y lo torturaron peor que nunca.

El tiempo pasa.

Todos los días los guardias castigan a dos o tres personas. Con cualquier excusa: porque se les movió la capucha mientras dormían, porque no estaban bien acostados; porque sospechan que espiaban o por cualquier otro motivo. Los castigos consisten en patadas y trompadas durante horas hasta quedar inconscientes. El pánico es permanente. [...] Había, entre los prisioneros, una persona a quien le decían “pata de palo”; estaba muy cerca mío y, por la voz, parecía ser una persona mayor o muy debilitada. Una noche los guardias se emborracharon y empezaron a hacer apuestas entre ellos de que lo iban a hacer parar sobre la pata de palo. [...] Él suplica, dice que es imposible, que se va a caer. Entonces comienzan a pegarle trompadas y patadas y lo paran ellos. Por supuesto, se cae. Lo vuelven a parar, le vuelven a pegar y así casi toda la noche. Fue un espectáculo de lo más macabro. Los guardias enloquecidos [...], ruido de huesos rotos. Terminan cuando ya está inconsciente. Después se lo pasó delirando durante dos o tres días hasta que llaman al médico: dice que tiene muchos huesos fracturados y ordena que lo lleven. No lo escucho más. Los primeros días de diciembre se produce un traslado. Aparentemente se llevan a las personas que hace más tiempo que están allí. Sin embargo, entre ellos, llaman al abogado que está al lado mío. En total: unas cuarenta personas; les ajustan las esposas, los grilletes, las capuchas; los forman y los llevan cuando se siente el ruido de un avión, como si hubiese aterrizado muy cerca. [...] Al rato se oye el ruido del avión otra vez y nada más. Un guardia pregunta a otro adónde se los llevan y le contestan: “Carne para los pescados”³⁷.

A medida que los días se convierten en semanas crece su desánimo, convencida de que nunca la liberarán porque le han cambiado la capucha blanca por una gris, y porque llegan algunos

detenidos y parten pronto y ella supone que los han liberado. Tratando de imaginar cómo escapar, se ofrece para realizar algunas tareas mínimas. Esto le permite moverse por el edificio. Oye sonidos de niños muy pequeños y le dicen que los han llevado allí junto con sus padres hasta que las autoridades encuentren dónde dejarlos. Ve a varias mujeres embarazadas.

Un día la llevan a una especie de cubículo donde imagina que hacen interrogatorios. *Miro las paredes del box y me impresiona la cantidad de manchas de sangre que tiene. Algunas muy altas. [...] [S]on grandes y alrededor más pequeñas, como salpicaduras, monstruosas.* En el cubículo vuelven a interrogarla sobre las actividades de su marido en Córdoba. Ella repite que no sabe nada y que sólo piensa en su marido y en su hijo, y dice que tiene pesadillas en que se saca la capucha y la matan. Dice que no sabe adónde la tienen detenida. Relata:

Durante el interrogatorio anterior se me había informado que, si bien se ha comprobado que no tengo participación en las actividades que determinaron mi arresto, es mucho el tiempo que ha transcurrido, de mi presencia en ese lugar de detención y que, en estas circunstancias, no puede salir nadie. Les digo que no pueden cometer una injusticia que se sume a la de por sí arbitraria detención de mi persona y, previo un intercambio de opiniones entre ellos, proceden a interrogarme exhaustivamente sobre todas las circunstancias que pudiere haber observado durante mi permanencia en ese lugar. Así, fui interrogada respecto de cuál era mi opinión en relación al trato que recibían los prisioneros, si opinaba que allí se torturaba, si tenía alguna idea de dónde me encontraba, como asimismo, a qué autoridad de seguridad correspondían los procedimientos allí realizados. A todo este interrogatorio respondo que ignoro totalmente los detalles que se me requieren y que entiendo que el tratamiento era adecuado. Me preguntan qué sabía de mi marido y respondí que sé que estaba vivo, negando haberlo visto³⁸.

Le ordenan bañarse y cambiarse la ropa. Luego uno de los guardias, totalmente borracho, se acerca y le dice que van a liberarla y enviarla a casa de su madre a la ciudad de Resistencia, en la provincia del Chaco. Después le esposan las manos detrás de la espalda y vuelve al

cubículo a esperar. En el cubículo contiguo, del lado opuesto al cubículo de su marido, *hay una chica con un ataque de asma y también la esposaron con las manos atrás. Está enloquecida pues, con capucha, se ahoga más aun. Tiene una máscara para respirar a su lado, pero con las manos atrás no puede ponérsela.* Ella pide ayuda a los guardias. La ignoran.

Finalmente entran los guardias, le quitan las esposas y el grillete, la llevan afuera, donde llueve, y la ubican en el asiento delantero de un coche. *Me da un montón de vueltas. Supongo que en el parque del mismo edificio ya que se nota que el camino es barroso y el auto va de un lado a otro. Además, me parece que está dando vueltas en el mismo lugar. Así, durante un rato. Luego salimos al asfalto y anduvimos un par de horas hasta que me hace sacar el antifaz que me había cambiado por la capucha antes de salir³⁹.*

Advierte que está sola con el guardia borracho.

Me dice que estoy en absoluta libertad, pero que no me comunique con mis suegros, que no viaje nunca a Córdoba. Que por unos meses no aparezca en Buenos Aires. Me reitera que todos mis movimientos van a ser muy vigilados y que recuerde que con ellos queda mi esposo. [...]

Son las 5 de la mañana del 24 de diciembre de 1976⁴⁰.

Están en la entrada del aeropuerto. Él le da dinero y un documento provisorio con un nombre falso, y le dice que se presente en el mostrador de Austral y diga que tiene un pasaje a Resistencia [el aeropuerto cercano a la casa de su madre] a nombre de la Sra. Ramos, y que si no hay lugar la dejarán volar en la cabina. Finalmente le dice que le compre a su hijo un cochecito para navidad. En el aeropuerto ella advierte a dos hombres de civil que la vigilan de cerca hasta que parte. En los meses siguientes raramente sale de la casa de su madre; pero finalmente decide ir a la central de policía a tramitar un pasaporte. Allí le informan que un tiempo atrás han denunciado su desaparición. Si quiere un pasaporte debe firmar una declaración donde dice haberse ausentado de su domicilio *voluntariamente y por razones particulares*⁴¹. Firma.

Su marido no ofrece explicaciones. Nunca supe cuándo ni cómo fue liberado. Ha tenido suerte, pienso, de haber sido detenido en Buenos Aires y no en Córdoba, donde según todos los relatos la represión fue enorme y cruel.

Hemos grabado el testimonio de ella. Pregunta si lo usaremos en nuestro informe. No me cabe duda, contesto, si usted está de acuerdo. Reitero que cualquier fragmento

que usemos será atribuido a una persona anónima, pero como tan pocos han atestiguado todo lo que ella ha visto y han sobrevivido para contarlo, hay cierto riesgo de que ella y su marido puedan ser identificados. Me mira con indiferencia, el arquetipo inconfundible de mujer de clase media y buena educación, que en un país europeo podría haber tenido una vida tranquila, productiva, inmaculadamente serena entre gente como ella, café y masitas por la tarde en la confitería de un amplio y silencioso boulevard, la ópera alguna noche, sin que ni siquiera la rozara la violencia que con menor o mayor caudal fluye por las cloacas de toda sociedad. Dice: Deberían usar nuestros nombres.

Manifiesto mi preocupación. Ella la pasa por alto, dice que el testimonio tendrá más fuerza si no es anónimo. Sólo puedo decir que admiro la valentía de ella y de su marido, que es el testimonio más valioso que hemos recibido, y que consideraremos la cuestión del anonimato. Luego partimos.

En la página 266 del informe incluiríamos el capítulo *Desapariciones*, el más largo. Y en ese capítulo, el testimonio textual de la esposa de Alberto Samuel Falicoff cobra una importancia privilegiada. No logro evocar la imagen de su rostro, pero nunca voy a olvidarla.

VII. La Plata⁴²

Unos cuarenta y cinco minutos de viaje separan la prosperidad y la elegancia del centro de Buenos Aires de la cansina ciudad de La Plata, que Jacobo Timerman describe como un lugar apacible con aires universitarios, al menos en la época en que él estudiaba allí unos treinta años atrás⁴³. Dudo que ahora pueda pasearse discutiendo sobre Kant por las sórdidas calles que rodean la Unidad Nueve: en setiembre de 1979 esa unidad alberga a uno de los mayores grupos de prisioneros políticos.

Para la mayoría de los gobiernos militares, incluido el argentino, no existe la categoría de *prisionero político*. En su reemplazo están los terroristas subversivos, las personas sospechosas de ayudarlos o instigarlos y las que simplemente se consideran una amenaza para la seguridad del Estado, una categoría-comodín similar al enemigo del proletariado de la antigua Unión Soviética. En la Comisión utilizamos una definición diferente, que abarca a todas

las personas acusadas o detenidas por sospechas de delitos contra el orden público o la seguridad del Estado. La amplitud de nuestra definición refleja la experiencia de que las personas que los gobiernos acusan de atentar o conspirar para cambiar el orden público existente son pasibles de recibir un trato especial, particularmente desagradable.

En la mañana en que preparo la visita a la Unidad Nueve, uno de nuestros abogados llega a mi oficina temporaria con un hombre de unos cuarenta años de aspecto anodino que parece algo inquieto. Está acompañado por su hijo. El hombre, al que voy a llamar Juan, ha leído en los diarios que la Comisión visitará la Unidad Nueve ese día, y acaba de enterarse de que iré solo, con un abogado y una secretaria. Ha llegado en coche desde La Plata, con la esperanza de persuadir a la Comisión de visitar el principal cementerio de la ciudad. Creo que algunos de los desaparecidos pueden estar ahí, me dice. Aunque no puede dar un fundamento concreto de su intuición, que más bien parece una convicción, debo considerar seriamente a una persona que se ha tomado la molestia de viajar desde La Plata y que ha asumido el riesgo de contactar a la Comisión. El cementerio está cerca de la cárcel, me dice, yo los voy a guiar.

Antes del mediodía parte nuestra caravana de dos coches hacia La Plata. Me acompañan una secretaria, un abogado y mi intérprete.

En Buenos Aires los turistas colman casi a diario el cementerio de La Recoleta en uno de los barrios más ricos de la ciudad. Recorren las avenidas de esa ciudad de muertos y admiran las elaboradas tumbas de mármol, algunas muy originales, que albergan los restos de celebridades históricas como Eva Perón, y también de los sencillamente ricos. Los turistas leen los tributos grabados y los epitafios sensibleros, estudian la imagen o el ocasional bajorrelieve alusivo al supuestamente digno ocupante, y luego reafirman su propia vitalidad con una copa de tinto y un buen churrasco a la parrilla en los restaurantes alineados en la placita que funge de antesala del camposanto. Lo único que tienen en común el cementerio de La Plata y el de La Recoleta es que se ingresa a través de puertas en un gran muro. Por lo demás, la muerte no anula las distinciones de clase. La necrópolis de La Plata es más humilde, y las calles de su entorno más humildes aun. A diferencia de las calles, el cementerio no es feo. En su mayor parte tiene lápidas sencillas en lugar de diminutas mansiones de mármol, pero el césped está prolijo y muchas tumbas tienen flores frescas. Los sentimientos de pérdida y de amor no tienen clase social.

Por regla general le proporcionamos a la Cancillería la agenda del día siguiente

para que sus funcionarios puedan anunciar nuestras visitas y, en nombre de la Junta y del presidente, garantizar al menos una muestra de cooperación de parte de las instituciones oficiales que elegimos visitar. Antes de partir para La Plata le pido a uno de nuestros abogados que llame a nuestro contacto en el ministerio y retrase nuestra hora de llegada a la cárcel. No menciona, ya que no quiero que lo haga, que antes voy a visitar el cementerio.

Estacionamos a las puertas del cementerio detrás del pequeño coche de Juan, que ha ignorado mi sugerencia de dar una vuelta antes de hacerlo. Parece nervioso pero decidido. Creo que nos siguieron, me dice. Me estiro y pretendo escrutar de manera casual las paredes, el cielo, la calle... A cierta distancia veo un coche que parece tener un ocupante, estacionado junto a los otros que están vacíos. ¿Estará en lo cierto Juan? No hace falta que se quede, le digo. Estamos más seguros con ustedes, responde. Le advierto a Aguilar que hable con algún funcionario jerárquico de la Cancillería y vuelva a recalcar la ofensa que significaría que le pasara algo a alguien que haya hablado con nosotros. Le digo a Juan que llame a nuestra oficina si piensa que lo siguen al volver a su casa.

Tras la puerta, un cartel me guía a la oficina del director, adosada al grueso muro del cementerio. El hombre a quien me presento es un tipo pequeño y rellenito. No estoy seguro si su palidez aumenta en mi imaginación cuando le digo que soy miembro de la Comisión Interamericana, ya que sin dudas sabe que el gobierno nos ha dado carta blanca para investigar y exigir la total cooperación de todos los servidores públicos. Pregunta en qué puede ayudarme. Estoy al tanto, le respondo, de que usted consigna en su cuaderno o registro, como lo llame, el nombre y la fecha de ingreso de cada persona a enterrar. Quisiera ver los registros de los últimos tres años. *Inquietud* parece la palabra justa para describir el ánimo que provoca mi pedido. Pero son documentos oficiales, protesta. Precisamente, respondo. Y como observé, prosigo, se le ha otorgado autoridad a la Comisión para examinar tales documentos, más aun si es para recabar pruebas de cualquier tipo que consideremos apropiadas y necesarias, siempre que no sean secretos militares, y obviamente sus registros no están dentro de esa categoría.

Se produce un momento de silencio, y lo respeto. Me muestro tan amable como puedo. El director observa el teléfono en el escritorio. Finalmente se incorpora con rapidez, dice que tendrá que consultar, no dice a quién. Nos pide que esperemos, y se sumerge en su oscura oficinista. Creo, les digo a Juan y a los demás, que éste puede ser un buen momento para recorrer el cementerio. Dejamos a nuestro abogado esperando el regreso de nuestro

amigo, y comienzo a recorrer los largos senderos. Desperdigadas entre las tumbas veo una cantidad considerable de cruces rudimentarias de madera con las letras *NN*. ¿Qué significa *NN*?, le pregunto a Juan. *Sin nombre* o *Nombre desconocido*, responde. Sigo caminando hasta encontrar a un hombre mayor en ropa de trabajo, que tiene una pala y nos mira con evidente interés. Después de presentarme, le pregunto si estoy en lo cierto al suponer que trabaja allí. Nos informa en tono amistoso que es sepulturero. He notado, le digo, la gran cantidad de cruces que dicen *NN*. Usted habrá cavado algunas de estas tumbas. No, dice, ninguna. Viene gente del ejército a la noche, cava esas tumbas, no sé a quiénes pone ahí, y las tapa. Ha sido un paseo de lo más provechoso, pienso para mis adentros.

Finalmente conduzco la pequeña comitiva de regreso a la oficina del director, y esperamos. Supongo que ha ido a la policía, al comando militar local o tal vez a consultar a algún funcionario jerárquico provincial, quien también puede ser un militar. Por fin vuelve y anuncia que podemos ver los registros. De camino a La Plata pensé que podríamos encontrar ciertas correspondencias entre las fechas de entierro de los *NN* y las denuncias que habíamos recibido sobre desapariciones en esa ciudad. Los pesados registros están organizados en columnas con títulos en la parte superior de hojas de papel grueso. Indican nombre del difunto, fecha de ingreso del cuerpo, nombre de los responsables del entierro y causa del deceso. Los *NN* son fáciles de detectar. Y en estos casos resulta esclarecedor ver que el Ejército figura como responsable del entierro y que, en su mayoría, la causa de muerte es un disparo. Anotamos los detalles de todos los *NN* y le agradecemos al director por su cooperación. Agradezco también a Juan y a su hijo y le recuerdo que llame a nuestra oficina si nota que lo siguen al volver a su casa. Y nos dirigimos a la Unidad Nueve.

El director nos aguarda con el personal jerárquico, y si bien no nos reciben con la típica calidez latina, cada uno actúa de un modo que podría llamar razonablemente *correcto*. El director ofrece café con productos recién salidos del horno de la cárcel. El primero que pruebo es fuerte, el último sorprendentemente sabroso, como le señalo al director. Supongo que debemos presumir que es la comida estándar de la cárcel. Entonces comienza un recorrido similar a todas las revistas de cárceles que he hecho desde que trabajo en la Comisión. Atravesamos puestos de control con barreras y guardias que vigilan con el rostro inexpresivo, y podemos ver el patio de ejercicios, los baños y las instalaciones médicas, la capilla.

La Unidad Nueve, como muchas cárceles, está organizada en alas llamadas pabellones, que se abren a partir de un espacio central. En otros países, los detenidos por

casos presentados ante la Comisión están junto con delincuentes comunes y anónimos. Incluso cuando no lo están, pido ver las condiciones de detención de todas las personas condenadas o, a menudo, sólo acusadas. En general, insisto en que el director y su personal dejen el pabellón tras anunciar que soy miembro de la Comisión Interamericana que se dedica a la protección de los derechos humanos en todo el continente, y que aseguren a los prisioneros que pueden sentirse libres de expresar cualquier inquietud.

Antes del recorrido pido ver la lista completa de reclusos a fin de localizar a prisioneros correspondientes a los casos presentados ante la Comisión o a aquéllos que nos han llamado la atención de manera más informal porque se han violado sus derechos. Camino por las celdas, digo buenos días o buenas tardes según el caso, manifiesto mi propósito de asegurarme de que cada detenido haya sido y esté siendo tratado de manera decente y justa, y les digo que tengo autorización para entrevistar a quien desee hablar conmigo. Agregó que, en cualquier caso, quisiera elegir a algunos al azar para mantener una conversación en privado. Mientras tanto busco indicios de alguien que activamente desee una entrevista: el sugestivo movimiento de un dedo, un gesto de asentimiento, una sonrisa esperanzada o afligida. Cuando detecto ese deseo o alguien lo expresa abiertamente, pido los nombres de todos los ocupantes de la celda e indico a la secretaria o al abogado que están conmigo que anoten el nombre de la persona que se ha identificado. A veces, también les pido a los prisioneros su opinión sobre el mejor lugar para mantener una entrevista realmente confidencial, aunque suelo elegir provisionalmente un sitio durante la recorrida previa. Finalmente vuelvo con el director, le doy la lista y le digo dónde querría realizar las entrevistas, que deben empezar en ese mismo momento (supuestamente, antes de que sus subalternos puedan colocar micrófonos).

En la Unidad Nueve mi enfoque tiene que ser un poco diferente. Sabemos que hay allí cientos de prisioneros políticos, muchos más de los que es posible entrevistar. Como sabemos también que los tienen en determinados pabellones, separados de los delincuentes comunes, necesariamente tendré que limitar mi recorrido y las entrevistas privadas a esos pabellones. Hace falta cierta sutileza, pienso, ya que no quiero poner en evidencia a los prisioneros cuyos nombres figuran en mi lista privada.

Empiezo la ronda. Dos brazos salen de las rejas de la primera celda a la que me acerco. Cuando nos damos la mano los hombres se presentan. Saben por qué estoy ahí. Disimulo el dolor que me provoca la disparidad entre las esperanzas que reflejan y el poder real de la Comisión para mitigar su situación. Les pregunto si quieren hablar en privado después de

mi recorrido por los pabellones. Todos los que están acá quieren hablar con usted, me dicen, aseveración que confirmo a medida que continúo el recorrido, en el que los internos confirman también que la capilla es el lugar ideal para las entrevistas. En una celda, los dos ocupantes me ofrecen un mate, una infusión típica de la región, astringente y estimulante. No es mi bebida preferida, pero la acepto en genuina demostración de solidaridad y camaradería. Los compañeros de celda, casi encimados por las estrechas dimensiones del cubículo, me cuentan con un tono jovialmente sarcástico que las condiciones de detención han mejorado notablemente en las últimas dos semanas, desde que el director se enteró de la visita de la Comisión.

Finalmente regreso con dicho director, que espera con estoicismo, seguramente sin imaginar que treinta y cuatro años más tarde él mismo estará tras las rejas por atrocidades varias, pero sobre todo por la complicidad con las Fuerzas Armadas. que periódicamente durante los años de la Junta retiraban a un detenido de la cárcel y lo asesinaban. Acepta que usemos la capilla, una sala muy grande y bastante despojada, que podría pasar por un auditorio si no fuera por la gran cruz que está en el extremo opuesto a la puerta. Mis asistentes y yo nos ubicamos en un pequeño rincón, donde disponemos un estrecho círculo de sillas, y luego llegan todos los prisioneros de uno de los pabellones separados. En mi interior sigo luchando con la contradicción entre la evidente pasión por hablar de estos hombres y la imposibilidad igualmente evidente de entrevistar a todos, por más tiempo que pasemos allí.

Explico mi dilema a los prisioneros reunidos y concluyo diciendo que me reuniré con el mayor número posible. Además, les digo que puedo recibir denuncias de todos y que, mientras realizo una entrevista, los demás pueden redactar, con la asistencia de nuestro abogado, una denuncia sobre cualquier privación de derechos que hayan vivido desde su arresto, o sobre maltratos a otras personas. ¿Por qué no nos entrevista en grupos?, dice alguien. No tenemos nada que ocultar entre nosotros, y nuestras experiencias son muy parecidas. Hay un murmullo de asentimiento. Pido que levanten la mano y la aceptación parece unánime.

Decido comenzar con grupos de cinco. Mi secretaria y también mi intérprete, una simpática matrona que me ha acompañado a otros lugares malditos, serán las encargadas de tomar notas. Intento proceder con rapidez, brindando respuesta a unas cuantas preguntas comunes. Por las breves charlas mantenidas en el recorrido de los pabellones, sé que los prisioneros fueron detenidos en su mayoría por la policía o por miembros de otras agencias de

seguridad, luego de que Isabel Perón declarara el estado de emergencia pero antes del golpe militar. En ese sentido han tenido suerte. La consecuencia más factible de una detención posterior al golpe era la muerte, tras terribles torturas. Pero no es un hecho invariable: de hecho los militares llevaron a algunos prisioneros a centros clandestinos, los interrogaron y terminaron trasladándolos al sistema carcelario legal. Así es que éstos últimos podrían dar testimonio sobre esos centros. Tal vez vieron a personas que ya figuraban en nuestra extensa lista de desaparecidos. Incluso algunos que fueron llevados antes del golpe pueden haber pasado algún tiempo torturados en sitios secretos y luego haber sido entregados a los militares para seguir interrogándolos. Algunos prisioneros fueron juzgados por comisiones militares y podrían confirmar lo que habíamos oído sobre esas parodias de juicio justo.

Primero quiero saber sobre las condiciones de detención en la Unidad Nueve. Las descripciones coinciden. Los delincuentes más feroces, me dicen, incluidos los asesinos, pueden pasarse el día en el patio de deportes al aire libre, jugando al fútbol, caminando, haciendo gimnasia. Usted vio nuestros cubículos, me dicen, apenas pueden estar paradas dos personas al mismo tiempo. La mayoría de nosotros pasa ahí por lo menos veinte horas al día, sin libros ni revistas. Si nos dejan leer algo, son las secciones de sociales y de deportes de un diario local. Y tienen reglas perversas. La primera vez que nos dejan salir a ducharnos, nos golpean por caminar. Se supone que hay que trotar, gritan mientras nos patean y nos golpean con puños y porras. La vez siguiente que salimos de la celda empezamos a trotar inmediatamente y nos gritan: ¿Quién les dijo que corrieran? Y nos golpean por eso. Es evidente que las reglas que rigen cada aspecto de sus vidas cotidianas cambian sin previo aviso, y la consiguiente *violación* de la regla nueva se convierte en la ocasión de una nueva golpiza o de un confinamiento solitario. Tratan de volvernos locos, dicen muchos prisioneros, y si esto sigue por mucho tiempo lo van a lograr.

Muchos aspectos de sus historias son similares, casi idénticos en lo que respecta a los esfuerzos de la Comisión por captar en detalle la represión y acumular una cantidad suficiente de casos para fundamentar las conclusiones sobre sistemáticas violaciones institucionales a los derechos humanos. Al mismo tiempo, por supuesto, la agónica historia de cada uno es singular. Luego de unas pocas entrevistas grupales ya tengo casi todo lo que necesito como investigador, salvo en los casos en que un prisionero ha estado en un centro clandestino y ha podido identificar a otras víctimas en ese lugar, identificaciones que más tarde podremos comparar con nuestra lista de desaparecidos, que crece velozmente con las

denuncias que recibimos cada día en cada lugar que visitamos. Así, con el paso de las horas y un flujo de prisioneros que empieza a parecer infinito, siento el deseo creciente de apurar las entrevistas. Sólo quiero preguntar si han estado detenidos en un centro clandestino y si podrían identificar a alguien más que haya estado en ese lugar. Pero más fuerte que ese deseo es la comprensión de que mi función ha pasado a ser pastoral. Para estos seres que sufren soy más un cura que un Hercule Poirot. Pero no un cura que escucha una confesión de pecados cometidos por los confesores, sino cometidos contra ellos. No sé si la Comisión puede hacer algo por estos hombres. Lo que comprendo es que al escuchar sus relatos estoy haciendo algo en ese mismo instante. En el relato de los pecados de los que han sido víctimas hay una catarsis, así que debo dejar que cada hombre cuente su historia.

En algún momento, quizá alrededor de las ocho de la noche, el director envía a un emisario para informarnos que debe partir, y pregunta cuándo pienso terminar. Decido que mis asistentes y yo nos quedaremos hasta las once y que volveremos al día siguiente. En el camino de regreso a Buenos Aires, nuestro pequeño equipo encuentra una parrilla abierta que ofrece pollo asado. Tal vez es mi imaginación, pero la piel parece más crocante, la carne más jugosa que cualquier otro pollo que haya consumido en mi vida. Mastico hasta los huesos, el jugo me desborda las comisuras de la boca. Bien pasada la medianoche regreso por fin a mi habitación en el Plaza, tan grande, tan cómoda, soy libre de entrar y salir cuando quiero. La distancia entre la Unidad Nueve y el hotel Plaza es de unos sesenta kilómetros, pero en ese momento parece planetaria. En mi estado de agotamiento emocional y psíquico, el sueño llega pronto. Al día siguiente terminamos a eso de las diez de la noche. He entrevistado a todos los prisioneros.

Cuando visité la Unidad Nueve tenía cuarenta y cuatro años, me encaminaba, según creía, hacia la cima de mi carrera, distante y difusa. Volvería allí treinta y tres años después, ya un anciano que mira hacia atrás las páginas de su vida.

VIII. Timerman⁴⁴

Unos hombres armados, de civil y aspecto recio, rodean la entrada de un edificio de departamentos en una zona acomodada del centro de Buenos Aires. Subimos a un piso donde

hay más guardias esperando. Me vuelvo hacia Aguilar y le digo en voz baja y en inglés: ¿No íbamos a entrevistarle en su propio departamento? Nos hacen pasar a una sala donde hay unas sillas con el respaldo roto, una gran mesa arqueada sobre una pata astillada, cables que cuelgan de un agujero en el techo. ¿Será éste el departamento? Antes de que pueda contestar se abre una puerta y entra otro guardia, seguido por un hombre corpulento, de cabeza grande y pómulos anchos que remata en una calva imponente. El rasgo más sorprendente es la sensualidad de sus labios gruesos. Bienvenidos a casa, dice Jacobo Timerman.

Observa la sala como si inspeccionara la destrucción. Mis disculpas por el desorden, dice con una sonrisa irónica en la que puedo leer: No les bastó con golpearme, tenían que romper también el departamento. En realidad, prosigue, ahora mi casa es más de ellos que mía. Mira a los guardias. Yo vivo en mi dormitorio, continúa, vamos para allá.

Nos amuchamos en el dormitorio, que ha sido preparado con sillas adicionales, y Jacobo comienza el relato de su detención inicial, las torturas en por lo menos dos centros clandestinos, y su traslado final al sistema carcelario oficial. Supone correctamente que estamos bien al tanto de su caso, ya que por esa época es el prisionero político más famoso del régimen. Por cierto, la fama es relativa. No es como si el régimen hubiera torturado a George Clooney. Pero Jacobo tiene conexiones con propietarios y editores de periódicos en EE.UU. y en otros países occidentales, y al parecer con figuras relevantes de las comunidades judías de Occidente y del propio Israel. Además tiene una relación cercana con el rabino Marshall Meyer, quien sin dudas ha activado sus propios vínculos con el judaísmo reformista para defender a Jacobo. Por otra parte, Henry Kissinger ya no es el secretario de Estado en EE.UU. y Jimmy Carter, que ha incluido la preocupación por los derechos humanos en su campaña presidencial⁴⁵, ocupa la Casa Blanca, por lo que el categórico interés de la Embajada de EE.UU. por el destino de Jacobo es predecible.

El mismo Jacobo, que mientras lo torturaban llegó a creer que el único final posible era la muerte, en parte atribuía su sobrevivencia a que sus torturadores estaban convencidos de que, más allá de ser judío y de ser la única figura pública obstinada y abiertamente crítica del proyecto de exterminio y reconstrucción de los militares, era el líder de un complot sionista contra Argentina. Por ese motivo, por un lado creían que poseía detalles que debían sonsacarle, y por otro que era el representante de un poderoso grupo a escala mundial que podría perjudicar al régimen si remataban su interrogatorio rematándolo a él. Con eso en mente, era razonable dudar si Timerman era más peligroso vivo o muerto.

Según el libro de Jacobo *Preso sin nombre, celda sin número*⁴⁶, así fue su primer interrogatorio:

Pregunta: ¿Es usted judío?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Es usted sionista?

Respuesta: Sí

Pregunta: ¿“La Opinión” es sionista?

Respuesta: “La Opinión” apoya al sionismo porque considera que es el movimiento de liberación del pueblo judío. Considera al sionismo un movimiento de altos valores positivos, cuyo estudio permite comprender muchos problemas de la construcción de la unidad nacional en la Argentina.

Pregunta: ¿Pero entonces es un diario sionista?

Respuesta: Si usted lo quiere poner en esos términos, sí.

Pregunta: ¿Viaja a menudo a Israel?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Conoce al embajador de Israel?

Respuesta: Sí.

Ése fue un sondeo amable, una pista, llegó a concluir Timerman, de las fantasías de los *duros*, el ala más extrema del establishment militar, a los que sin vacilar considera nazis. Más tarde, durante los cuarenta días de su interrogatorio clandestino, podrá darse una mejor idea de

ese odio fanático que nada tiene que ver con su actividad periodística:

Comienzan a aplicarme descargas eléctricas [...] al sentir la descarga sobre la cabeza, pego unos grandes saltos y aúllo.

No me hacen preguntas. Simplemente es una catarata de insultos de todo calibre, que sube de tono a medida que pasan los minutos. De pronto una voz histérica comienza a gritar una sola palabra: “Judío, judío... judío”. Los demás se le unen y forman un coro batiendo palmas [...].

Están muy divertidos ahora, y se ríen a carcajadas. Alguien intenta una variante, mientras siguen batiendo palmas: “Judío... Pito cortado... Judío... Pito cortado”. Creo que ya no están enojados; se divierten.

Doy saltos en la silla, y aúllo mientras las descargas eléctricas continúan llegando [...] caigo al suelo arrastrando la silla. Se enojan como niños a quienes se les ha interrumpido un juego, y vuelven a insultarme. La voz histérica se impone sobre todas las demás: “Judío... Judío”⁴⁷.

Junto con el odio, sin embargo, hay una aparente ansiedad, ideas delirantes sobre un complot sionista para ocupar la Patagonia que pueden verse en otro interrogatorio que relata Timerman:

Pregunta: Queremos conocer algunos detalles más sobre el Plan Andinia [“Andinia” es el supuesto nombre pensado para el Estado satélite de Israel en el sur de Argentina]. ¿Cuántas tropas estaría dispuesto el Estado de Israel a enviar?

Respuesta: ¿Pero realmente puede creer en ese plan, en su existencia? ¿Cómo supone que 400.000 judíos de la Argentina pueden apoderarse de casi un millón de kilómetros cuadrados en el sur del país? ¿Qué harían con eso? ¿Con quiénes lo poblarían? ¿Cómo harían para

superar a los 25.000.000 de argentinos, a las fuerzas armadas?

Pregunta: Pero Timerman, precisamente eso es lo que le pregunto. Usted es sionista, pero no fue a Israel. ¿Por qué?

Respuesta: Bueno, es una larga cadena de circunstancias, todas personales, familiares. Situaciones que se fueron creando, encadenando unas a otras, que me hicieron postergar una y otra vez...

Pregunta: Vamos, Timerman, usted es una persona inteligente. Trate de contestar algo mejor. Permítame hacerle una explicación para que podamos entrar en materia. Israel tiene un territorio muy pequeño, y todos los judíos del mundo no caben ahí. Además, está aislada en medio de un mundo árabe. Necesita dinero de todo el mundo y apoyo político en todo el mundo. Por ello ha creado tres centros de poder en el exterior.

Pregunta: ¿Me va a recitar los Protocolos de los Sabios de Zion?

Pregunta: Hasta ahora nadie ha demostrado que no son verdaderos. Pero déjeme continuar. Firmes en esos tres centros de poder, Israel nada tiene que temer. Uno es Estados Unidos, donde el poder judío es evidente. Esto significa dinero y el control político de los países capitalistas. También en el Kremlin tienen una influencia importante.

Respuesta: Creo que más bien lo contrario.

Pregunta: No me interrumpa. El enfrentamiento es todo simulado. El Kremlin sigue dominado por los mismos sectores que hicieron la revolución bolchevique, y en la cual los judíos jugaron el papel principal. Esto significa el control político de los países comunistas. Y el tercer lugar es la Argentina, especialmente el sur que, bien desarrollado por los judíos con inmigrantes de diversos países de América Latina, puede ser un imperio económico, una canasta de alimentos y petróleo, y el camino

hacia la Antártida⁴⁸.

Timerman coincide con otro de nuestros interlocutores en que el poder dentro del gobierno militar está descentralizado al menos por regiones y por cada fuerza. De hecho, los distintos comandantes funcionan como señores de la guerra bastante autónomos que detienen a quienes quieren y hacen con ellos lo que se les ocurre. Otro caso notable mostró el alcance de esa autonomía: de vacaciones en su propio país, el embajador argentino en Venezuela fue arrancado de su auto por hombres armados en una avenida. Cuando su esposa fue a suplicarle ayuda al presidente Videla, conocido suyo, de acuerdo a nuestras informaciones éste se mostró acongojado, levantó las manos pidiendo comprensión y dijo: Lo lamento mucho, pero esto escapa de mi control. No hay nada que yo pueda hacer. Una teoría que escuchamos fue que el desafortunado hombre había quedado atrapado en una disputa entre dos de las fuerzas, que él había estado vinculado con la Fuerza Aérea o con la Armada, y una de ellas lo había secuestrado y asesinado en señal de desagrado. Otra teoría fue que el embajador había tratado de ayudar a salir del país a la mujer y los niños de un médico argentino, buscado para interrogarlo por el general Menéndez, el despiadado comandante de la región Córdoba. Cualquiera fuera la razón, el embajador se sumó a las filas de los desaparecidos, donde sigue figurando hasta hoy.

El comando general mantenía la dirección de las tres fuerzas, que compartían sin duda cierto grado de inteligencia y de coordinación logística. Y como, de acuerdo a nuestras fuentes, los militares habían planeado la toma del poder y la campaña antiizquierdista durante al menos un año, debe haber existido un acuerdo dentro de los altos mandos sobre las líneas principales de táctica y estrategia. La estrategia incluía responsabilidad moral, respeto por la discreción de los comandantes para ejecutar la política de exterminio y un cuidadoso equilibrio de poder mediante la toma colectiva de decisiones sobre aspectos clave que fueran surgiendo. Esto tenía como objetivo que, a diferencia del antecedente chileno, no emergiera ningún dictador entre ellos. Gobernaría la institución militar, no una figura como Pinochet.

Aunque unida por la necesidad y la virtud de exterminar a los movimientos insurgentes por medios discretos y no limitados por la ley, la institución estaba dividida entre fascistas (los *duros*) y conservadores católicos (los *blandos*), una división que generaba un desacuerdo sobre los límites de la campaña de exterminio. En una declaración muy compartida de la visión de los duros, uno de sus defensores sostuvo: *Primero mataremos a todos los*

*subversivos, después mataremos a todos sus colaboradores y a sus simpatizantes... y después mataremos a todos los que no nos apoyen*⁴⁹. Entre los que presumiblemente caían en esta última categoría estaban, al parecer, judíos, psiquiatras y psicoanalistas (mis amigos autóctonos dicen que Argentina tiene la distinción de ser el país con más psicoanalistas per capita del mundo), sociólogos, socialdemócratas y librepensadores de todo tipo. Los *blandos* se conformaban con los miembros de las organizaciones de insurgentes y sus colaboradores directos y simpatizantes. Para ellos la guerra contra la subversión había prácticamente terminado para la época de nuestra visita, y podía comenzar la reconstrucción del orden político. Para los *duros* recién había comenzado a develarse el pensamiento subversivo, independientemente de cuáles hubieran sido las acciones que ese pensamiento hubiese generado. Porque no había sido suficiente con eliminar a los Montoneros y al ERP y a los abogados que defendían a los subversivos y a los docentes y a los escritores y a los teólogos de la liberación que los inspiraban. No, también era necesario eliminar de la mentalidad argentina el Iluminismo y a Freud y a Marx y el modernismo en general. De lo contrario el cáncer volvería a aparecer.

Con su relato completo por el momento, Jacobo nos acompaña hasta la entrada de su departamento arrasado. Impasibles, los guardias están muy cerca. Ustedes han podido hablar conmigo, nos dice. Supongo que les resulta obvio que estoy mentalmente bien y que no tengo tendencias suicidas. Todos asentimos. Así que, concluye en voz alta y muy clara, si se enteran de que caí por una ventana de este edificio, sabrán que me empujaron. Jacobo, contesté, apuesto que en menos de un año usted y yo estaremos compartiendo unos sándwiches de pastrón en una rotisería de Broadway. Si la memoria no me falla, pasó un año y dos meses.

IX. Los hombres respetables

Hacia el final de nuestra segunda semana me llama Mario, el abogado elegante. Según los diarios, usted y sus colegas han estado trabajando mucho, dice. Asiento. Se merece un descanso, imagino que lo necesita. Venga a mi club el domingo a la mañana. Jugamos al tenis y almorzamos. Yo le consigo el equipo y una raqueta. Llegado a ese punto ya no necesito que

me siga convenciendo.

Los clubes privados de Buenos Aires están protegidos por muros y cercos, bien separados de la avenida paralela al río de la Plata y de las celdas de la Unidad Nueve. Con mi equipo blanco prestado entro con Mario a la cancha de arcilla colorada. La gran sede de muros de ladrillo del club, el personal amable y las demás figuras de blanco jugando en canchas perfectamente alisadas evocan a los exclusivos clubes de la clase alta inglesa, que posiblemente inspiraron a éste. Después de todo, alguna vez los ingleses fueron los propietarios de una buena parte de Argentina, y su presencia y su poder están implícitos en el nombre inglés, Jockey Club, del bar icónico de la clase alta de la ciudad.

Mario es tan hábil en la cancha como seguro en la sala de reuniones, pero parece moderar sutilmente su juego para no dejar en evidencia las debilidades del mío. No puedo negar la mezcla de felicidad y sentimiento de culpa que experimento al correr sobre la arcilla en ese nítido día de otoño, tan lejos del océano del dolor. Más tarde, sin cambiarnos el equipo de tenis, vamos al restaurante del club. Desde una chimenea que a Enrique VIII le habría parecido satisfactoria, las hojas de eucaliptus perfuman a fuego lento la sala, llena de gente que pertenece a ese mundo de privilegio al que suelo entrar cada tanto sin sentirme nunca del todo en casa. Alguien saluda a Mario, que informalmente me presenta con mi nombre y mi función. Dado que mi aspecto no tiene nada de particular, las miradas curiosas de algunos podrían indicar que me reconocen por las fotos de la prensa. Años después me enteraría de que al día siguiente un directivo del club llamaría a Mario para decirle que si volvía a llevarme cancelarían su membresía.

De regreso en coche al Plaza, conversamos de tenis y de abogacía, de esto y de aquello, el típico ping-pong entre dos profesionales exitosos que vienen de disfrutar un buen almuerzo tras un partido intenso. Paramos frente al hotel y estoy por darle las gracias cuando apaga el motor y dice: Sólo por curiosidad, Tom, ¿ya ha llegado a alguna conclusión sobre lo que sucede aquí? Es la primera vez desde que ha pasado a buscarme que menciona la misión.

Ésta es la razón por la que no puedo responder esa pregunta, Mario: para empezar, mis colegas y yo nos hemos separado algunos días para entrevistar a más gente y abarcar más terreno. Por ejemplo, cuando fui a La Plata otros fueron al sur, a Chubut, a visitar la cárcel de Rawson. Y estamos tan cansados al final del día y nuestras jornadas son tan largas, que no tenemos tiempo ni energía de reunirnos a la noche para comparar

nuestros registros. Vamos a hacerlo el último día de nuestra visita, y después otra vez en Washington. Además, con el intercambio de observaciones e ideas sobre lo que vemos y oímos, de a poco irá surgiendo un criterio colectivo. Así que en este momento prefiero evitar una conclusión.

Aunque no parece precisamente satisfecho, al menos se resigna a mi negativa y se prepara para despedirnos y seguir cada uno su camino. Pero decido no terminar con ese tono evasivo. Por lo que mis colegas y yo hemos visto y oído sólo puede haber una conclusión, y ésta es la oportunidad de preparar a este dechado de respetabilidad para que la acepte.

Quisiera despedirme con esta idea, Mario. Sé que usted es un hombre de bien. Sé que ha renunciado al Colegio de Abogados porque su comité directivo se negó a denunciar la detención de abogados defensores en casos políticos. Y por eso lo admiro. Pero lo que usted y muchos otros ciudadanos influyentes y respetables no han hecho es oponerse abiertamente a la acción general del gobierno. Han compartido la opinión de que en todo conflicto interno ocurren abusos, que el gobierno no puede controlar completamente la conducta de cada uno de sus agentes. Lo que ustedes no quieren creer es que el problema no son los abusos ocasionales de un agente deshonesto o el exceso de celo del personal de seguridad, sino más bien una estrategia fundamentalmente dirigida a exterminar a la oposición violenta, a sus partidarios e incluso a sus simpatizantes pasivos, a torturar y luego asesinar a miles de hombres y mujeres sin distinción de grados de culpabilidad o de la calidad de las pruebas en su contra. Lo que usted y muchos otros no quieren creer es que el gobierno pueda llevar adelante una campaña que contradice el texto básico de la ley y los valores morales a los que usted y yo suscribimos. Si usted tuviera que llegar a esa conclusión, como sucedería si conociera las pruebas irrefutables, sólo tendría dos opciones: podría denunciar al gobierno y entonces correr el riesgo de desaparecer también usted, o callar, con el consiguiente costo para su propia imagen de hombre honorable y valiente. Cuando nos conocimos, usted me pidió que

observara la realidad argentina con la mente abierta. Le pido que tenga la mente abierta cuando lea nuestro informe.

Mario me mira de manera indescifrable. Alzo la mano en señal de despedida y cierro la puerta.

X. Réquiem

Mientras yo perdía el tiempo sobre la cancha de arcilla roja, Andrés Aguilar volaba en helicóptero a un lugar menos encantador pero en cierto sentido más privilegiado: el Instituto de Resocialización. Sus ocupantes tenían ciertas prerrogativas en comparación con los ocupantes transitorios de los otros centros clandestinos de detención, porque en este instituto estaba previsto que sobrevivieran sin tener que pagar con sangre por ese privilegio. No recuerdo ahora si fue Aguilar o fueron los mismos comandantes los que iniciaron la discusión entre caballeros católicos que derivó en esta visita. Bien pudieron haber sido los comandantes, en un intento de demostrar que no eran bestias que mataban indiscriminadamente, sino hombres buenos y honorables a cargo de la tarea desagradable pero heroica de preservar un sistema cristiano de gobierno contra los terroristas ateos de izquierda. Siempre que podían mostrar piedad, lo hacían. Sin dudas así se veían a sí mismos, y sin dudas veían a nuestro líder, Aguilar, como un hombre que podía identificarse con ellos, un católico comprometido, un hombre que había asumido grandes responsabilidades públicas en su propio país, un paladín de la acción política católica (era miembro del COPEI, el Partido Democrático Cristiano de Venezuela). Suponían, razonablemente, que él compartía su línea de pensamiento. Por supuesto, lo malinterpretaron.

El instituto tenía treinta ocupantes, hombres y mujeres jóvenes y algunos matrimonios que habían abandonado alguno de los grupos militantes y se habían presentado para ser juzgados por tribunales militares. Debido a esta entrega voluntaria fueron considerados aptos para la reeducación, y por ese motivo enviados a este centro y no a una cárcel o a una tumba anónima. La reeducación parecía consistir en una psicoterapia individual y grupal planificada por los militares para superar las patologías de la personalidad que los habían convertido en subversivos.

Cuando nos reunimos para evaluar nuestra visita, Aguilar nos asegura haber presionado a sus anfitriones y a sus superiores por datos sobre la existencia de otros sitios

clandestinos de cualquier índole. Me informaron, dice en tono sombrío, que ése es el único. No tenemos ningún motivo convincente para dudar de ellos, concluye, ya que hemos visitado cada lugar del que se comenta que es un centro de detención y no hemos encontrado nada. Un golpe muy bajo a la angustiada esperanza de las familias, alentada por las autoridades, de que los niños, cónyuges o padres desaparecidos estaban aún con vida en alguna parte y serían devueltos algún día si las familias mantenían un silencio total. En realidad, los seres queridos sólo podrían volver si los muertos pudieran levantarse de sus oscuras tumbas.

El decimoséptimo día de nuestra visita, de acuerdo a nuestras prácticas, volvemos al despacho presidencial a presentar nuestras *observaciones preliminares*. Hemos acordado aprovechar la ocasión para ayudar a los sobrevivientes. En cuando a los muertos, ¿qué más podíamos hacer que honrar su memoria en nuestro informe final, sentando las bases para el homenaje que podría tener lugar algún día?

Éste es quizás nuestro momento de máxima influencia, pero sólo se puede ejercer de manera implícita. No podemos decir que si el gobierno toma las medidas que recomendamos el informe será más conciliatorio. No podemos decirlo porque, si lo hiciéramos, cualquier crítica grave, cualquier conclusión condenatoria, podría considerarse una prueba de mala fe, ya que no hay estándares objetivos de gravedad con las que comparar cualquier promesa de atenuación. Lo máximo que podemos decir en ese instante, sin recibir posteriores acusaciones de mala fe, es que nuestra apreciación de la dirección del gobierno y del panorama de los derechos humanos en Argentina se verá influida por las acciones del gobierno a partir ese momento y hasta el momento en que completemos el informe.

Por varias razones pensamos que esta estrategia tendría un peso particular sobre Videla y los demás *blandos*. Si eran razonables, tenían que saber que habían ganado la *Guerra Sucia* y que después de haber aniquilado a sus oponentes no debían temer que retornaran al campo de batalla en unos pocos años gracias a la amnistía de algún presidente que ellos no controlaran. Tampoco tenían que preocuparse por una nueva generación de revolucionarios, ya que perdurarían la memoria de tal aniquilación y la promesa tácita de reorganizarla si fuera necesario. Además, los *blandos* preveían la restauración gradual del gobierno civil, en algún tipo de democracia limitada, estructurada para garantizar la elección de gobiernos comprometidos con una versión conservadora del capitalismo y la cristiandad. Habíamos oído que, aparte de la presión de Carter, uno de los motivos principales para el voto a favor de nuestra visita era el argumento de que, aunque estábamos obligados a ser críticos

con la campaña antisubversiva, llegado el caso podíamos echar un velo sobre la *Guerra Sucia*, después de pronunciar un juicio con matices sobre el pasado, y a partir de allí subrayar, quizás incluso elogiar, las señales de avance de la Junta hacia una etapa de transición concebida para llegar finalmente a una normalidad democrática.

No eran sólo conjeturas nuestras. El proceso de arrojar un manto sobre el pasado con notas conmovedoras, similares a los toques de diana que al atardecer acompañan la arriada de bandera en el Ejército de EE.UU., había comenzado bastante antes de nuestra llegada. Al hablar en nombre de las Fuerzas Armadas el último 29 de mayo, Día del Ejército Argentino, el general Roberto Viola, comandante en jefe de la Armada y presidente de la Junta, había dicho lo siguiente:

Esta guerra, como todas las guerras, tiene una dimensión que difiere del valor de la vida. Por esa razón es una guerra. Se rompen diques y límites. La vida y la muerte se juegan persiguiendo la victoria. Lo peor no es la pérdida de la vida; lo peor es perder la guerra. Por esa razón el Ejército, que hoy ha recuperado el valor de la vida, puede decir que hemos llevado adelante nuestra misión. Ésa es la única explicación, y creemos que es suficiente. El país conoce su precio, y también el Ejército. Esta guerra, como todas las guerras, tiene secuelas: heridas tremendas que el tiempo y sólo el tiempo puede curar. Estas heridas son las víctimas: los muertos, los heridos, los detenidos, *los que están ausentes para siempre*. El Ejército lo sabe y lo siente porque no es inhumano ni insensible. Los terroristas, con una arrogancia desenfrenada, creían que con sus asesinatos podrían quebrar la voluntad de triunfo de las Fuerzas Armadas y de la inmensa mayoría de la población. Lamentablemente, los terroristas eran hombres y mujeres nacidos en este suelo generoso. Estaban equivocados: fueron engañados y engañaron y oscurecieron su tierra natal. Engañaron a quienes los apoyaron, provocándoles una angustia por su tierra natal que hoy nadie puede aliviar legítimamente. Estas circunstancias sin dudas ampliarán la grieta dejada por la estela de la guerra, porque hay familias inocentes, afectadas por el dolor, que también son argentinas. El Ejército lo sabe y lo siente. Su única explicación es la libertad que nuestra patria le encomendó para salvaguardarla⁵⁰.

En coherencia con esta declaración de sensibilidad y la virtual declaración de que los desaparecidos *están ausentes para siempre*, en agosto la Junta decretó una ley que establecía el procedimiento para que las personas habilitadas por leyes existentes a recibir compensaciones del Estado por la muerte de un familiar cercano pudieran hacerlo con la sola constatación de que dicha persona había estado ausente de su domicilio por un año sin que, durante ese tiempo, el eventual beneficiario hubiera tenido noticias de su paradero. Así, durante el transcurso de nuestra visita la Junta prosiguió con los pasos necesarios para la promulgación de la ley de presunción de fallecimiento por desaparición durante el período abarcado entre la declaración del estado de sitio por parte del gobierno peronista, en noviembre de 1974, y la fecha de promulgación de la ley, 12 de setiembre de 1979. Todo familiar de una persona desaparecida cuyos intereses bajo la ley civil hubieran sido afectados por la incertidumbre de su vida o muerte, podría solicitar la presunción oficial de su fallecimiento, con lo cual, por ejemplo, un cónyuge podría volver a casarse u obtener, junto con los hijos o cualquier beneficiario potencial, la herencia de una persona desaparecida.

Lamentablemente, al parecer no todos los sectores de las Fuerzas Armadas reconocían el final de la guerra. En medio de nuestra visita, el 13 de setiembre, una típica banda de hombres de civil armados, unos veinte esta vez, secuestraron a una madre y a sus tres hijos, de cinco, cuatro y tres años. Las organizaciones de derechos humanos creían que el padre también había sido secuestrado, aunque no hubo testigos oculares que pudieran confirmarlo. Inmediatamente los parientes presentaron el pedido de hábeas corpus, y el gobierno, como siempre, declaró ante el juez no tener registros de la detención de la familia. Simultáneamente, nosotros contactamos a las autoridades y expresamos nuestra gran preocupación, que reiteramos en nuestra reunión con Videla. Más tarde ese mismo día, las autoridades nos informaron que los niños y la madre, María Consuelo Castaño de González, en efecto habían sido detenidos, y que podrían ser liberados luego del interrogatorio necesario. Dijeron no saber nada del padre, quien, aseguraron, era un líder montonero. Luego supimos que un tribunal militar había condenado a María a dieciocho años de prisión, y que sus hijos habían sido entregados a los parientes. El paradero del Sr. González sigue siendo desconocido.

La continuidad de los arrestos mediante secuestros, enfatiza Aguilar ante Videla, no puede conciliarse con su aseveración de que el conflicto ha terminado y que el gobierno ha logrado una victoria absoluta. La Comisión espera que se ponga un freno total a los arrestos

ilegales y que las personas detenidas sean trasladadas inmediatamente al sistema carcelario regular. Entonces, hablando por todos nosotros, Aguilar vuelve a la cuestión de las condiciones de los detenidos en las cárceles. Resume nuestras observaciones sobre el tratamiento a los prisioneros, tanto en la Unidad Nueve como en otros centros de detención, incluido el de Rawson (notoriamente peor que la Unidad Nueve), en el frío, árido y lejano sur del país, escenario de hombres congelados, desnutridos y muchas veces abusados y en estado de desesperación. Los golpes, la prohibición de materiales de lectura, incluida la Biblia, el aislamiento en calabozos diminutos por veintidós o más horas al día de personas que en muchos casos no habían sido juzgadas, mientras asesinos convictos pasan el día jugando al fútbol en los patios abiertos de la cárcel, no cumplen ningún propósito de seguridad posible. Son simplemente actos de crueldad gratuita.

Videla expresa sorpresa. Las condiciones que usted describe son un abuso de las facultades de algunos directores de prisiones, insiste, y se compromete a investigar el asunto. No mucho después de nuestra partida de Argentina, nuestros contactos nos informan que las condiciones de los presos políticos en las cárceles han mejorado notablemente.

Volvemos cada uno a nuestros respectivos países, y Edmundo Vargas Carreño, nuestro instruido y experto secretario ejecutivo, comienza a bosquejar el informe al que pasaremos revista en nuestra próxima reunión en Washington. El ritmo lento de redacción es deliberado porque estamos convencidos, luego de nuestra reunión con Videla, de que la Junta intenta frenar las extravagancias de ciertos comandantes y de que la época del exterminio ha terminado. Lo que está ahora en juego es el futuro de la gobernabilidad en Argentina. Creemos que la posibilidad de respeto de los derechos humanos será más favorable si el pueblo argentino enfrenta su pasado. Las Fuerzas Armadas prefieren una cierta narrativa abstracta: han sucedido cosas terribles pero indefinidas, que lamentablemente fueron necesarias para preservar la cristiandad y la libertad. Nuestra tarea es definir, escribir un relato tan persuasivo y detallado que nadie pueda esconderlo bajo un manto de abstracciones tranquilizadoras. Por eso hace falta tiempo, para lograr el relato correcto. Mientras tanto, los conflictos, las torturas y las matanzas continúan en el resto de Latinoamérica. Argentina no es nuestra única preocupación. Finalmente, en abril aprobamos un informe de 266 páginas y, de acuerdo a nuestra extensa práctica, lo enviamos al gobierno argentino para recibir sus comentarios. El gobierno reacciona con enojo, a la defensiva, y en general con indiferencia ante la enorme cantidad de detalles que hemos recopilado: no hemos sabido apreciar las circunstancias, la

lucha defensiva contra el terrorismo, el derecho de todo gobierno soberano a defender la seguridad de su país, no hemos entendido el *Contexto*.

Por supuesto, habíamos anticipado el tenor de esta respuesta. Yo mismo había preparado una breve sección preventiva en el informe sobre el indudable derecho, en realidad la obligación de todo gobierno, de mantener el orden y defender el Estado y a su pueblo⁵¹. Muchos países en estos tiempos difíciles, escribí, enfrentan el reto de intentos armados que buscan alterar el orden constitucional. Las constituciones y las normas de derechos humanos, que todos ellos han ratificado, prevén la ocurrencia de condiciones que amenazan la vida de la nación y, por consiguiente, autorizan a los gobiernos a declarar el estado de emergencia y limitar el ejercicio de muchos derechos mientras se atiende la emergencia. La definición de acción legítima es amplia, proseguía. La libertad de prensa y la de asociación pueden limitarse severamente si es necesario. En condiciones verdaderamente extremas los gobiernos pueden incluso, sólo por la sospecha razonable de su participación en actividades ilícitas, detener a las personas y apresarlas por un tiempo limitado, por supuesto en condiciones humanitarias. De hecho, en condiciones extremas, los gobiernos pueden hacer prácticamente cualquier cosa, salvo condenar a las personas sin un juicio justo, y mucho menos torturarlas y someterlas a ejecución sumaria. Dentro de estas limitaciones, otros gobiernos democráticos han superado la subversión armada. Cité el caso de Venezuela, que demostraba que era posible lograrlo. En última instancia, concluía, cada gobierno tiene una opción: recorrer el camino de la represión legal de la subversión o violar su propia constitución nacional y las normas de humanidad más elementales. Por sus comentarios, deduje que fue esta sección en particular lo que enfureció a la Junta.

Apenas recibimos la respuesta del gobierno publicamos el informe. Los esfuerzos que hizo la Junta para evitar su difusión en Argentina fracasaron rotundamente. Mientras Vargas Carreño enviaba copias individuales por correo a numerosos argentinos, que pueden o no haber llegado a sus destinatarios, Emilio Mignone llevaba el informe a Buenos Aires y distribuía allí cientos de copias. El paso siguiente era la presentación formal del informe en la reunión anual de la Asamblea General de la OEA, un paso que la Junta al parecer contemplaba con una mezcla de aprensión y cólera. Parecía temer que la aceptación formal del informe mediante el voto de los ministros de relaciones extranjeras del continente perjudicara irreparablemente su relato sobre las medidas *penosas pero heroicas*, desvirtuadas sin duda por ciertos abusos descentralizados.

Supongo que aceptaron mi apreciación, o al menos mi esperanza, de que su relato y su legitimidad ante los ojos del pueblo argentino estaban peligrosamente vinculados. Si se debilitaba el relato tambaleaba la legitimidad, ya que Argentina no era Guatemala. Los militares no eran una fuerza mercenaria de ocupación aliada con una pequeña elite local. Sus oficiales provenían de un segmento importante de la sociedad argentina, con el que estaban tan articulados como con instituciones como la Iglesia Católica. Quizá no les importaba la opinión popular, pero sí la de los argentinos *respetables*. Si el apoyo dentro de ese sector se fragmentaba, también podía hacerlo la unidad de las Fuerzas Armadas, una unidad siempre precaria pues cada fuerza tenía su historia, sus distintas relaciones con los servicios militares extranjeros, su propia manera de destacarse en la escala del prestigio social y en la asignación del presupuesto de seguridad, amén de diferencias políticas inspiradas en parte por las fracturas ideológicas antes mencionadas. La fuerza de los militares radica en su unidad más que en sus fusiles, ya que éstos pueden apuntarse hacia adentro si las divisiones en de la institución militar se envenenan lo suficiente. Ante tal panorama, los militares tratarían de evitarlo volviendo a sus cuarteles y permitiendo, aun a su pesar, la restauración de un gobierno civil.

XI. **La Asamblea General**

Durante la primera década luego de su fundación, en los años sesenta, el trabajo de la Comisión había tenido una presencia formal en la agenda de la Asamblea General, apenas unas palabras de su presidente que resumían la tarea de la Comisión el año anterior, junto con alguna resolución insustancial que felicitaba al equipo por su buen trabajo y exhortaba, en términos muy generales, al cumplimiento de sus recomendaciones. A mediados de la década del setenta, las tomas militares del poder en Uruguay y en Chile, que derrocaron sistemas democráticos afianzados e inauguraron el reino del terror contra reformistas liberales y revolucionarios, a la par de la creciente presión popular por un cambio en una región marcada durante décadas por una distribución particularmente injusta de la riqueza, otorgaron al trabajo de la Comisión una importancia sin precedentes en América Latina, haciendo de los derechos humanos una cuestión central en su agenda.

La elección de Jimmy Carter aceleró esta tendencia. De pronto los derechos humanos, en gran medida el foco del trabajo de la Comisión, se convirtieron en un tema clave en la agenda de la reunión anual de Ministros de Relaciones Exteriores, y el presidente de la Comisión, ya sea por cuenta propia o con la ayuda de otros miembros, contó con el tiempo necesario para presentar una descripción detallada de las actividades del año anterior. Además, a partir de 1977, Aguilar, Vargas Carreño y yo comenzamos a redactar proyectos de resoluciones y a ofrecerlas silenciosamente a las delegaciones amigas, como las de Costa Rica y México, que luego conseguirían el apoyo para su inclusión en el Acta Final de la Asamblea. Lo que buscábamos, con éxito, era la aprobación de párrafos independientes que avalaban cada uno de nuestros informes sobre la situación general de los derechos humanos en los países mencionados y exhortaban a esos países a aplicar las recomendaciones de la Comisión. En otras palabras, lo que conseguimos con el respaldo de la Administración Carter y de los gobiernos de México, Costa Rica y varios otros países del Caribe (amén del apoyo de diplomáticos europeos que, tras bambalinas, asistían a la Asamblea como observadores) fue una denuncia oficial con nombres y apellidos.

La campaña de la Junta para evitarlo puede describirse como *extraordinaria*. Los representantes argentinos tenían la orden de amenazar a los gobiernos anfitriones con la ruptura absoluta de relaciones diplomáticas si apoyaban una resolución de esa naturaleza. La Junta también amenazó con abandonar la Organización de Estados Americanos. En otras palabras, actuó como si la anunciada aprobación por parte de la Asamblea de una resolución que avalara el informe de la Comisión fuera una amenaza suprema a los intereses de su país, manifestando así un temor que superaba mis esperanzas de que tal aprobación debilitara la capacidad de gobierno de los militares.

Por supuesto, la Junta comenzó su campaña diplomática con el apoyo de las dictaduras aliadas, militares o con apoyo militar, en países como Brasil, Chile, El Salvador, Guatemala y Uruguay, que en grados diversos compartían la visión general del mundo de la lucha apocalíptica contra la izquierda atea y empleaban métodos similares para asegurar el triunfo de la derecha. Por otra parte, no podía avanzar con Venezuela ni Costa Rica, ni con el régimen de partido único de México, que cubría su rasgo autoritario haciéndose pasar por la descendencia legítima de los revolucionarios mexicanos de comienzos del Siglo XX y mantenía relaciones amistosas con Fidel Castro. Tampoco era previsible lograr un gran éxito con los pequeños Estados caribeños u otros posibles países no comprometidos, particularmente si

EE.UU. se oponía a su campaña. En este último aspecto, el sentido de oportunidad jugó a favor de la Junta.

A medida que se acercaba la Asamblea, Jimmy Carter enfrentaba otras preocupaciones de mayor calibre. En Teherán había diplomáticos retenidos como prisioneros en su propia embajada, y el electorado de EE.UU. se hacía oír con furia nacionalista⁵². En el frente nacional, se esforzaba infructuosamente por dominar una inflación de dos dígitos combinada con el estancamiento de la economía, a la vez que mantenía una guerra electoral defensiva contra el Partido Republicano conducido por Ronald Reagan, que lo culpaba por haber *perdido* nuestro viejo Estado-cliente, Nicaragua, a manos de los insurgentes procastristas. Cuando el equipo presidencial está ocupado en algún otro asunto, las decisiones cotidianas de política internacional se derivan a los diplomáticos profesionales de rango superior, en general hombres y mujeres comprometidos, por su ética profesional, con la promoción de relaciones amistosas con los Estados, excepto con aquéllos declarados enemigos.

Incluso en el apogeo de la Administración Carter, muchos diplomáticos tenían reservas sobre cualquier provocación a otro gobierno que pudiera originarse por cuestionar el modo en que éste tratara a sus propios ciudadanos⁵³. Y en ese momento veían que la Administración no estaba simplemente distraída, sino que transitaba su agonía final.

Coincidiendo con ello, la invasión soviética a Afganistán del año anterior, el violento giro antiestadounidense de la revolución iraní y la retórica antiimperialista y la inclinación más radical del gobierno postrevolucionario izquierdista de Nicaragua, contribuían sin dudas a la sensación social generalizada de que las fuerzas de la Coalición por el Mundo Libre debían atrincherarse.

Alimentando el pesimismo sobre la posición estratégica de Estados Unidos y asociando la pérdida de poder estadounidense a las políticas de la Administración Carter, una coalición de conservadores y neoconservadores iba tomando gradualmente el control de los parámetros del discurso de política exterior. Los neoconservadores no sólo apoyaban el pronunciamiento cínico sobre los dictadores de derecha —pueden ser hijos de puta, pero al menos son hijos de puta de los nuestros—, sino también insistían en que apoyar a los sangrientos dictadores de derecha y oponerse a los movimientos y gobiernos de izquierda era una opción éticamente loable⁵⁴.

Era éticamente loable, argumentaban, porque la izquierda era totalitaria por

instinto e ideología. Su intento de control orwelliano, decían, tenía dos consecuencias. La primera era que en países gobernados por dictadores meramente autoritarios, desinteresados por definición en la transformación de la sociedad, la gente podía seguir con sus vidas habituales —criar hijos, adorar a Dios, llevar adelante los negocios, cultivar la tierra— sin que el Estado interfiriera, siempre y cuando se mantuvieran alejados de la política (irónicamente, una descripción bastante acertada de la China *comunista* actual). En cambio, en los Estados revolucionarios de izquierda las elites quieren por definición transformar la sociedad y para cumplir sus insensatas ambiciones intervienen necesariamente en la vida cotidiana. En resumen, hay más libertad en las dictaduras de derecha. La segunda consecuencia era que como había más espacio social en las dictaduras autoritarias, las oportunidades a largo plazo para liberalizar el régimen eran incomparablemente mayores.

La principal defensora de esta teoría (que demostró carecer de sentido: la Unión Soviética se desmoronó a pesar de su carácter *totalitario* y la China maoísta se transformó en un capitalismo mafioso de partido único) era una mujer llamada Jeanne Kirkpatrick, que había elaborado el discurso neoconservador en un artículo publicado por la revista *Commentary*. El artículo al parecer inspiró a Ronald Reagan para nombrar a Kirkpatrick embajadora ante la ONU, cuando asumió como presidente en enero de 1981. Digo *al parecer* porque esta mujer no tenía ningún otro antecedente destacable.

La atmósfera ideológica alimentada por la crisis de los rehenes en Irán y los cotidianos desafíos económicos que enfrentaba una típica familia estadounidense, junto con la derrota electoral anticipada del presidente Carter, restaron energía a la política de derechos humanos de EE.UU. y sin dudas reforzaron los instintos conciliatorios de los diplomáticos profesionales. Cuando a fines de noviembre de 1980 se reunió la Asamblea General, Carter estaba acabado, los insurgentes marxistas asediaban el régimen de derecha de El Salvador y los militantes republicanos echaban leña al fuego latinoamericano con el mensaje de que pronto habría un nuevo comisario en Washington, y que ese comisario estaría feliz de ver a los viejos amigos latinos quitarse los guantes que había usado Carter para cubrir las manoplas de metal que tanto les gustaban usar. En resumen, el escenario político para la presentación del informe de la Comisión sobre Argentina podría describirse, sin exagerar, como *difícil*.

Las diferencias entre la Unidad Nueve de La Plata y el edificio Pan American al norte de Constitution Ave., la sede protocolar de la OEA donde se reunieron los ministros de relaciones internacionales en noviembre de 1980, no podían ser mayores. Andrew Carnegie, el

Bill Gates de comienzos del Siglo XX, financió gran parte de esta elegante contrapartida del Tah Mahal, un edificio colonial hispánico construido como un tributo, no al amor, sino al vilipendiado y sistemáticamente pisoteado sueño de una armonía continental. Con algo de imaginación, uno puede ver a un gobernador español pasearse con su escriba entre las plantas y las flores exóticas de los patios selváticos del edificio, o recorrer los largos pasillos de mármol hablando, acaso no de Miguel Ángel, pero sí del inminente reemplazo de los esclavos indígenas por los africanos.

Incluso el día en que deben discutirse los temas principales de la agenda, la atmósfera es informal y bastante distendida. Los ministros de relaciones exteriores llegan con sus asesores y ocupan sus lugares correspondientes en una mesa ancha e inmensamente larga. Los asesores se agrupan detrás en sillas menos confortables, lo suficientemente cerca como para susurrar información en los oídos de los ministros si hiciera falta, aunque por regla general casi nadie permanece sentado durante la sesión. Los ministros suelen levantarse para aliviar la vejiga, tomarse un cafecito, charlar con sus honorables colegas o simplemente estirar las piernas. Los miembros de la comitiva también pueden deambular con algún fin determinado o, si sus ministros han salido o no tienen interés en el tema en discusión, pueden también aliviar la vejiga o entablar una conversación privada entre ellos. Al mismo tiempo, los funcionarios de la OEA van de un lado a otro ocupados con trámites varios. Tanto movimiento e intercambio produce una gran cantidad de ruido, ruido de fondo por cierto, pero suficiente para que el ambiente se parezca más a la hora pico en una estación de trenes de Nueva York que a una misa de domingo de Pascua.

Pero ese día de noviembre, cuando el cordial secretario general don Alejandro Orfila, descendiente de una rica familia bodeguera argentina, me invitó a la cabecera de la mesa para presentar el informe de la Comisión sobre la situación general de los derechos humanos en su país, el movimiento y las conversaciones comenzaron a disminuir notablemente. Cuando empecé a hablar disminuyeron aun más hasta que, por momentos, se hizo un silencio como ninguno que yo haya presenciado en una gran reunión internacional.

Comencé con las partes más inofensivas. Recordé la autoridad de la Comisión, otorgada quince años atrás por esos mismos gobiernos en una asamblea general para realizar investigaciones amplias y considerar casos individuales de presuntas atrocidades. Vinculé la decisión de la Comisión de llevar a cabo una investigación general de la situación en Argentina con el gran número de casos problemáticos e irresueltos que se habían presentado ante ella.

Transmití, falsamente, que la Comisión valoraba la invitación del gobierno argentino a realizar una investigación in situ y la cooperación que había mostrado durante nuestra visita de diecisiete días. Mientras iba preparándome de esa manera anodina, observé muy cerca la intención o acaso la expresión sombría en el rostro del canciller argentino, el ya mencionado general Pastor.

Entonces pasé a describir el contexto histórico tal como nos lo habían descripto: el surgimiento de dos movimientos clandestinos cada vez más poderosos, decididos a cambiar el orden político y económico por cualquier medio que hiciera falta; la inseguridad en la vida cotidiana, que había crecido rápidamente tras la muerte de Perón en 1974; las batallas callejeras entre los insurgentes de izquierda y las bandas de derecha; el asesinato selectivo de funcionarios militares; los secuestros y los bombardeos; el extendido reclamo de una intervención militar para restaurar el orden. En esta primera parte podía parecer que hablaba como un representante de la Junta.

Habiendo previsto la defensa del gobierno, hice una transición hacia nuestro informe. Ciertamente las condiciones predominantes en Argentina cuando los militares asumieron las responsabilidades de gobierno constituían una grave emergencia, precisamente del tipo previsto por los redactores de la Declaración Americana y la Convención Americana sobre Derechos Humanos, los documentos para cuyo cumplimiento los gobiernos del continente habían creado la Comisión. Repasé las diversas medidas de emergencia autorizadas por tales documentos, medidas suficientes para permitir a cualquier gobierno (al menos a los que contaran con el apoyo de la mayoría de su población, agregué) llevar a buen término la emergencia. Luego consigné las pocas cosas que ningún gobierno comprometido con los valores que sustentaban los documentos podría dejar de contemplar. Todos los presentes en esa sala ahora silenciosa sabían adónde me dirigía; lo único desconocido era la precisión y la dureza con la que describiría la situación.

Me habían otorgado tiempo para hacer lo necesario, es decir presentar las pruebas a los ministros en un nivel de detalle suficiente como para superar su renuencia a condenar a cualquier gobierno de un país miembro. Ante ellos se debía presentar un relato tan íntimo de los hechos que no les quedara la opción de mirar hacia otro lado. Entonces describí primero nuestra experiencia anterior a la visita: la catarata de denuncias que llegaban a nuestras oficinas en Washington, denuncias que detallaban la detención y la posterior desaparición de cientos de ciudadanos argentinos, denuncias que llegaron a sumar varios

miles durante nuestra visita.

Describí las respuestas mecánicas del gobierno que negaban todo conocimiento de los detenidos y continuaban negando aun después de que presentáramos el testimonio de las poquísimas personas que habían salido de centros secretos de detención y habían atestado haber visto a una cantidad de desaparecidos en esos mismos sitios. ¿Era posible que todos esos detenidos hubieran dejado el país o logrado esconderse en una nación altamente urbanizada y bajo ley marcial? ¿O que esas personas hubieran sido detenidas por los propios insurgentes derrotados por intentar abandonar la causa, como sugerían las respuestas del gobierno a nuestros pedidos de información? Además, en muchos casos los vecinos habían observado los secuestros, la lentitud impune con que los hacían, la cantidad de hombres involucrados. Si los secuestradores no eran agentes del gobierno, ¿cómo podían llevar a cabo tranquilamente sus operaciones sin la intervención de la policía? Observé que el gobierno argentino no negaba que una notable cantidad de personas hubiera desaparecido de la sociedad nacional. La legislación que había adoptado, que estipulaba exageradamente el tiempo requerido para declarar una muerte presunta, admitía implícitamente una plaga de desapariciones sin precedentes e implicaba también bajas expectativas de que los ausentes volvieran a aparecer alguna vez.

Durante largo rato había estado intentando rematar la parte principal de mi exposición con los detalles de un caso particular, un caso que captara taxativamente la flagrante falsedad, el cinismo absoluto de las respuestas de la Junta a nuestros pedidos de información: el caso de Nelly (Nélida) Sosa de Forti. Aunque no la había conocido, no me la había podido quitar la cabeza por más de dos años, y seguía allí ese día.

Pero primero quería subrayar la indiferencia de los generales no sólo ante la legislación de derechos humanos de la región, sino también ante el orden legal de su propio país. En virtud de sus creencias y pasiones, los nacionalistas de derecha, de los cuales había muchos presentes ese día, pregonan la supremacía de la soberanía nacional por sobre el derecho internacional, al que relegaban, en el mejor de los casos, como una herramienta de gobierno utilizable siempre que fuera conveniente para el interés nacional. De modo que en todos sus informes la Comisión aprovechaba cada oportunidad para demostrar que las normas internacionales que ella pedía cumplir no hacían más que reflejar normas incluidas en las propias constituciones nacionales.

La Junta se había autoproclamado guardiana del orden legal y civilizado de

Occidente amenazado por criminales anárquicos. En coherencia con tal reivindicación, no había suspendido los tribunales civiles. Y cuando, antes y durante nuestra visita, reclamamos por las prolongadas detenciones de personas con argumentos no más específicos que la sospecha de que eran amenazas al Estado, o porque simplemente habían sido capturadas por capricho o animosidad personal de un funcionario, la Junta invocaba metódicamente el artículo de la Constitución Argentina que permitía la suspensión de distintos derechos durante el estado de sitio. Yo quería citar un ejemplo indiscutible del desprecio por el orden legal, y ése era el caso de Jacobo Timerman.

En algún momento después de que el régimen hubiera reconocido por fin su detención, el juicio que impulsaba su esposa para lograr su liberación llegó finalmente a la Corte Suprema. Al constatar que el gobierno no había brindado fundamentos para continuar con su detención, la Corte resolvió que debía ser liberado. El fallo no pudo haber sido una sorpresa absoluta para los generales, ya que en un caso previo la Corte había declarado que la discreción para actuar en nombre del interés nacional durante una emergencia, aunque amplia, no es ilimitada. Estaba sujeta a una regla de *razonabilidad*. A pesar del fallo de la Corte, Timerman seguía detenido, tal como pudimos comprobar durante la visita. Días después de nuestra partida, sin embargo, su esposa volvió a apelar ante la Corte, consignando que el gobierno seguía sin liberar a su marido. Nuevamente la Corte exigió su liberación suscitando, según fuentes coincidentes, un amargo debate entre los generales, en el que Videla presionaba con énfasis por el cumplimiento de la decisión de la Corte, en el contexto del fuerte reclamo de la Comisión y la presión de EE.UU. y de otros gobiernos democráticos. Contrariamente al odio profundo hacia Timerman de algunos oficiales, los *blandos* negociaban un acuerdo. Diez días después de que partimos de Buenos Aires el gobierno le retiró a Timerman la ciudadanía argentina, ordenó su expulsión del país y lo puso en un vuelo que culminaría en Israel.

Entonces, habiendo puesto de relieve el desprecio de la Junta por el orden constitucional argentino, llegué finalmente al caso de los Forti⁵⁵. Al momento de la asunción del gobierno por parte de los militares, Nelly Sosa de Forti, su marido médico y sus cinco hijos vivían en Tucumán, una ciudad del interior. Considerando el número creciente de desaparecidos, pronto decidieron dejar el país. El Dr. Forti salió primero. Viajó sin ocultarse a Venezuela y pronto consiguió un cargo en el servicio médico rural de ese país. Nelly se mudó junto con sus hijos a casa de unos parientes en Buenos Aires, mientras tramitaba los documentos de salida ante el gobierno y una visa familiar para Venezuela. Temprano en la

mañana del 18 de febrero de 1977, ella y sus hijos tomaron un autobús de Aerolíneas Argentinas que pasaba por varios puntos de control militar de camino al aeropuerto internacional, fuertemente custodiado en las afueras de la ciudad.

Tras completar los procedimientos usuales de preembarque, abordaron el vuelo de las 9:00 a Caracas y ocuparon sus asientos. Justo cuando el avión parecía listo para despegar, por el altavoz llamaron a la cabina del piloto a Alfredo, el hijo mayor. Allí se encontró con el capitán y dos oficiales, uno de los cuales había procesado sus documentos de migración. Cuando le preguntaron por el paradero de su padre, Alfredo explicó que estaba en Caracas esperándolos a él, a sus hermanas y a su madre. Entonces le indicaron que volviera y llamara a su madre. Cuando ésta llegó el piloto le informó que tendría que desembarcar junto con sus hijos, porque había algún error en la documentación.

Luego les solicitaron volver a abordar el autobús que los había llevado hasta el avión. Dentro los esperaban varias personas de civil armadas. El autobús los llevó hasta la barrera de seguridad del aeropuerto, donde los trasladaron a dos coches, los vendaron y los condujeron durante más de una hora, llegando finalmente a un edificio adonde los ubicaron en el cuarto piso de un conjunto de celdas. Luego de varios días apareció un oficial, negó conocer los detalles de su caso y dijo que tendrían que volver a Tucumán, donde podría resolverse la situación. Nelly viajaría en avión, los chicos en tren.

El séptimo día de su cautiverio los oficiales maniataron a los chicos, los vendaron, los pusieron en un coche, los condujeron por lo que les pareció una distancia considerable, y por último les ordenaron salir y alejarse. Cuando los chicos por fin lograron liberarse entre sí, descubrieron que estaban en una esquina a pocas cuadras de la casa de su pariente, donde habían estado viviendo. A su lado, envueltas en celofán, estaban algunas de las ropas que habían empacado para el viaje a Venezuela. Poco tiempo después, un sacerdote llegó desde Venezuela y los acompañó a reunirse con su padre. Hasta el presente, se desconoce la ubicación de los restos de Nelly Sosa de Forti.

Tras agotar sus representantes en Buenos Aires todos los medios posibles para localizar a su esposa, el 29 de mayo de 1979 el Dr. Forti llevó su caso a la Comisión. Rápidamente solicitamos una explicación al gobierno argentino. Dada la disponibilidad de testigos, además de los niños, que podían confirmar el arresto de la Sra. Sosa de Forti, pensamos que el gobierno podría responder con algo más que con la consabida frase *no hay registros de esa detención*. Pero esa esperanza fue inútil. Con el refuerzo de detalles

adicionales brindados por el Dr. Forti, enviamos otra nota al gobierno, explicando que de hecho se nos hacía difícil aceptar la insinuación (no hay registros) de que la Sra. Sosa de Forti no había sido detenida, y recibimos la misma negativa formal. Incluso una tercera nota, en la que subrayábamos la cantidad de pruebas que teníamos e incluíamos declaraciones de testigos oculares, provocó la misma expresión abstracta de desconocimiento sobre el destino de la Sra. Sosa de Forti, por lo que formalmente adoptamos una resolución que concluía que había sido detenida ilegalmente por oficiales del gobierno, y que su desaparición constituía una *violación muy grave al derecho a la libertad y a la seguridad personal*, exigiendo su liberación y una sanción a las personas responsables de su detención.

Meses más tarde, incluso después de la investigación in situ de la Comisión en la que, con toda la delicadeza diplomática posible, habíamos mencionado el caso Forti ante los oficiales militares superiores, por fin recibimos una respuesta detallada. Los Forti, alegaba la carta del gobierno, habían colaborado en Tucumán en asuntos médicos y logísticos *con elementos pertenecientes a organizaciones terroristas*, específicamente Montoneros, el ala armada de la izquierda peronista. En 1976, *por temor a ser descubiertos* habían decidido terminar con tales colaboraciones y abandonar el país. Dado que los funcionarios argentinos no habían estado implicados en la posterior detención de Nelly Sosa de Forti y de sus hijos, la única *hipótesis* razonable era que los Montoneros habían llevado a cabo aquella detención casi suicida y extraordinariamente temeraria en el aeropuerto, haciéndose pasar por funcionarios de gobierno y logrando incluso engañar al jefe del aeropuerto y a la propia Sra. Sosa de Forti. Luego ella debió haber sido trasladada a una prisión para desertores que mantenían en secreto los Montoneros, lo que explicaba el testimonio de sus hijos que describía el lugar donde habían permanecido cautivos. Así, en una jugada audaz de parte de una organización desesperada, Montoneros podía demostrar a los eventuales desertores que aún mantenía un despliegue poderoso. y a la vez deslucir la reputación del gobierno argentino.

Reiteraré explícitamente la respuesta de la Comisión a la *hipótesis* del gobierno. Para empezar, ni en las respuestas previas ni durante la visita de la Comisión, ningún miembro del gobierno propuso esa hipótesis. Aparte de eso, la sugerencia de que durante un estado de sitio un grupo de insurgentes pudiera engañar a los soldados y a la policía en varios puestos de control, y a los oficiales del aeropuerto, al piloto del avión y a la propia Sra. Sosa de Forti, y pudiera mantener en secreto la estructura descrita por sus hijos en el lugar en que estuvieron cautivos, era simplemente increíble. Y había más: durante nuestra visita habíamos entrevistado

a uno de los afortunados hombres que habían sobrevivido a su paso por un centro clandestino. Ese centro estaba en Tucumán y, sin que se lo solicitáramos, él brindó voluntariamente los nombres de personas detenidas allí junto con él. Una de ellas era Nelly Sosa de Forti. Estaba, nos dijo él, en un estado físico *deplorable*.

A lo largo de la gran sala de reuniones de la OEA el silencio es absoluto. Frente a todas estas pruebas, digo, la Comisión sólo pudo arribar a una trágica conclusión: que de los miles de personas detenidas y hasta el momento desaparecidas, prácticamente todas estaban muertas. Luego de ello, agradezco al secretario general por la oportunidad de presentar el informe de la Comisión.

Junto mis papeles, me levanto y me dispongo a salir. Aguilar, Vargas Carreño y el mismo Orfila me felicitan. Detrás de ellos aparece, con el cabello bien corto y su figura baja y fornida, Raúl Quijano, que durante mi presentación había permanecido estoicamente sentado detrás de su ministro. Raúl me tiende la mano y dice: Usted hizo lo que tenía que hacer, así como yo hago lo que tengo que hacer, y lo hizo bien.

XII. Epílogo

El sinuoso camino a la justicia

Parecía destinado a volver cada tanto a Argentina, como se vuelve por azar o elección al objeto de un amor apasionado que ha nacido hace décadas y nunca se ha apagado. Desde 1979 la turbulenta historia del país sigue en mis pensamientos, como en los de tantos argentinos, porque el pasado no es pasado todavía.

Mis amigos argentinos creen que la visita de la Comisión y su correspondiente informe contribuyeron a la progresiva declinación de la dictadura militar. Me gustaría creerlo. Ciertamente, cuando el informe o algunos fragmentos comenzaron a circular, los conservadores moderados de Argentina, como Mario, ya no pudieron dejar de aceptar que, apenas oculta de sus cómodas vidas cotidianas, había ocurrido una masacre organizada, brutal e implacable, y que sus perpetradores seguían dirigiendo el país. Era el final de la ilusión, los sectores respetables de la sociedad limitaron la legitimidad del gobierno militar y aumentó

también el malestar de aquellos oficiales que rechazaban la visión fascista de ciertos segmentos del establishment castrense y del reducido pero no intrascendente grupo de civiles de extrema derecha.

Cualquiera fuera el grado en que nuestro informe contribuyó a la progresiva decadencia del régimen militar, debo pensar que sus efectos sólo se sumaron a los fracasos en el plano económico y a su humillante derrota en la Guerra de Malvinas: la jugada de una popular carta nacionalista en un esfuerzo desesperado por recuperar el apoyo de la opinión pública, que se retiraba como producto de lo anterior y sin duda de la apreciación general de que, con la destrucción total de la subversión armada, los mismos militares y sus aliados paramilitares de la policía constituían la principal amenaza a la ley y el orden.

Tras el fallido intento de desalojar el control británico de las Malvinas (o Falklands, como las llaman en el Reino Unido), tanto dentro como fuera del país los militares comenzaron a ser considerados incompetentes, y tan ridículos como siniestros. La fuerza de ocupación de las islas, en su mayoría conscriptos que se congelaban en uniformes ligeros e inadecuados para el clima extremo del Atlántico Sur, colapsó rápidamente bajo el ataque del ejército de voluntarios altamente capacitados del Reino Unido, apoyado por dos escuadras de portaaviones.

Con el tiempo, los analistas trazaron un cuadro más complejo de esa guerra y del desempeño del Ejército. El comando superior argentino había llegado a la razonable conclusión de que era improbable que el gobierno del Reino Unido intentara reconquistar las islas. Su población, mayormente rural, era minúscula, apenas superaba la de un pequeño pueblo británico, y las islas en sí, más allá de sus numerosas aves y de las seductoras vistas para fotógrafos y pintores paisajistas, no tenían un potencial económico evidente. De hecho, en términos fiscales eran una carga, modesta, pero carga al fin. Y el esfuerzo por reconquistarlas habría significado una carga pesada para el erario británico.

Además, en los intercambios diplomáticos de los años precedentes los británicos se habían mostrado (al menos desde la perspectiva argentina) dispuestos a encontrar una fórmula para un traspaso de soberanía que fuera lo suficientemente honorable y sensato. De modo que era posible imaginar que los británicos respondieran a la ocupación con acciones no más peligrosas que la búsqueda del respaldo del Consejo de Seguridad de la ONU para lograr sanciones económicas, un intento que podría fracasar por dos razones. En primer lugar la solidaridad entre los miembros no permanentes del sur del globo en defensa argentina en

términos de una retórica anticolonialista, ya que el Reino Unido había tomado las islas en el Siglo XIX. Y en segundo lugar, la posibilidad de que EE.UU. se abstuviera como agradecimiento a los militares argentinos por haber transmitido sus oscuras destrezas de contrainsurgencia a las letales fuerzas anticomunistas de Centroamérica apoyadas por la Administración Reagan. La neutralidad de EE.UU. era importante, de hecho muy importante, por otra razón: en el improbable caso de que el gobierno de Thatcher decidiera combatir en lugar de reclamar, su despliegue militar dependería en gran parte de la asistencia logística y de inteligencia de Estados Unidos.

Llegado el caso, las expectativas de neutralidad estadounidense resultaron erradas, pero el compromiso de Washington por la victoria británica llegó recién después de una confrontación interna de la Administración Reagan, que enfrentaba a una facción liderada por Kirkpatrick, embajadora ante la ONU y simpatizante de la Junta y de otros regímenes *meramente autoritarios* que reprimían a los opositores de izquierda asesinándolos, contra aquéllos que priorizaban las relaciones transatlánticas. Estos últimos prevalecieron una vez que fracasaron los denodados esfuerzos del secretario de Estado de EE.UU. por lograr un acuerdo, un resultado acaso inevitable a la luz de la estrecha relación personal e ideológica entre el presidente Ronald Reagan y la primera ministra Margaret Thatcher.

Si bien en retrospectiva la decisión de ocupar las Malvinas y después evacuar las tropas dejando sólo un contingente de policías y funcionarios (con la orden de no aplicar las mismas técnicas de control que usaban en el resto del país sobre la población local) no era una jugada completamente descabellada, la derrota, acentuada aun más por los quince mil prisioneros que quedaron en manos británicas, fue claramente una derrota. En vez de una fuente de *unión para el cuerpo del país* —si usamos una de las metáforas biológicas preferidas por los regímenes homicidas de la época en América Latina—, el comando superior de las Fuerzas Armadas había sido una fuente de humillación. El sutil análisis de los estrategias ya no podría salvar al establishment militar argentino del rechazo público y de un feroz debate interno sobre la responsabilidad por la deshonra de la institución.

Las divisiones sobre política económica, relaciones con sindicatos y la necesidad de continuar con la represión ilegal, y también sobre la reestructuración constitucional de la política nacional, se hicieron abismales, y los que alguna vez habían sido aliados ahora se desafiaban a punta de fusil. Cuando se quiebra el establishment militar, las alternativas son la guerra civil o el regreso a los cuarteles. Por la vía de esta última opción, los

generales y almirantes argentinos aceptaron el reclamo creciente de la sociedad civil de llamar a elecciones y reinstalar un auténtico gobierno constitucional. Volver a los cuarteles tenía la ventaja adicional de dejar a los civiles la tarea de ordenar el desastre económico o, idealmente, fracasar en el intento y ofrecer así un nuevo objetivo para el descontento general.

Un signo del agotamiento de su prestigio en un amplio rango del espectro político era la incapacidad militar de lograr, como condición para renunciar al poder, el compromiso multipartidario de garantizar una amnistía a las Fuerzas Armadas por cualquier abuso a los derechos humanos que pudo haber tenido lugar durante su régimen. Irónicamente, el candidato del Partido Justicialista (partido que los militares habían proscrito de la escena electoral durante dos décadas tras el golpe de Estado contra Perón en 1955, y al que habían desplazado mediante el golpe de 1976) fue quien expresó su voluntad de satisfacer el pedido de amnistía. Raúl Alfonsín, candidato de la coalición antiperonista nucleada en la Unión Cívica Radical, vehículo tradicional de la prudente ideología burguesa, la rechazó de plano. Cuando para sorpresa de los entendidos y también de los peronistas triunfó Alfonsín, llegó el momento para los desaparecidos.

XIII. **Alfonsín: 1983-1989**

El flamante presidente comenzó sagazmente por nombrar una comisión de la verdad dirigida por una prestigiosa figura literaria, el novelista Ernesto Sabato: la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, CONADEP. En 1976 Sabato había apoyado públicamente el golpe militar, y luego se había decepcionado frente a sus métodos para restaurar el orden. Sin embargo, a diferencia de Jacobo Timerman, quien también inicialmente había apoyado el golpe, no era un entendido en política ni una figura con inclinaciones evidentes de izquierda (como un socialdemócrata). Encarnaba el ángel más benévolo de las clases respetables ahora liberadas del temor a la izquierda revolucionaria. En las fotos, Sabato se veía como la clase de hombre que uno podría encontrar en El Mirasol, una parrilla popular de la Capital, rodeado de tres generaciones de parientes bien vestidos e impecablemente amables.

Cinco años después de la investigación in situ de nuestra Comisión, el resumen público del informe de 50.000 palabras de la Comisión de Sabato acabó con los últimos jirones

del prestigio militar. En su implacable prólogo Sabato, en nombre de los once miembros de la Comisión, declaraba:

[...] la dictadura militar produjo la más grande tragedia de nuestra historia, y la más salvaje. Y, si bien debemos esperar de la justicia la palabra definitiva, no podemos callar ante lo que hemos oído, leído y registrado, todo lo cual va mucho más allá de lo que puede considerarse delictivo para alcanzar la tenebrosa categoría de los crímenes de lesa humanidad. [...] En el curso de nuestras indagaciones fuimos insultados y amenazados por los que cometieron los crímenes, quienes lejos de arrepentirse, vuelven a repetir las consabidas razones de la “guerra sucia”, de la salvación de la patria y de sus valores occidentales y cristianos, valores que precisamente fueron arrastrados por ellos entre los muros sangrientos de los antros de represión. Y nos acusan de no propiciar la reconciliación nacional, de activar los odios y arrepentimientos, de impedir el olvido. Pero no es así [...]. No podrá haber reconciliación sino después del arrepentimiento de los culpables y de una justicia que se fundamente en la verdad⁵⁶.

A paso firme, Alfonsín convocó a la institución militar misma a reivindicar su honor y a juzgar en sus propios tribunales a los oficiales jerárquicos que habían conducido lo que Sabato llamó *la tecnología del infierno*. Pero de acuerdo a la ley que el presidente presentó al Congreso, si los militares no actuaban dentro de un plazo determinado la jurisdicción recaería automáticamente en la justicia civil. Los militares rechazaron autocondenarse y, de acuerdo a la nueva legislación, el fiscal general inició el procesamiento de los nueve miembros de las juntas militares que se habían sucedido en el mando del país hasta la recuperación del gobierno civil.

Fue justamente ese juicio el que me llevó de regreso a Buenos Aires, seis años después de la histórica investigación de nuestra Comisión. Cinco guardaespaldas de la policía de civil y un sargento de aspecto atlético me esperaron a los pies del avión y me condujeron velozmente por la fila de pasajeros VIP hasta un taxi y de allí al hotel, donde dejé el bolso. Después me llevaron al despacho de Strassera para recibir sus instrucciones y las de su joven adjunto, Luis Moreno Ocampo, un ingenioso, agudo y tenaz *bon vivant* que años después sería

fiscal jefe de la Corte Penal Internacional. Cuando llegó mi turno de declarar, entré a la sala de audiencias como un actor que sale a escena, y enfrenté al tribunal. Pero en realidad nunca vi a los acusados. Luego de identificarme como ex miembro y presidente de la Comisión Interamericana, el juez D'Allesio me pidió que describiera las observaciones y conclusiones de la Comisión, lo que hice exhaustivamente. Luego de otras preguntas del juez y de sus colegas, Strassera me hizo profundizar algunos detalles que había omitido en mi declaración original.

Mi temor previo a sortear las difíciles repreguntas de los abogados defensores resultó infundado. Podría decirse que su tono fue *respetuoso*. Ninguno buscó obtener de mí señales de malicia hacia los acusados, ni hizo preguntas que implicaran que había formulado mi testimonio con un sesgo ideológico. Su esfuerzo conjunto, advertí enseguida, era suscitar el apoyo hacia una defensa de las juntas básicamente más política que técnica y legal. Me presionaron para que reconociera el extraordinario desafío que enfrentaban las juntas en su intento de restaurar el orden, así como la inevitabilidad de los errores, abusos y daños colaterales en una guerra contra una insurgencia clandestina. Los eludí repitiendo el mantra de la Comisión sobre la amplia discreción y los sólidos instrumentos que todo gobierno legítimo tiene a disposición para intentar suprimir un movimiento político violento, limitados sólo por la prohibición de la tortura, las ejecuciones sumarias o cualquier otro castigo sin el debido proceso. Mirándolo en retrospectiva, creo que perdí la oportunidad de recordarles la invocación que hiciera Sabato de la respuesta que en la década de los '70 dio el general italiano Della Chiesa al pedido de autorizar la tortura a un prisionero sospechoso de conocer pistas que permitirían a las autoridades ubicar a los secuestradores de Aldo Moro, uno de los líderes políticos más importantes de Italia. Della Chiesa, más tarde asesinado por la Mafia, respondió: Italia puede permitirse perder a Aldo Moro, pero no instaurar la tortura. Finalmente Italia perdería a Aldo Moro, considerado el único hombre capaz de organizar una coalición reformista de centroizquierda para apartar del poder a los defensores de la Democracia Cristiana, un statu quo fosilizado y corrupto.

No necesitaba a mis guardaespaldas, que retomaron su trabajo apenas terminé con las repreguntas y salí de los tribunales, para recordarme que a uno lo podían matar en Buenos Aires. No había motivos para creer que los jefes militares se hubieran reconciliado con la derrota. En ese punto, sus miembros no podían saber hasta dónde llegaría el alcance de los procesos judiciales del gobierno civil. Algunos (aunque no haría falta más que uno) podrían concluir lógicamente que el asesinato de un testigo, particularmente uno de cierta importancia y

con pasaporte de EE.UU., podría amedrentar a los demás para que no atestiguaran. Por otra parte, los guardaespaldas de la policía no eran quizá los mejores garantes de mi seguridad. La policía, después de todo, había colaborado con los escuadrones de la muerte. Entonces pensé que sería prudente volver al hotel, comer en la habitación y permanecer allí hasta la hora del vuelo de regreso a EE.UU. al día siguiente. Pero es tan difícil ser prudente en Buenos Aires. Quería pasear por Florida, demorarme en las librerías, sentir el pulso de la ciudad, saborear un oscuro Malbec (tal vez de las bodegas de la familia Orfila) mientras comía una parrillada en algún restaurante conocido. De modo que me convencí de que matar a un ciudadano estadounidense ex presidente de la Comisión sería muy torpe, y me entregué a los encantos de la ciudad.

Finalmente, tras declarar inconstitucional la amnistía que la última Junta había otorgado generosamente a todos los miembros de las Fuerzas Armadas, la Corte halló culpables de distintos crímenes, todos largamente establecidos en la ley nacional, a seis de los nueve acusados en este Nuremberg argentino. Las condenas más severas, con cadena perpetua, recayeron sobre Jorge Rafael Videla, el almirante Emilio Massera y el general Leopoldo Galtieri (presidente de la Junta durante la invasión a Malvinas). El general Roberto Viola, presidente de la Junta en la época de la visita de la Comisión y reputado líder de los *Blandos*, que junto con Videla había intentado evitar la ejecución de Jacobo Timerman, recibió diecisiete años. Con este precedente, el presidente Alfonsín decidió ampliar la red de procesos a figuras menos jerárquicas, y enfrentó la primera de una serie de motines, tácitos o explícitos, por parte de distintas unidades de las Fuerzas Armadas. Con valentía personal —luego de uno de los motines se dirigió sin guardias en helicóptero al cuartel de la unidad rebelde y negoció su rendición— concluyó finalmente que no podría consolidar el sistema democrático sin establecer límites claros y reducidos al ámbito de la responsabilidad penal.

Para pacificarlos, la gran mayoría de la oficialidad tenía que sentirse segura. De modo que, muy a su pesar, Alfonsín envió al Congreso la ley conocida como Punto Final⁵⁷, que estableció la limitación de sesenta días para nuevos procesos. Era de esperar que con esta legislación las víctimas sobrevivientes del terrorismo de Estado, sus familias y las organizaciones de derechos humanos se apresuraran a reunir casos contra los cientos de ejecutores identificables del terror. Lo sorprendente, incluso asombroso, fue ver a segmentos (aunque sólo a segmentos) del Poder Judicial, generalmente lento e históricamente conservador —un Poder Judicial tan complaciente durante la época del terrorismo de Estado

que rechazaba de rutina cientos de pedidos de hábeas corpus sin investigar las vagas negaciones del gobierno—, apresurarse para ayudarlos, cancelar las ferias y trabajar durante los sagrados fines de semana para recibir pedidos y abrir procesos. Como resultado, sin dudas para consternación y furia del cuerpo de oficiales, cientos de casos nuevos lograron abrirse en el plazo definido. Y como consecuencia, Alfonsín consideró necesario para su proyecto de pacificación apoyar la aprobación de la Ley de Obediencia Debida⁵⁸, que permitió a los acusados invocar las órdenes de sus superiores como defensa de sus crímenes (aunque fuera posible procesarlos por excederse en el cumplimiento de tales órdenes).

En ese punto, el énfasis del gobierno de Alfonsín en los problemas judiciales de la etapa de transición pasó a segundo plano frente a la necesidad de ordenar con rapidez la economía nacional. Durante décadas la nación argentina había desaprovechado las múltiples ventajas del país: su abundancia de recursos naturales y una reducida población para consumirlos, suelos fértiles, la enorme diversidad ambiental y ecológica, una inmensa longitud del área costera y unas clases media y alta fuertemente instruidas, con sólidos vínculos con los países europeos de los que provenía. Los magníficos edificios porteños de fines del Siglo XIX y comienzos del XX atestiguan la riqueza nacional de esa época, cuando su ingreso per cápita estaba entre los diez primeros del mundo. Tantas ventajas, y aun así una historia de potencialidades frustradas por razones que economistas y politólogos siguen debatiendo hasta hoy.

Un complejo conjunto de causas, entre ellas la ausencia de un plan coherente, frustró la ambición militar en 1976 de detener ese lento pero constante descenso competitivo del país, mientras aniquilaba la insurgencia de izquierda. La economía que heredó Alfonsín estaba en retroceso, como un cuerpo que se pudre por un veneno de acción lenta. Alfonsín y su equipo, más allá de toda buena intención, no pudieron hallar el antídoto. A medida que se acercaban las siguientes elecciones, ese cuerpo comenzó a convulsionar. La crónica fuga de capitales privados se transformó en una tremenda sangría. La inflación explotó, devastando a las clases medias y desesperando a los más pobres. Cuando comenzaron a multiplicarse los saqueos de alimentos, para mantener el orden Alfonsín tuvo que recurrir al mismo aparato de seguridad que había intentado pacificar.

XIV. De Menem a Kirchner: 1989-2003

Tras el fracaso económico siguió el electoral: en los comicios de 1989 los peronistas, conducidos por la peculiar figura de Carlos Menem, demolieron a la coalición liderada por la Unión Cívica Radical de Alfonsín. Con las fibras de la sociedad civil al borde del quiebre, Alfonsín consideró agotada su credibilidad y acordó adelantar la asunción de Menem. Pequeño y exultante, católico converso nacido de una familia inmigrante de musulmanes pobres, candidato de un partido que había sido sinónimo de populismo y cuyo programa político había protegido la economía nacional frente a la competencia extranjera, granjeándose el apoyo popular mediante excesos presupuestarios insostenibles, el pragmático Carlos Menem calmó de inmediato la convulsiva economía con una intensa dosis de ortodoxia neoliberal. Para disipar la inflación, alentar a los capitalistas locales y atraer inversiones foráneas, ató la moneda local al dólar, anunció el final del insostenible déficit público, redujo las tarifas de importación, privatizó las empresas públicas, incluida la compañía petrolera nacional, y abrió ampliamente el país a la inversión extranjera. En respuesta a un gobierno favorable a los negocios con un potente mandato electoral, el dinero llegó a borbotones y la economía pareció pasar en un instante de un coma virtual a una vida exuberante.

Durante la dictadura militar el propio Menem había sido encarcelado y supuestamente torturado, por lo que difícilmente podía verse como un entusiasta visceral de la institución castrense. No obstante, junto con sus medidas no ortodoxas en el plano económico (no ortodoxas para un peronista), decidió recurrir a una amnistía general para apartar a los militares de la ecuación política⁵⁹. Además de abortar todos los casos pendientes, liberó a Videla y a los demás condenados de las tres Juntas.

Como en otros momentos prometedores de la historia argentina del Siglo XX, Menem fue sólo el presagio de una nueva calamidad. Atar el peso al dólar sofocó las llamas de la inflación al costo de la flexibilidad fiscal. La promesa de estabilidad fiscal y de un gobierno favorable a las corporaciones generó una gran exuberancia en el sector privado, que incluyó fuertes préstamos en plazos que requerían pagos en dólares. Al mismo tiempo, no hubo grandes cambios en la productividad básica de la economía argentina y en la eficiencia de sus instituciones.

En 1999, una economía en retroceso, un halo creciente de corrupción personal y

un amplio consenso público sobre los límites constitucionales se sumaron para jaquear el intento de este *gallito de riña* de presentarse a un tercer mandato. Como en 1983, los peronistas perdieron frente a una coalición nucleada en el Partido Radical. Sin embargo, a poco de asumir su candidato, Fernando de la Rúa, explotó la burbuja de colores que Menem había construido en tantos años. La consecuente toxicidad social y política superó incluso la de los últimos días de Alfonsín. El hambre real comenzó a cundir en un país famoso por su consumo de carne vacuna. La pobreza creció vertiginosamente, se multiplicaron los disturbios, el delito hizo metástasis. Secuestraban a personas hasta en la cola del cine y las tenían por 24 horas a cambio de un mínimo rescate. El país tuvo cinco presidentes en un año.

El caos político y económico y la furia social intensificaron la división de las facciones peronistas, proceso que terminó favoreciendo a Néstor Kirchner, ambicioso y hábil gobernador de una ignota provincia del sur patagónico. En la elección de 2003 frente al incontenible Menem, que seguía buscando un esquivo tercer mandato para completar sus trofeos —que incluían a una ex Miss Universo chilena como su segunda esposa—, Kirchner, otrora peronista de centroizquierda, logró un apretado segundo lugar con el 22 por ciento de los votos, contra el 24 de Menem. Mientras ambos se preparaban para la segunda vuelta, la opinión pública se volcó en forma decisiva contra el ex presidente. Cuatro días antes de la votación, con encuestas que mostraban a Kirchner con el doble de intención de voto que Menem, éste se retiró de la contienda y aquél navegó hacia una victoria sin oponentes, llevando a la Casa Rosada a su esposa y socia política, Cristina Fernández.

Kirchner había estudiado abogacía en la Universidad Nacional de La Plata, la misma de Timerman, y militado en organizaciones de la Juventud Peronista generalmente identificadas con el ala izquierda del partido y con el sector más virulento, del que había surgido Montoneros. Por ello, con el golpe militar de 1976 habría podido sufrir el destino de Menem o uno peor. Eso podría explicar por qué, al recibirse ese mismo año, conocer a Cristina Fernández y casarse pronto con ella (que aún cursaba derecho), volvió de inmediato a su remota provincia de origen y montó un estudio jurídico, al que se sumó Cristina al graduarse al año siguiente. Por cierto, no había ningún lugar completamente seguro para un peronista de izquierda, pero Santa Cruz era más segura que La Plata y la Capital.

Según amigos porteños, al principio la *intelligentsia* de Buenos Aires consideraba a Néstor y a Cristina poco más que unos pajueranos rurales que no podían tomarse muy en serio, valoración que Kirchner despejó muy pronto. En el frente económico, él

y su ministro de economía, que contaba con una amplia aceptación, se concentraron decididamente en estabilizar y recuperar la economía, aunque hiciera falta el remedio amargo pero necesario de desacoplar el peso del dólar. El resultado fue una devaluación de dos tercios del valor del peso, que licuó una parte importante de los ahorros de la clase media pero abarató las exportaciones argentinas y el turismo para extranjeros con monedas más fuertes.

Casualmente, y frente a una deuda con dimensiones similares a la de la Grecia actual y a la manera del partido insurgente griego Syriza, Kirchner desoyó la ortodoxia del Consenso de Washington: no impondría austeridad para favorecer los pagos de la deuda al Fondo Monetario Internacional (FMI) o a los tenedores privados de bonos. Finalmente la gran mayoría de bonistas aceptaría el reemplazo de sus bonos por uno nuevo que, de hecho, implicaba una pérdida cercana a los dos tercios y, con ese desafío al FMI, dejaba a Argentina prácticamente fuera de los mercados internacionales de crédito. Pero al mismo tiempo el alza de los precios internacionales de las materias primas, el crecimiento del comercio regional y la inversión directa continua, junto con la devaluación que estimuló las exportaciones, fortalecieron a los sectores agrícola y manufacturero, que en última instancia impulsaron la economía. Además, los programas para enfrentar la pobreza redundaron en un aumento del consumo y redujeron la miseria.

Las jugadas de Kirchner en el frente político fueron aun más drásticas. Mientras Menem había comenzado su mandato presidencial apaciguando a los militares, Kirchner los enfrentó. Purgó a los oficiales jerárquicos vinculados con la Guerra Sucia o considerados hostiles al peronismo y a los políticos democráticos en general, tomó el control del proceso de ascensos y recortó rotundamente el presupuesto militar. Luego de depurar la Corte Suprema de sus miembros más conservadores, desconoció la amnistía otorgada por Menem a quienes habían violado los derechos humanos e inició nuevos procesos cuyo alcance seguiría ampliándose durante su mandato y luego en el de su sucesora, Cristina Fernández.

A. 1998

En 1998, trece años después de mi testimonio en los primeros juicios por crímenes de guerra, volví a Argentina como decano de la entonces Escuela de Graduados en Estudios

Internacionales (GSIS, por su sigla en inglés) de la Universidad de Denver⁶⁰. Aunque el motivo de mi viaje era establecer lazos con universidades argentinas y destacar el perfil de la GSIS como opción de estudios de posgrado para los estudiantes argentinos, aproveché la oportunidad para ver en directo el alcance de los cambios en la vida social y política desde el juicio de los crímenes de guerra y también visitar a viejos amigos, en particular a Jacobo Timerman.

Torturado sin piedad en parte por su identificación pública con el sionismo, el exilio de Jacobo en Israel, donde le otorgaron de inmediato la ciudadanía, parecía la resolución más feliz posible para sus tormentos. El Judío Errante había encontrado el camino a casa. Se estableció allí y escribió *Preso sin nombre, celda sin número*, una reflexión breve, potente y paradójicamente lírica sobre su prisión y sus torturas que se convirtió en *best seller* internacional y lo instaló como un ícono de los ciudadanos de Europa y de América preocupados por los derechos humanos. En ese papel enfureció a los estadounidenses de derecha cuando visitó Washington y criticó el nombramiento por parte del presidente Ronald Reagan de Ernest Lefever como subsecretario de Asuntos Humanitarios y de Derechos Humanos, una función que había creado Jimmy Carter. Lefever, aclamado como eminente moralista por la derecha estadounidense, no ocultaba su oposición a la política de Carter de inmiscuirse en los asuntos de otros países, al menos en aquellos gobernados por fervientes anticomunistas. Tras una furiosa batalla en el Senado y varias notas de opinión en la prensa dominante, Lefever y el gobierno de Reagan aceptaron su derrota.

Quizá una de las cosas más indudables de la vida, además de la muerte, es su capacidad de decepcionar a los idealistas apasionados. Si se trata de escritores combativos, convertirán su desilusión en libros furiosos que harán enojar a mucha gente. Estos escritores no logran llevar vidas tranquilas, dondequiera que estén, aunque se trate de sionistas establecidos por fin en la Tierra Prometida. El de Jacobo Timerman era el sionismo del filósofo moderado Martin Buber, no el del furioso guerrero Ariel Sharon. Un sionismo que anunciaba la creación de un Estado que sería un ejemplo de comunidad justa e igualitaria para toda la humanidad. Pero como el Estado real en el que se radicó tras su partida de Argentina era la Esparta de Medio Oriente, con una minoría de habla árabe sometida y un incesante proyecto colonizador sobre tierras obtenidas mediante la guerra, su realidad compleja y éticamente problemática no se correspondía a la versión cosmopolita del sionismo de Timerman, que otros llamarían “nacionalismo liberal”⁶¹, una descripción que, en la práctica, ha resultado

generalmente un contrasentido. De modo que su idilio israelí sólo pudo culminar en una amarga decepción y en su libro correspondiente, que sin duda haría enfurecer a mucha gente.

El libro, llamado *Israel: la guerra más larga*⁶², nació a partir de la invasión de Israel al Líbano en 1982. Un ataque aparentemente autorizado sólo con el objetivo delimitado de apaciguar la zona fronteriza desde donde las organizaciones palestinas realizaban incursiones ocasionales a Israel, bajo el mando de hierro del comandante Ariel Sharon se transformó en una campaña global para destruir de una vez y para siempre a la Organización para la Liberación Palestina y hacer del Líbano un vecino dócil y complaciente. En su cobertura de la guerra como periodista, Timerman quedó espantado por la devastación urbana del poder de fuego israelí, que consideró fuera de toda proporción a los fines legítimos de Israel. Lo que disparó su indignación ante esa furia al rojo vivo fue, sin embargo, la masacre de civiles palestinos —incluidos ancianos, mujeres y niños— perpetrada por las milicias maronitas cristianas enviadas a los campos de refugiados palestinos por Sharon, mientras los soldados israelíes controlaban el perímetro⁶³.

El libro de Timerman, un furioso alegato contra la guerra y también contra el trato a los palestinos en los territorios ocupados, produjo la inevitable indignación de muchos israelíes y de los partidarios complacientes de Israel en Estados Unidos. Con la bendición de Jacobo, su hijo Daniel se negó a prestar su servicio militar en el Líbano y fue enviado a la cárcel. Después de eso, Israel dejó de ser para Jacobo un refugio en este mundo cruel.

Junto con la compañera de toda su vida, su esposa Risha, dejó el país, primero con destino a Madrid y luego a Nueva York. Finalmente, ya con Alfonsín en la Casa Rosada, en 1984 volvió a Buenos Aires, declaró ante la CONADEP presidida por Sabato y retomó la actividad periodística, llegando a ser director de un diario de Buenos Aires (un interventor militar había liquidado gradualmente el que había sido de su propiedad). Con su posición política intacta, la crítica socialdemócrata de los autoritarismos de derecha y de izquierda y de la brutalidad política en todas sus formas, fustigó el régimen de Pinochet en un libro publicado en 1987⁶⁴, y en 1990 el de Cuba⁶⁵, condenando el Estado policial castrista pero también el bloqueo económico de Washington.

Por su carácter y su compromiso intelectual estaba predestinado a ser un disidente adonde fuera o regresara. Cuando Carlos Menem indultó a los responsables de la Guerra Sucia, Jacobo escribió:

En abril de 1977 el general Carlos Guillermo Suárez Mason ordenó mi

secuestro en Buenos Aires. Hace unos días este hombre, el líder más cruel de la guerra sucia, fue excarcelado, indultado por el presidente Carlos Saúl Menem. Argentina había logrado su extradición desde EE.UU., con denuncias por 43 asesinatos y el secuestro de 24 personas que desde entonces están desaparecidas. Durante aquellos meses de 1977, el coronel Ramón Camps, el torturador más brutal de la guerra sucia, estaba a cargo de las torturas que sufría durante mis interrogatorios. Hace unos días él también fue liberado, indultado por el Sr. Menem. [...] Casi todos los torturadores estaban libres antes de esta última tanda de indultos, pero ahora también están sueltos los líderes que concibieron, planificaron y llevaron adelante el único genocidio de la historia argentina⁶⁶.

Uno de sus hijos, Héctor, también de regreso en Argentina, ayudó a fundar el diario *Página/12*, sucesor ideológico del periódico de su padre, *La Opinión*. La presencia y el éxito de Héctor no pudieron proteger a su padre del dolor por la muerte de Risha, en 1992.

Cuando volví a Buenos Aires en 1998, la enorme vitalidad de este hombre había disminuido evidentemente, reducida por la pérdida personal, la decepción política y las sucesivas crisis físicas, un ataque cardíaco y un leve accidente cerebrovascular. En cierto momento se había trasladado al otro lado del río, a Uruguay, pero estaba ya de regreso cuando llegué para compartir la que sería nuestra última cena. Aunque no nos habíamos visto por al menos diez años, nos abrazamos como hermanos del alma, luchadores contra la corriente y disidentes natos, dos judíos errantes, uno casi ya al final del recorrido. Para la foto se sumó Héctor, mucho más delgado que su padre pero con el mismo gesto sarcástico. Comimos, bebimos, recordamos y sentimos, en ese momento, el placer de estar en un lugar limpio y luminoso entre hombres de afinidades compartidas. Un año después Jacobo había muerto. Doce años después Héctor sería canciller.

Otra cena en Buenos Aires en ese mismo año de 1998 sigue en mi memoria, quizá porque fue como un epílogo largamente demorado a aquel almuerzo con Mario en 1979. Mi amigo más íntimo, Carlos Fligler, era un argentino expatriado que había vivido en Estados Unidos durante sus estudios en la Facultad de Derecho Harvard, donde nos conocimos. Entre sus viejos amigos de Buenos Aires había un destacado financista. Carlos propuso que lo

visitáramos porque podría darme una idea de la manera en que un importante segmento de la elite Argentina comprendía el pasado y el presente del país. A través de Carlos recibí la invitación para cenar en el departamento de su amigo donde se sumarían, según me contó por Internet, algunas personas que querían conocerme.

El día antes de esa cena me entrevistaron periodistas del diario de Héctor Timerman, *Página/12*, y de *Clarín*, cuyo equivalente en EE.UU. podría ser una combinación de *The New York Times* y del *The Wall Street Journal* previo a la adquisición de Rupert Murdoch. Ambos me preguntaron si, en retrospectiva, atribuía algún grado de responsabilidad por las masacres políticas de la Guerra Sucia a la sociedad argentina en su conjunto, a causa del silencio de las clases dominantes. Mi respuesta, calculada y más o menos sincera, fue negativa. No, dije, en parte porque al comienzo el carácter realmente clandestino de la represión y la normalidad aparente de la vida cotidiana oscurecían las dimensiones y el sesgo exterminador del proyecto militar. Y cuando la niebla comenzó a disiparse, cuando la gente empezó a apreciar el alcance y la ferocidad de la represión, cuando se hizo evidente que cualquiera podía desaparecer —un embajador, el asistente personal de un ex presidente y general retirado, las organizadoras originales de las Madres, cualquiera—, la gente tenía miedo. Comprendía en algún nivel de su conciencia que estaban viviendo bajo un régimen terrorista. ¿Cuántos alemanes denunciaron a los nazis?, pregunté retóricamente.

Ambos diarios destacaron sendas entrevistas al día siguiente. Resultó que el amigo de Carlos, naturalmente, vivía en el edificio más distinguido que llegué a visitar en una ciudad marcada por la distinguida opulencia de sus clases altas. Un sirviente abrió la puerta y me guió discretamente al living, donde al menos media docena de hombres —todos atractivos, vestidos y peinados con elegancia— me esperaban para saludarme con amabilidad. Casi inmediatamente después de que el anfitrión me presentara a cada uno, un invitado me dijo con una simpática sonrisa: Leímos la entrevista en *Clarín* y, para ser francos, nos sorprendió un poco lo que dijo sobre la responsabilidad de la sociedad argentina, pero por cierto lo valoramos y creemos que fue justo. Después disfrutamos platos deliciosos, bebimos vinos de exquisita fineza y conversamos como viejos amigos. Aunque por momentos hablábamos de tragedias, sentí con cierta culpa que éstas parecían algo que había pasado mucho tiempo atrás en otro país. Qué vida rara y contradictoria la mía, pensé esa noche mientras esperaba el alivio del sueño.

B. 2010

En 2010, en el cénit de su popularidad y de su poder personal, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, elegida para suceder a su marido Néstor, recientemente fallecido, decidió realizar una celebración pública del Día Internacional de los Derechos Humanos. Para el cierre presentaría el Premio Emilio F. Mignone, el defensor de los derechos humanos. Isabel Mignone, una de las dos hijas sobrevivientes de Emilio, había sido el alma máter de este premio anual, que formalmente se otorgaría bajo el paraguas del Ministerio de Relaciones Exteriores. Haber conocido a Isabel unos años antes fue un valioso beneficio colateral de mi trabajo en la Comisión. En raras ocasiones uno llega a conocer a una mujer cuya inteligencia innata, dulzura y nobleza de espíritu son tan deslumbrantes que uno siente el deber de protegerla de cualquier daño, aun cuando no lo necesite. Así es Isabel.

Una vez me dijo que lo que la protegió de un daño mayor, o sea del destino que tuvo su hermana, fueron las circunstancias más que un salvador determinado. Cuando los militares tomaron el poder en 1976 su hermana Mónica, algo mayor y con una relación muy cercana a Isabel, participaba de un grupo estudiantil de discusión que, con la conducción de una carismática señora mayor, se reunía periódicamente para analizar la injusticia social en Argentina y discutir caminos a seguir. Sin dudas habría participado del grupo si hubiera estado sana, me dijo Isabel. Pero meses antes, cuando iba del lado del acompañante en el auto de su novio, salió arrojada por el parabrisas al chocar contra otro vehículo. Tuvo heridas graves y le llevó más de un año recuperarse de las numerosas cirugías. Por doce meses sólo salió de su casa para operarse. Fue en las últimas etapas de su recuperación que fueron a buscar a Mónica.

Con el habitual despliegue de brutalidad desenfrenada e identificándose abiertamente como *servicios*, se la llevaron asegurándole que la interrogarían para aclarar algunos puntos, insinuando que sería breve. En ese tiempo los civiles aún no comprendían la estrategia general detrás de los arrestos ni la ausencia de límites, ni evaluaban que la edad o el género no garantizaban la supervivencia, ni tampoco la inocencia en la colaboración activa con los insurgentes. Por cierto Emilio era peronista, pero básicamente era un tecnócrata calificado, no un político, y un buen católico con contactos. En esa época tenía razones para creer lo que le decían. Pero se equivocaba. Habiendo sido arrestada por la Armada, es posible que Mónica

acabara en la ESMA. Ni Isabel ni Emilio volverían a verla, viva o muerta. Los demás integrantes del grupo de discusión tuvieron la misma suerte.

Además de la elegida para el Premio Mignone, una espléndida mujer de Zimbawe que dirigía una perseguida organización de abogados de derechos humanos en su país, el gobierno me había invitado junto con una media docena de personas vinculadas al movimiento internacional de derechos humanos, como el hijo de Martin Luther King y Baltasar Garzón, el audaz juez español que había iniciado la tarea de extraditar a Pinochet del Reino Unido, adonde había recalado por un tratamiento médico. Atribuí mi inclusión a Héctor Timerman, el canciller del momento.

Llegué dos días antes de la ceremonia de entrega del Premio Mignone, que incluiría un discurso presidencial, y el diplomático que me asignaron me preguntó si había algo que quisiera hacer en particular. Sí, dije, quisiera volver a visitar la Unidad Nueve de La Plata.

En la gris mañana del día siguiente salimos de la Capital en un minibús, bajo una lluvia espesa que disminuía gradualmente mientras avanzábamos con dificultad por el denso tránsito de calles cada vez más rotas, hasta una autopista que por fin nos dejó en La Plata, una ciudad de un millón de habitantes que hoy sigue pareciéndome tan ajena al glamour y a las esperanzas de Buenos Aires como en 1979. Calles humildes y vacías con edificios bajos y envejecidos, intercalados con tiendas destartaladas que ofrecen las magras necesidades de los pobres, anuncian la cercanía de la cárcel. Aparece de pronto, más insignificante de lo que la recuerdo, más desamparada que intimidante. ¿O se veía desamparada de tan intimidante? No logro decidirme.

Nos espera un pequeño ejército de fotógrafos, el circunspecto pero amable ministro de Justicia de la provincia, una anciana diminuta y arrugada como una pasa que según entiendo es directora del Departamento Provincial de Derechos Humanos y, para mi mayor sorpresa, un grupo de ex prisioneros, hombres que habían compartido penas y furias conmigo treinta años antes a través de los barrotes de sus celdas y en la capilla de la cárcel. Uno por uno los ex prisioneros me abrazan, prácticamente sacudidos por la emoción. A su izquierda, frente a las puertas de la cárcel, hay un monumento en homenaje a los hombres de La Plata ejecutados en 1977 y 1978 y a las numerosas familias exterminadas tras visitar a los detenidos.

Entre los ex prisioneros se destacan dos. Uno, que según entiendo es el presidente de la asociación de ex prisioneros políticos, es un hombre elegante, de ojos claros y facciones bien definidas, vestido de manera informal con un pulóver de lana azul sobre una

camisa de vestir. Es sereno y cálido, se expresa con mucha claridad, y parece a gusto con su vida. El otro tiene pelo largo y teñido de rubio y un rostro desparejo, bastante asimétrico y organizado en torno a una nariz prominente, ojos tristes en contraste con las briznas de alegría que asoman en su personalidad durante la conversación. Resulta ser músico, dice haber escrito una ópera-rock sobre sus vivencias en la cárcel, más imborrables tal vez porque tenía sólo diecisiete años cuando lo llevaron a la Unidad Nueve. El presidente del grupo de ex prisioneros parece un profesional, quizá un abogado o un empresario exitoso cuyos recuerdos de prisión pesan levemente. Los demás ex prisioneros dan una impresión más colectiva, gente que no parece ni pobre ni notoriamente exitosa, hombres comunes que han sobrevivido a una experiencia extraordinaria, todos unidos de algún modo entre sí, incluso el músico y el presidente, por aquel descenso al infierno de hace tres décadas, y ligados a mí por esos dos días de setiembre de 1979.

El director actual me recibe en una sala pobremente iluminada que me parece familiar, y me conduce al interior, donde a medida que avanzamos me presenta a varios empleados administrativos y guardias. Desde un pasillo central se desprenden los pares de pabellones a izquierda y derecha, tal como recuerdo. El primer par, los pabellones 1 y 2, me recuerdan, son conocidos como *pabellones de la muerte*. Mi marido estaba en una celda allí antes de que lo asesinaran, dice María Teresa, la mujer de la cancillería que ha colaborado en la organización de esta visita. Al llamarme al hotel el día de mi llegada para decirme que me acompañaría a La Plata, se había presentado diciendo: Soy la viuda de un prisionero. En el minibús me había mostrado una foto vieja y arrugada que parecía haber llevado con ella por años. La imagen mostraba a un hombre quizá llegando a los cuarenta, de incipiente calvicie y rostro agradable, jugando con su hija muy pequeña, ahora una mujer adulta que, según cuenta María Teresa, quiere irse de Argentina y volver a Suiza, donde ambas pasaron siete años de exilio.

La cárcel es un mar de cemento gris, un lugar que parece chupar lentamente la vida de sus ocupantes. En el menor de los dos patios de ejercicios, en el extremo más distante, hay un colorido mural pintado en la pared desnuda, una caricatura de cinco hombres. Uno es Videla, inconfundible con su bigote tupido y prolijo y su cara alargada y ligeramente triangular. Otro es sin dudas el general Ramón Camps, hostil y antipático, el jefe de la policía provincial durante la represión y el principal torturador de Jacobo Timerman. El tercero es el almirante Massera, con rostro grande, furioso y obstinado. No puedo identificar a los otros dos,

amontonados junto al resto como un grupo de animales mantenidos a raya.

Finalmente, el director abre la capilla. Es más descarnada de lo que recuerdo. No hay muebles (para nuestras entrevistas habían dispuesto una mesa y desperdigado unas sillas) y sólo puede apreciarse como capilla por la enorme cruz en la pared del fondo. Delante, un podio y nada más. La luz es débil, es un escenario muy triste.

En la puerta de la cárcel el cordial ministro de Justicia nos da la despedida. Es un hombre muy ocupado, me dice, que tiene a su cargo entre otras cosas cincuenta y dos cárceles de diversos tamaños. Ya es casi la una. Nos trasladamos al extenso cementerio donde, treinta años antes, confronté al pequeño y atónito director y recorrí esa apabullante ciudad de muertos hasta tropezar con el viejo sepulturero que me contó que por las noches llegaban los militares y cavaban y llenaban tumbas sin nombre. La lluvia había parado, pero el día seguía inclemente y gris. Sobre mi buen calzado inglés camino por el angosto sendero de ladrillos que recorre los mausoleos de la burguesía y las tumbas más simples de los pobres. La historia de La Plata puede leerse en las paredes de los mausoleos y en los rostros de las lápidas. Ramos de flores tan abundantes como los miles de tumbas atestiguan la fuerza de la solidaridad familiar, que en este país parece compensar la debilidad de la solidaridad civil. Periodistas locales y el cineasta de uno los dos grandes sindicatos, con una asistente rubia de labios lujuriosos, nos siguen por detrás.

Luego continuamos hasta la resonante municipalidad, en el centro de La Plata, para visitar al intendente. Alto, atractivo en su estilo atlético y de nariz prominente, de piel suave, es un hombre más bien joven y de risa fácil, con un talento natural para moverse cómodo entre la gente. La mujer que ha enviado para conducirnos bajo los falsos arcos romanos de ese edificio de amplios pasillos inútiles, se diría que es joven, delgada, de piernas elegantes y el rostro tan cubierto de maquillaje que cuesta evaluar con certeza la calidad de sus rasgos, con un trajecito a medida, cabello largo y suave hasta la pollera ceñida, profesionalmente cortés pero simpática. El intendente habla despreocupadamente sobre el compromiso de la ciudad con los derechos humanos, sobre cómo los buenos tiempos han sucedido a los tiempos duros que mis colegas y yo registramos en 1979. Honra con su nombre a varios de nuestra comitiva que integran su electorado, me entrega una plaqueta que representa la ciudad y nos acompaña con eficiencia en nuestro recorrido hacia los antiguos cuarteles de la unidad de inteligencia de la policía provincial, convertidos ahora en una ONG sostenida por el gobierno y dedicada a la memoria de las víctimas de la gran masacre. Allí

analizan los abultados registros de la policía, junto con un informe muy bien documentado de los crímenes contra la humanidad perpetrados en la provincia de Buenos Aires.

El presidente de la ONG es un hombre de mediana edad, de cabello rubio tornando a gris y estricta corbata, que me explica, de un modo serio y competente, el trabajo de la Comisión tanto en el análisis de los documentos como en las investigaciones contemporáneas sobre la situación de los derechos humanos en la provincia, particularmente en las cárceles. Por supuesto, la situación no es buena, dice. El presidente de la asociación de ex detenidos, que sigue con nosotros, ofrece un elogio a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y a mí personalmente: Ustedes fueron valientes y eso nos dio vida, dice. No fuimos valientes, contesto, creíamos que nuestro estatus oficial nos protegía y que el gobierno tenía bajo control absoluto a sus matones y evitaría que nos atacaran por cuenta propia. Fueron ustedes los valientes, porque se presentaron a dar testimonio aun cuando les advertí que no podría garantizar su seguridad. Me presentan a un sonriente caballero, maduro y de una inteligencia radiante, como al *hombre sabio* de la organización. Su nombre es Tanenbaum, alguien de mi tribu. Al terminar abrazo a mucha gente, nos subimos al minibús y con el atardecer se termina el día. En el tranquilo camino de regreso a la Capital abrigo la esperanza de retener las intensas emociones de ese día, aunque sospecho que con el tiempo serán tan efímeras como la mayoría de los momentos de la vida. A medida que he envejecido, me he habituado a repetir cada mañana: Aprovecha este día, porque no volverá jamás. Un mantra que se rinde rápidamente ante la amnesia que producen los detalles prosaicos de la cotidianidad.

El lugar elegido originalmente para la ceremonia del Premio Mignone y el discurso de la presidenta Cristina era el gran espacio abierto al que da la Casa Rosada. Al atardecer del día siguiente a mi visita a la Unidad Nueve, la lluvia comienza a acribillar la ciudad como un monzón. De modo que el equipo presidencial decide trasladar el evento al patio cubierto del Palacio Presidencial. La destinataria del premio y los demás invitados especiales del gobierno deberán esperar en una sala cercana hasta que llegue el público. Luego nos conducirán a una plataforma elevada próxima al estrado.

Agradezco la oportunidad de conversar personalmente con la abogada de Zimbawe y con el juez Garzón, a los que he conocido en el almuerzo que ese día ha organizado Héctor Timerman. Ella tiene unos cuarenta años, es algo más alta que la media e irradia un aire tierno y ligeramente absorto. Sonríe amablemente ante cualquier excusa

razonable, tiene rasgos finamente definidos y una piel perfecta, lisa y oscura. Es una mujer atractiva que por algún motivo me da la impresión de que hace tiempo ha dejado de pensarse como sujeto de deseo erótico. A su manera discreta y serena, en ella todo es compromiso, el compromiso de arriesgar su cuerpo, los huesos de la cara, la propia vida para defender contra adversidades imposibles la persistencia del estado de derecho en el Zimbabwe de Mugabe.

A Baltasar Garzón, el famoso juez e investigador, lo había imaginado como una figura sacada de los cuadros del Greco, una suerte de Torquemada liberal, alto y delgado, de rostro inquisitorio, tenso, serio y barbudo, envejecido por el estrés, una persona sobria y seca y distante. En su lugar, ese día en el almuerzo conocí a un tipo robusto, maduro y jovial, algo más alto que yo, con una gran cabeza al estilo Robert Redford donde se estampa un rostro amplio, de mandíbulas fuertes y gesto despreocupado. La imagen absoluta de la buena voluntad, siempre listo para conversaciones informales o de cualquier otro tipo, confiado pero no sumido en su fama.

Después del almuerzo organizado por Héctor, en el original edificio neobarroco de la Cancillería que da a un apéndice arbolado de la Plaza San Martín, a cada uno de los *dignatarios* se les pide unas palabras para las cámaras. La alocución de Garzón no es destacable pero sí oportuna, sin fanfarrias de autosuficiencia ni esa falsa modestia que no es ajena tampoco a los *héroes* de las luchas humanitarias cuando les tocan esos *quince minutos de fama* que definiría Andy Warhol. Mientras esperamos que la presidenta Cristina indique que está lista, empezamos a conversar. Dicen que soy antiestadounidense, dice Garzón. Es absurdo. Tengo mucho aprecio por Estados Unidos, disfruté mucho el tiempo que pasé ahí. Como muchos europeos no objeta el país sino gran parte de su política extranjera.

Por fin llega el momento esperado. Nos conducen rápidamente por un pasillo hacia el murmullo ensordecedor que emana de toda multitud entusiasta, y a la vez decorosa, que debe apretujarse en un espacio cerrado. A través del pasillo salimos a un atrio atiborrado de gente, rodeado de balcones igualmente atiborrados donde las personas parecen estar colgando y, con la ayuda de un guía, forcejeamos para llegar a nuestras butacas entre las filas de los partidarios privilegiados, los únicos autorizados a integrar un grupo compacto en torno a la plataforma desde la que hablará la presidenta. Finalmente un hombre camina hacia el estrado y anuncia por los altavoces: *La presidenta de la república*. Entonces aparece Cristina en el espacio que el anunciador había ocupado fugazmente, y en una voz que parece una sola, la multitud clama ¡CRISTINA! ¡CRISTINA! ¡CRISTINA!

Evita había sido actriz antes de casarse con Perón y convertirse luego en la primera dama de Argentina. La adoración del público parece nutrir de una energía sobrenatural a las actrices exitosas, como si se convirtieran en receptáculos que canalizan la fuerza vital de cada una de las personas en las multitudes que se reúnen para verlas. Las multitudes las exaltan. Le sucede lo mismo a políticos populistas como Bill Clinton. Evita pudo no haber sido una gran actriz, pero sin dudas fue una gran política populista. Es difícil simular la pasión. Al menos en las fotos y en los registros audiovisuales de sus actos políticos, su exaltación no parece menos real que las fervientes emociones de su público.

A diferencia de Evita, Cristina no parece canalizar el sentimiento febril de la multitud. Y a diferencia de Hillary Clinton y de muchos otros políticos, no afecta una amplia sonrisa, ni se encoge de hombros en un gesto de falsa humildad, ni señala al público simulando una vinculación afectiva para que las personas se sientan individualmente reconocidas. La presidenta de Argentina recibe la adoración de la multitud con un ligero movimiento de la cabeza, una leve sonrisa. No es distante, sino más bien una amiga comprensiva y algo introvertida que sabe bien quién es y dónde está. Permanece allí de pie por un momento, esbelta y de estatura mediana, con grandes ojos oscuros, labios gruesos, fosas nasales levemente anchas en una nariz delicada, el pelo teñido de oscuro y con un corte elegante hasta los hombros. Ropa a medida pero sobria, pocas alhajas. Tal vez no sea una mujer deslumbrante, pero es sin duda memorable. Hace un gesto pidiendo silencio. El silencio llega de inmediato, y comienza.

No hay ningún dispositivo apuntador. Sólo consulta una hojita de notas al terminar su discurso, cuando pasa a anunciar el Premio Mignone. Frases, párrafos enteros se derraman torrencialmente de esta fina vasija. Habla como una bailarina de flamenco, con una pasión eléctrica que parece ascender no como si manara desde el público, sino desde el corazón de su ser que, como el de las bailarinas, no es posible conocer. Describe los derechos humanos, no como la esencia melosa de la bondad humana, tampoco como una fórmula universal de reconciliación entre viejos enemigos, sino como un espíritu de lucha. Su mensaje, según recuerdo, es que el Día de los Derechos Humanos es para recordar los indecibles abusos de la Guerra Sucia y celebrar por fin la llegada de una justicia redistributiva. Su espíritu emana más del Viejo Testamento que del Nuevo.

Y por fin termina. La densa multitud ruge su aprobación. Entre la masa adulatoria de privilegiados en torno al estrado están presentes ciertos activistas de derechos

humanos conocidos, otros no: el movimiento de derechos humanos está dividido entre quienes se han identificado con el nuevo régimen y quienes, por una cuestión de principios, se mantienen aparte, con el convincente argumento de que la identificación con cualquier gobierno resta credibilidad al movimiento como juez imparcial del respeto de los derechos humanos.

Entre la multitud que aclama está la titular de las Abuelas de Plaza de Mayo, agrupación ahora conocida por conducir la recuperación de la identidad de hombres y mujeres nacidos en centros de tortura y entregados clandestinamente a partidarios de las Juntas que los criaron como a hijos propios. Me informan que las Abuelas conforman una de las agrupaciones de derechos humanos que salieron en defensa del impuesto especial a las exportaciones agrícolas que creó Cristina, pues se emplearía en avances de los derechos económicos y sociales del pueblo argentino. En cambio, los críticos con los que he hablado voltean la mirada y hablan de una corrupción obscena. Veo también a un sucesor de Emilio Mignone en la dirección del CELS, el destacado periodista Horacio Verbitsky, que ha escrito un implacable trabajo en tres tomos sobre la histórica vinculación entre la Iglesia Católica Argentina y las Fuerzas Armadas. Su cara de intelectual judío está partida por una sonrisa radiante, mientras sostiene a su pequeño nieto para ver y recordar lo mejor posible este día de reivindicación de sus propios compromisos, que no hace mucho tiempo era tan riesgoso mantener. Intento distanciarme del triunfalismo de la masa, ser un observador y no un participante, pero pronto me rindo al ánimo de la noche. Ya pasará, pienso, cuando la presidenta y sus simpatizantes y todos nosotros retornemos a la mañana siguiente a nuestra rutina, sea para gobernar un país o simplemente para continuar con nuestras insignificantes vidas.

Hay tres personas más que quiero ver antes de dejar Argentina, posiblemente por última vez. Dos son oficiales retirados, uno ex general del Ejército y otro capitán de la Armada. El primero, en su vigorosa madurez, flaco y musculoso como alguien que todos los días corre cinco kilómetros y hace cien flexiones antes de desayunar, me recibe en su oficina, grande y luminosa. Ahora dirige una institución sin fines de lucro financiada por empresas, de muy buena reputación. Dos deslumbrantes pinturas modernas adornan las paredes.

Un conocido en común le garantizó mi buena fe y arregló la cita. El general sabe que con su ayuda busco conocer qué piensan el actual cuerpo de oficiales y los militares retirados como él sobre el gobierno de Cristina y en general sobre el desarrollo político desde que las Fuerzas Armadas dejaron el poder treinta años atrás. Por casualidad o decisión propia

pasó cuatro años en el extranjero durante la masacre, por lo que la nueva etapa de procesos judiciales no significaría un riesgo para él.

Es evidente que está orgulloso de su exitosa conversión de oficial jerárquico a director ejecutivo. Después de nuestra conversación me muestra el edificio, destacando su sofisticada tecnología y el elegante modernismo de su diseño y equipamiento. En nuestra charla transmite una sensación de franqueza, no totalmente desprovista de cautela. Por supuesto que hubo abusos graves, dice, y es fácil justificar el procesamiento de cierta cantidad de personas. *Cantidad* que estima en sesenta. Dicho esto, continúa:

La etapa actual de procesos sobrepasa todos los límites razonables. Los casos tienen casi treinta años. Las pruebas son imprecisas en muchos casos. Se apoyan en recuerdos borrosos. Salvo en un número limitado de casos graves en los que hay abundantes pruebas, el paso del tiempo dificulta el debido proceso. Hay una sensación entre los ex soldados de que, de acusárselos ahora, se los presume culpables, y si el gobierno los considera hostiles, hay muchas más posibilidades de que se los acuse.

Su otro cuestionamiento de los gobiernos peronistas de los últimos siete años es la reducción de las Fuerzas Armadas. Se redujo drásticamente el presupuesto y el número de integrantes. Ya no hay servicio militar. ¿Argentina necesita un cuerpo militar profesional?, pregunto. ¿No bastaría con una mera fuerza paramilitar, como los Carabinieri italianos, para combatir el crimen organizado, mantener el orden en el caso de un desastre natural e impedir el ingreso a gran escala de indocumentados? Después de todo, señalo:

ya han resuelto las viejas disputas que dificultaban las relaciones entre Argentina y Chile. Ahora se han reconciliado, son como Francia y Alemania, ya no se puede concebir una guerra entre ustedes. Se parece a la camaradería con Brasil, con la relación en la zona de libre comercio del Mercosur. Si no tienen enemigos actuales ni eventuales, ¿cuál es el rol de las Fuerzas Armadas?

Hay que mirar a largo plazo, replica. Argentina es un país grande, con poca población para su tamaño, pleno de recursos naturales. Mientras crece la superpoblación en el mundo, la distancia importa menos que nunca. ¿Cómo podemos estar seguros de que más adelante un

país grande, poderoso y superpoblado no mire con tentación a la Argentina? Al percibir que me parece exagerado, agrega: En cualquier país, y por supuesto en el nuestro, los militares son un símbolo de la nación. Eso por sí solo es una razón para mantenerlos y tratarlos con respeto.

Después, en esa tarde soleada paseo por la calle Florida, venida a menos pero aún llena de gente durante el día, hasta la transitada esquina con la Avenida Córdoba. Un edificio de varios pisos, con un frente redondeado de imitación barroca, parece indiferente al bullicio del vertiginoso tráfico de Córdoba y Florida. Allí funciona el Centro Naval, un club privado fundado por oficiales de la Armada a comienzos del Siglo XX, donde tengo una cita con un capitán retirado al que llamaré con el nombre ficticio de Francisco Silvera. Como es temprano, cruzo el semáforo de Córdoba y entre la gente que pasa apurada, saco unas fotos de la imponente fachada del Club. Paseo por la avenida, me detengo a hurgar en una librería llena de gente y en el segundo piso encuentro, por casualidad, una gran colección de libros sobre la Guerra Sucia.

A la hora convenida atravieso el alto arco de entrada e ingreso a una sala oscura donde informo quién soy a un viejo empleado que me conduce hasta una sala enorme, también oscura y con cómodos sillones de cuero desparramados aquí y allá. En el centro exacto de la sala hay una larga mesa rectangular llena de diarios. El lugar, con su mobiliario antiguo y una sensación de distancia del agitado mundo exterior, se parece mucho a un antiguo club de caballeros de Londres. Parado junto a la mesa me espera un hombre alto y elegante con una delicada cabellera plateada que inclina hacia mí cuando me acerco. Nos saludamos por nuestros nombres y acepto la invitación del capitán a sentarme en la parte de la mesa iluminada por la luz periférica de las lámparas de lectura. Un empleado aun mayor sale de la penumbra circundante y toma el pedido del capitán, café para los dos. Aparte de nosotros, el salón está vacío.

En el intercambio por correo electrónico para organizar esta cita, había descripto mi proyecto como unas memorias informales sobre los conflictos internos de Latinoamérica en la época de la Guerra Fría. Al entrar en detalles en la reunión, digo que mi propósito es arrojar luz sobre los protagonistas y las circunstancias del período, en parte desde la perspectiva de mi posición privilegiada en la Comisión de Derechos Humanos, y en parte a través del recuerdo de los participantes de cada drama nacional, para decir algo sobre el modo en que los países que más conocí habían avanzado en el período posterior al de sus luchas fratricidas.

El capitán Silvera había entrado en la Armada directamente desde un liceo

militar, y había hecho toda su carrera en esa fuerza. En esos años, dice (refiriéndose a la época de los desaparecidos), estaba fuera del país en tareas fundamentalmente diplomáticas en una capital europea. Por supuesto, conocía a oficiales que estaban involucrados en mayor o menor grado. Al igual que el general retirado que había entrevistado más temprano admite que hubo abusos de autoridad bajo las Juntas, que hubo acciones fuera de la ley y que era correcto procesar a los oficiales jerárquicos que habían planificado y dirigido la represión. Pero la sociedad nos ha abandonado, dice, nos tratan a todos como si fuéramos asesinos. En el secundario mi hijo, cuenta muy emocionado, no quería que sus compañeros supieran que su padre era militar. Es duro ser marginado tras haber dedicado la vida al servicio al país. El gobierno actúa como si todos los abusos hubieran sido cometidos por los militares. ¿Y el ERP y Montoneros? ¿Y sus bombas y asesinatos? No hay procesos contra ellos. Habla con serena intensidad, los ojos oscuros brillan con un resentimiento acumulado. Es duro, concluye.

Hablamos de su vida como militar retirado, de su esposa, sus hijos y nietos. Ambos provenimos de entornos ideológicos diferentes. Él es católico practicante, un hombre de instintos conservadores heredados. Yo no. En la historia argentina él ha quedado del lado de los perdedores. Quizá resulte que también yo quede del lado equivocado en Estados Unidos, donde aún se aclama a Henry Kissinger como a un gran estadista, y según las encuestas la mayoría cree que la tortura es correcta si resulta necesaria para proteger la seguridad de la Nación⁶⁷. Eso está por verse. Le agradezco al capitán por su franqueza y le expreso sinceramente mis esperanzas de volver a verlo. Luego salgo a la avenida, más oscura y tranquila con la cercanía de la noche, y de camino al hotel paso por los ampulosos edificios oficiales de comienzos del Siglo XX, testigos de una Argentina que alguna vez ofreció a los europeos del sur, desesperanzados por la pobreza y la estrechez de sus propias sociedades, una promesa de oportunidades y éxito nacional similar a la que avizoraban en Estados Unidos.

El vuelo de regreso a Estados Unidos sale de Ezeiza a la medianoche del día siguiente. Tengo tiempo para una última entrevista, que he esperado por mucho tiempo. Con la ayuda de Debora Benchoam logré contactar a Alfredo Forti, el hijo mayor de Nélica (Nelly) Sosa de Forti, desaparecida hace mucho tiempo. Alfredo, quien alguna vez ha sido un prisionero indefenso, es ahora viceministro de Defensa. Ha aceptado encontrarnos en mi habitación del hotel a las dos de la tarde.

Llega con puntualidad. El adolescente de dieciséis años se ha convertido en un hombre fornido, agradable y enérgico de cuarenta y seis, que me saluda por mi nombre y me

abraza como viejos amigos que se encuentran tras el paso de los años. Es irónico, dice, que después de haber sido prisionero de las Fuerzas Armadas, la institución que acogió a los asesinos de mi madre, ahora ayude al ministro a decidir promociones y retiros. Estuvimos haciendo eso anoche. Estamos conformando un cuerpo de oficiales acorde a una democracia. Sospecho que el general que entrevisté pensaba en Alfredo, entre otros, cuando lamentaba que el Ministerio de Defensa estuviera ocupado ahora por gente que no sabe nada de estrategia, acusación que en el transcurso de mi conversación con Alfredo considero injusta, aunque veo como un signo del abismo entre los kirchneristas, como se conoce a los partidarios de Néstor y Cristina, y los miembros actuales y anteriores de las Fuerzas Armadas.

Le cuento a Alfredo que nunca me olvido de su madre y le pido que me hable de ella. Adoraba la literatura, me dice, como adoraba la vida. Era una persona tan vital. Al hablar de su madre el ánimo se le oscurece, pero su ebullición natural reaparece de a poco. Treinta años han pasado desde la visita de la Comisión, más de treinta desde que Nelly y sus hijos abordaron aquel frustrado vuelo a Venezuela. Como viejos amigos, rememoramos historias de nuestros países y de conocidos en común. Pronto pasan dos horas. Alfredo promete enviarme fotos de su madre. Nos abrazamos y salimos. Unas horas después, de camino al aeropuerto pienso en Nelly Sosa de Forti en ese mismo recorrido treinta y tres años atrás y recuerdo, con dolor, las palabras de un ex prisionero detenido en Córdoba: Vi a Nelly Sosa de Forti en un estado físico deplorable.

Cada vez que visito Argentina me dicen que la Comisión logró salvar vidas. Y cada vez que lo escucho, lo único que puedo pensar es que salvamos tan pocas...

Notas

* *Tom Farer*, ex decano de la Escuela de Estudios Internacionales Josef Korbel (1996-2010), es catedrático de la Universidad de Denver. Entre 1976 y 1983 integró la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que presidió entre 1980 y 1982 convirtiéndose en el primer ciudadano estadounidense elegido para conducir una organización principal de la OEA. También fue rector de la Universidad de Nuevo México y presidente de la Asociación de Escuelas Profesionales de Relaciones Internacionales (Association of Professional Schools of International Relations, APSIA).

¹ He empleado el modo autobiográfico en un intento por preservar con nítido detalle la experiencia argentina del terrorismo de Estado bajo el régimen militar que gobernó el país entre 1976 y 1983, y también para facilitar la comprensión de los esfuerzos realizados por un cuerpo intergubernamental a los fines de exponer los crímenes contra la humanidad perpetrados por el régimen y ayudar a ponerles fin. Algunos detalles, incluidas algunas citas, permanecen en mi memoria. Los detalles en sí son coherentes con las versiones publicadas. En los casos en que he dudado sobre las exactas palabras expresadas, lo que ha sucedido con frecuencia, he parafraseado y captado lo que considero con seguridad la esencia objetiva y el tono del eventual orador.

² JACOBO TIMERMAN, *Preso sin nombre, celda sin número* (la versión en inglés consultada por el autor es *PRISONER WITHOUT A NAME, CELL WITHOUT A NUMBER*, trad. de Toby Talbot, 1981, pág. 31).

³ Entre las numerosas descripciones de las operaciones del sistema asesino, consultar: *NUNCA MÁS: INFORME DE LA COMISIÓN NACIONAL SOBRE LA DESAPARICIÓN DE PERSONAS* (1976); IAIN GUEST, *BEHIND THE DISAPPEARANCES* (1990); THOMAS WRIGHT, *STATE TERRORISM IN LATIN AMERICA* (2007).

⁴ TIMERMAN, op. cit. en nota 2.

⁵ *Ibíd.*

⁶ Aguilar, en ese momento consejero general de la Compañía Nacional del Petróleo de Venezuela, de propiedad del Estado, había sido fiscal general de Venezuela y líder de la exitosa sublevación contra el dictador militar Pérez Jiménez, apoyado por EE.UU.

⁷ Su única biografía es la de MARIO DEL CARRIL, *LA VIDA DE EMILIO MIGNONE* (2011).

⁸ Véase WILLIAM MICHAEL SCHMIDLI, *THE FATE OF FREEDOM ELSEWHERE: HUMAN RIGHTS AND U.S. COLD WAR POLICY TOWARD ARGENTINA*, pp. 148-50 (2013). Según Schmidli, la decisión de apoyar el préstamo a Allis-Chalmer era una cuestión muy discutida. El presidente Carter no sólo estaba bajo una presión creciente del sector privado de EE.UU. para evitar acciones que inhibieran el comercio y las inversiones en Argentina (o en cualquier otro país económicamente relevante), sino que además enfrentaba a la burocracia de la seguridad nacional, hostil ante cualquier acción que pusiera en riesgo las relaciones cordiales con aliados en la Guerra Fría que utilizaran métodos brutales para reprimir a los opositores de

izquierda.

⁹ V.S. NAIPAUL, *THE WRITER AND THE WORLD*, 355 (2002).

¹⁰ Organization of American States, Inter-American Commission on Human Rights, *Report on the Situation of Human Rights in Argentina*, OEA/Ser.L/V/II.49 (11/4/1980), pág. 5. Versión en español: Organización de Estados Americanos, Comisión Interamericana de Derechos Humanos, *Informe sobre la situación de los derechos humanos en Argentina* [de aquí en adelante CIDH, *Informe sobre Argentina*].

¹¹ *Ibíd.*, pág. 126.

¹² Ver HORACIO VERBITSKY, *EL SILENCIO: DE PAULO VI A BERGOGLIO, LAS RELACIONES SECRETAS DE LA IGLESIA CON LA ESMA* (Sudamericana, 2005). Verbitsky investiga el papel de la Iglesia Católica en la creación de las condiciones ideológicas para el golpe, y demuestra su connivencia con los carceleros del centro de detención de la Escuela de Mecánica de la Armada.

¹³ Sobre el papel de la Iglesia en Brasil ver, entre otros, Thomas E. Skidmore, *The Politics of Military Rule in Brazil, 1964-1985*, pp. 135-36; 184-85 (1988), sobre la progresiva postura de la Iglesia brasilera en defensa de los pobres y sus intentos de proteger a quienes eran blanco de la ira del régimen; sobre el rol de la Iglesia en Chile ver, entre otros, Stephen Kinzer, *Church in Chile Doesn't Just Pray for Reform*, *N.Y. TIMES*, 20/11/1983, disponible en <http://www.nytimes.com/1983/11/20/weekinreview/church-in-chile-doesn-t-just-pray-for-reform.html> (sobre el Vicariato de la Solidaridad, que protestó airadamente contra la violencia y las desapariciones bajo el régimen de Pinochet).

¹⁴ Ver FEDERICO FINCHELSTEIN, *ORÍGENES IDEOLÓGICOS DE LA "GUERRA SUCIA": FASCISMO, POPULISMO Y DICTADURA EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XX* (Sudamericana, Buenos Aires, 2016).

¹⁵ CIDH, *Informe sobre Argentina*, ver nota 10, pp. 125-126.

¹⁶ *Ibíd.*; ver también, por ejemplo, la respuesta a la desaparición de la Sra. Sosa de Forti, pp. 95-97.

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 209-14.

¹⁸ *Ibíd.* pág. 209.

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ *Ibíd.*, pág. 210.

²¹ *Ibíd.*, pág. 211.

²² *Ibíd.*, pp. 211-12.

²³ Ver, por ejemplo, Daniel J. Wakin, *Vatican Rejects Claims of Pope's Ties to 'Dirty War'*, *N.Y. TIMES*, 15/3/2013, disponible en <http://www.nytimes.com/2013/03/16/world/europe/pope-francis-praises-benedict-urges-cardinals-to-spread-gospel.html?pagewanted=all>.

²⁴ Ver, por ejemplo, Simon Romero y William Neuman, *Starting a Papacy, Amid Echoes of a "Dirty War"*, *N.Y. TIMES*, 17/3/2013, disponible en http://www.nytimes.com/2013/03/18/world/americas/francis-begins-reign-as-pope-amid-echoes-of-argentinias-dirty-war.html?pagewanted=all&_r=0; Jonathan Watts y Uki

Goni, *New Pope's Role During Argentina's Military Era Dispute*, *GUARDIAN*, 15/3/2013, disponible en <http://www.theguardian.com/world/2013/mar/15/pope-francis-argentina-military-era>.

²⁵ CIDH, *Informe sobre Argentina*, ver nota 10, en pág. 254.

²⁶ Ver, por ejemplo, UKI GOÑI, *LA AUTÉNTICA ODESSA: LA FUGA NAZI A LA ARGENTINA DE PERÓN* (Paidós, Barcelona, 2002).

²⁷ SCHMIDLI, nota 8, pág. 53, según lo que descubrió al examinar informes desclasificados de los archivos del Departamento de Estado.

²⁸ CIDH, *Informe sobre Argentina*, nota 10, pág. 117.

²⁹ *Ibíd.*, pp. 117-19.

³⁰ CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS Y COMITÉ SELECTO DEL SENADO SOBRE INTELIGENCIA, Y DIANNE FEINSTEIN, *INFORME SOBRE TORTURAS DEL COMITÉ DEL SENADO SOBRE INTELIGENCIA: ESTUDIO DEL COMITÉ SOBRE LAS TÉCNICAS DE DETENCIÓN E INTERROGATORIO DE LA AGENCIA CENTRAL DE INTELIGENCIA*, 54, 122 (2015).

³¹ CIDH, *Informe sobre Argentina*, nota 10, pp. 74-84.

³² *Ibíd.*, pág. 77.

³³ *Ibíd.*

³⁴ *Ibíd.*, pág. 78.

³⁵ *Ibíd.*

³⁶ *Ibíd.*, pág. 79.

³⁷ *Ibíd.*, pág. 80.

³⁸ *Ibíd.*, pág. 83.

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ *Ibíd.*, pág. 84.

⁴² *Ibíd.*, pp. 191-92.

⁴³ TIMERMAN, nota 2, pág. 54.

⁴⁴ Puede consultarse el testimonio de Timerman sobre su detención ante la Comisión en CIDH, *Informe sobre Argentina*; ver nota 10, pp. 202-203.

⁴⁵ SCHMIDLI, ver nota 8, pág. 2.

⁴⁶ TIMERMAN, ver nota 2, pág. 30.

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 60-61.

⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 73-74.

⁴⁹ La cita se atribuye al general Ibérico Saint-Jean, gobernador militar de la provincia de Buenos Aires; ver “Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores; después... a sus simpatizantes; después... a todos los que permanezcan indiferentes; y, por último, mataremos a todos los tímidos”. SCHMIDLI, ver nota 8, pág. 81.

⁵⁰ CIDH, *Informe sobre Argentina*, ver nota 10, pág. 120.

⁵¹ *Ibíd.*, pp. 26-27.

⁵² Sobre la división de las posturas estadounidenses sobre política extranjera en las ideas de Jefferson, Hamilton, Wilson y Jackson, ver WALTER RUSSELL MEAD, *SPECIAL PROVIDENCE: AMERICAN FOREIGN POLICY AND HOW IT CHANGED THE WORLD* (2001). Allí caracteriza como “jacksoniano” el impulso de destrucción total de Estados, grupos y personas que supuestamente ofendan la dignidad nacional o amenacen o perjudiquen realmente los intereses estadounidenses.

⁵³ SCHMIDLI, ver nota 8, pág. 107.

⁵⁴ Ver, por ejemplo, Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, *COMMENTARY*, 1/11/1979.

⁵⁵ Este relato se basa en el *Informe sobre Argentina* de la CIDH (ver nota 10, pp. 111-16) y en la entrevista realizada por el autor a Alfredo Forti en Buenos Aires (12/12/2011).

⁵⁶ *NUNCA MÁS*. COMISIÓN NACIONAL SOBRE LA DESAPARICIÓN DE PERSONAS. EUDEBA, BUENOS AIRES, 1991 (1984), pp. 7 y 10.

⁵⁷ Ley 23.492 del 24/12/1986.

⁵⁸ Ley 23.521 del 4/6/1987.

⁵⁹ Menem incluyó en la amnistía a los líderes insurgentes que habían sobrevivido.

⁶⁰ En 2006, con la finalidad de ampliar el perfil de la Escuela y mi capacidad de recaudar fondos, llevé adelante el proceso de darle un nuevo nombre, esta vez en homenaje a su fundador, Josef Korbel, padre de Madeleine Albright.

⁶¹ Ver YAEL TAMIR, *LIBERAL NATIONALISM* (1993).

⁶² JACOBO TIMERMAN, *ISRAEL: LA GUERRA MÁS LARGA*. Muchnik, Buenos Aires, 1983 (versión en inglés: *THE LONGEST WAR: ISRAEL IN LEBANON*; trad. de Miguel Acoca, 1982).

⁶³ Una comisión independiente avalada por el gobierno israelí determinó la responsabilidad indirecta de Sharon por la masacre, lo que por supuesto no impidió que de todos modos llegara a ser primer ministro.

⁶⁴ JACOBO TIMERMAN, *CHILE, EL GALOPE MUERTO*. Planeta, Buenos Aires, 1988 (versión en inglés: *CHILE*:

DEATH IN THE SOUTH; trad. de Robert Cox, 1987).

⁶⁵ JACOBO TIMERMAN, *CUBA: UN VIAJE A LA ISLA* (versión en inglés: *CUBA: A JOURNEY*; trad. de Toby Talbot, 1990).

⁶⁶ Jacobo Timerman, *Once More Into a Gory Spiral: Now that Menem has Pardoned the Schemers of Genocide in Argentina, Jacobo Timerman, a Victim of the Cruellest Torturers, Predicts that the Peronist Democracy is Well Down the Dictatorial Road Again*. *GUARDIAN*, 10/1/1991, pág. 19 (trad. al inglés de Toby Talbot).

⁶⁷ Bruce Drake, *Americans' Views on use of Torture in Fighting Terrorism Have Been Mixed*, PEW RESEARCH CENTER, (9/12/2014), <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2014/12/09/americans-views-on-use-of-torture-in-fighting-terrorism-have-been-mixed/>. Según los sondeos de Pew, en 2011 el 53 por ciento de los estadounidenses creía que la tortura estaba "justificada a veces o con frecuencia". Como informa Pew, en 2013 la mitad de los estadounidenses seguía pensando así.